

CÉSAR VALLEJO

SE ABURRIÓ

DE SEGUIR MUERTO

EN PARÍS

Luis Freire Sarria

Versión revisada en relación a la publicada en la Editorial San Marcos el
2007.

A Jacqueline Pinzás Stoll.

César Vallejo fue quien fue. No ha sido mi intención reconstruir su personalidad histórica ni sus probables reacciones en caso de haber vivido en el siglo XXI que comienza. Este es un Vallejo de ficción y como tal, libre de ser quien es en la novela. Algunas de las palabras y frases en cursiva que aparecen a lo largo de sus páginas, han sido extraídas de poemas de Vallejo, con excepción de los versos de la página 71, que pertenecen a Georgette Marie Travers Philippart de Vallejo, su esposa “en esta vida y en la otra”, como sugiere en una memorable aparición.

CÉSAR VALLEJO SE CANSÓ DE SEGUIR MUERTO EN PARÍS CON AGUACERO

Un día de marzo que debió ser dieciséis, César Vallejo se cansó de seguir muerto en París con aguacero, quebró a patadas su desvencijado ataúd, empujó la losa de su tumba, sacudió la tierra de su terno negro de enterrado y salió al aire limpio del cementerio de Montparnasse. Sus pulmones acartonados por casi setenta años de estar plegados crujieron al extenderse para que la sangre detenida se alimentara de oxígeno y le diera trabajo al dormido corazón del poeta. Un golpe de sol saliendo de una nube lo obligó a cubrirse los ojos hechos a la noche de la tumba, se estuvo varios minutos abriendo y cerrando los dedos de la mano como una persiana para que la luz se le apaciguara en retazos menos dolorosos. Una vez acostumbrado al día o acostumbrado a la vida, que es lo mismo, paseó la vista alrededor y reconoció el cementerio de Montparnasse. Una corriente de agradecimiento le templó el alma arrugada como un floripondio viejo. ¡Carajo, me dieron gusto! Flexionó las rodillas, un dos, un dos, un dos, un dos para desentumecerlas, se arregló la corbata y trató de limpiarse los zapatos con las manos sucias de tierra húmeda. Alguien había depositado un collar de huayruros debajo del epitafio escrito por Georgette. Lo leyó con emoción entrecortada y por esa emoción le perdonó el amago poético. Los huayruros se veían nuevos, quién lo recordaría así, a tantos años de estar muerto, enterrado y de seguro olvidado. Ya que había llegado a la estación de las primeras preguntas, convenía averiguar qué día, mes y año eran estos en los que se había cansado de seguir muerto en París con aguacero. Levantó el collarcito con la idea de conservarlo o tal vez

venderlo en caso de emergencia alimenticia y trató de caminar. Bastante había hecho con pararse, sus huesos debían estar hambrientos de calcio, era un milagro que no se le hubieran quebrado como yeso, pero no hay que extrañarse de que hicieran honor a la calidad eterna de aquellos versos suyos que los nombran. El cementerio parecía no haber cambiado, recordaba algunos nombres grabados sobre lápidas que el invierno parisino escamoteaba bajo costras de nieve sucia. ¿Y esa escultura de un caballo erguido o ballena en salto o fases de un eclipse o lo que fuera esa sucesión de discos de acero construyendo medio arco de lunas sobre una lápida sin nombre? Alguien le indicaría después que se trataba de la tumba del escritor argentino Julio Cortázar. Como para que se enorgullezca, doctor Vallejo, genio con genio. ¿Era bueno ese Cortázar? Ah, tiene que leerlo, doctor Vallejo, yo le puedo prestar su novela Rayuela. Me reservo para más adelante los comentarios de Vallejo sobre Cortázar y vuelvo al cementerio, ese sembrío de mármoles donde terminamos todos pero comienzan algunas cosas, como esta historia, por ejemplo. Vallejo se largó a caminar por uno de los dos morideros más prestigiosos de Francia buscando a quién preguntarle la fecha de su resurrección, algo muy lógico, por lo demás. ¿Yo te pregunto, lector, si tú resucitaras, así fuera para el Juicio Final o el Intermedio, se te haría fundamental saber la fecha en que estás siendo pesado en la balanza de la Suprema Corte, no es cierto? Comprenderás la inquietud del poeta por precisar el paradero en el que se había bajado de la muerte. Las fechas se multiplicaban por miles como insectos fosilizados sobre la tierra antigua de Montparnasse, 1809- 1876, 1902- 1989, 1873- 1955, 1900- 2003. ¡Caramba, un centenario! Algunas le traían el recuerdo de algún amigo, de algún conocido

o de alguien que podría haber sido un amigo o un conocido por las fechas de su vida y de su muerte. ¿Cuándo le tocaría morir por segunda vez... o por tercera vez..., si moría? Se detuvo a contemplar el templete puntiagudo que guardaba los huesos del dictador mexicano Porfirio Díaz. “Carcamal afrancesado”, murmuró, con apaciguado desprecio. Cuántos mausoleos que deberían derrumbarse de vergüenza, cuántas tumbas que ensalzaban la memoria de individuos que no merecían otra memoria que la de sus monumentos fúnebres. Una japonesa en malla negra le tocó levemente la espalda con un dedo para preguntarle en un francés despeñado y ansioso, si sabía dónde estaba la tumba de Samuel Beckett. Yo soy actriz, ¿sabe?, he trabajado en casi todas sus obras y estoy aprovechando la gira de mi compañía por Europa para depositar estas humildes flores sobre su lápida. ¿Humildes? Tradicional modestia nipona, su fastuoso colorido llameaba sobre el invierno del cementerio como la erupción de un volcán de plumas tropicales, eran las más hermosas orquídeas que Vallejo hubiera visto, rojas, amarillas, violetas, blancas, celestes, le habrían revivido un brazo a Beckett para que las recibiera como se lo merecían, pero Vallejo qué podía saber del irlandés que esperaba a Godot, podría haberlo visto sentado con James Joyce en algún café de París allá por el treinta y cuatro o el treinta y seis, cuando Beckett no era más que un tal Beckett acompañando al autor del Ulises. Me temo que no puedo ayudarla, señorita, no sé quién fue ese caballero. Ya se iba la japonesa murmurando desprecios contra la bolsa de ignorantes en que se está convirtiendo París, cuando Vallejo la alcanzó con no poco esfuerzo de sus piernas entumecidas. ¿Podría decirme en qué año nos encontramos? La japonesa se apretó entera en su malla negra para clavarle una mirada que lo enjaulaba con los

chimpancés del zoológico de París, brillantes intelectuales de la gimnasia arbórea. Oh, mon dieu, monsieur, usted no debería andar solo por las calles.

Las altísimas ventanas de la Torre de Montparnasse se encendieron en desorden anunciando el anochecer, por todo el cementerio repicaron silbatos anunciando que las rejas se cerraban. Fuera visitantes, fuera Vallejo con su incertidumbre. En la salida se encontró con la japonesa apretada en su malla negra que llegaba jadeando con las orquídeas en la mano, obviamente, no había encontrado a Samuel Beckett. Lástima, tal vez la hubiera confundido con Godot. Vallejo estaba ahora en pleno Boulevard Quinet, creía conocerlo al dedillo, pero ese era otro Quinet que se le escapaba de la memoria con cada paso que daba. Su terno negro y anticuado, medio podrido y manchado de tierra, disonaba en un río de prendas informales y coloridas, pero sobre todo, hedía a maderas putrefactas, encierro y humedad de años, tela vieja y otras pestilencias indefinibles. Los transeúntes se apartaban a su paso con una mueca de asco y sospecha. Se contempló en el reflejo de una vitrina y se impresionó con su palidez de resucitado fresco al que le comenzaba a crecer a borbotones la barba anestesiada por decenios de sueño. El estómago le reclamó atención, de pronto se moría de hambre. El escaparate de una dulcería le estrujó la lengua, pensó entrar para ofrecer el collar de huayruros a cambio de un chocolatito pero le dio vergüenza la mirada recelosa de una dependienta a través del vidrio de la puerta. Conocía el hambre, pero éste era diferente, el cuerpo le exigía nutrientes con urgencia para terminar de levantarse, no haberse podrido no era suficiente para largarse a caminar por París alimentándose del viento del invierno, había resucitado, es cierto, pero no al estilo de Cristo, que se bastaba con la Eternidad. O se metía algo al

estómago o se derrumbaba sobre la vereda. Se sentó en una banca de la plaza Josephine Baker a pelear con el hambre y con el frío que comenzaba a redescubrir, frío de vivo, que no de muerto. Hay diferencias, ¿saben?, el frío muerto es ajeno, como de otro, vive en el cuerpo sin atormentarlo, se apodera de la carne de tal manera, que se elimina como sensación y permanece como esencia y, está claro para todos, que la esencia de ese frío es su ausencia, en cambio, el hielo que soplaba sobre la banca vibraba de vitalidad y rabia por herirlo. Se enrolló sobre sí mismo para abrigarse con brazos y piernas, luego, se dio cuenta de que el frío muerto que había llevado dentro por tantos años lo inmunizaría contra el vivo, no podía morir de frío habiendo resucitado del frío, pero sí sentir sus mordiscos. Se rió un buen rato de la idea, para susto de una pareja de turistas chinos que consumían ceremoniosamente en otra banca sus raspadillas parisinas de melocotón compradas en una parisina heladería del boulevard, contrariando las sugerencias del clima, que recomendaba una noisette o tal vez un vino caliente con canela. Después de observar cuidadosamente a Vallejo, gorjearon un par de frases y optaron por alejarse rápidamente de la plaza, dejando el vaso plástico de la raspadilla a medio consumir sobre la banca, con su cañita clavada como un periscopio asomando sobre los hielos del Artico. Vallejo dudó en tomarlo, orgullo, que le dicen, finalmente, se levantó y se acercó al vaso, impertérrito en medio del frío. El placer que sintió al sorber el melocotón dulce y helado le resucitó el abanico de los placeres posibles anulado por la muerte, revivió en su memoria el catálogo de los sabores, olores, sonidos, tactos más gozados de su vida. Siguió caminando, la salida de la gare de Montparnasse lo llamó con su promesa de calor interno. Recordó que no tenía dinero para pasar de las escaleras. Podía

pedir limosna, no sería el único, pero César Vallejo Mendoza nunca había descendido a la mendicidad, una cosa era rogar por el dinero que le debían o pedirle prestado a un amigo, pero plantarse en la calle a tenderle la mano a los transeúntes como un despojo, ni muerto ni resucitado. El carrusel seguía allí, el tiempo no había jubilado sus caballos de circo enjaezados a la antigua. ¿De qué estarían hechos esos caballos? A Santiago de Chuco no llegaban carruseles, no mientras fue niño, pero le habían contado de uno, resplandeciente de luces y colores, que había descendido volando suavemente sobre la plaza central de Trujillo como una fuente redonda portando una torta giratoria de caballos, camellos y elefantes para celebrar el nacimiento del siglo XX. Bajó por las escaleras que conducían al metro, contrariado por la multitud que emergía de sus intestinos mirándolo apenas con una rápida expresión de asco o fastidio que se iba con ellos y su indiferencia. Se detuvo frente a un quiosco a leer los encabezados de los diarios para ubicar la fecha en la que había vuelto al mundo, los titulares enormes y coloridos como estallidos tipográficos lo desconcertaron, acercó la cabeza para leerlos mejor, pero el dueño del quisco lo sacó de allí de mala manera y lo dejó sin la certeza que buscaba. Vallejo no protestó, era consciente de su facha miserable. “No estoy ni para Víctor Hugo”, sonrió para sí. Se alisó la solapa deshilachada y hedionda del saco negro. Un violín tocado con maestría le acarició los oídos, lo buscó ansiosamente y encontró al músico de todos los días cerca de la pared, enfrascado en una melancólica sonata de Chausson. Saltó al Perú y a sus mendigos acurrucados en las puertas de las iglesias rascando una melodía de su tierra en un violín de madera de quishuar o de molle o de eucalipto, sus maderas de Santiago, las de la puerta de su casa, las de los ataúdes de su

padre y su hermano Miguel. Una lágrima le enfrió el ojo, la primera de resucitado. ¿Y si se colocara a su lado a recitar? Se acercó al músico, tratando de recordar algún poema completo, pero de quién, ¿uno de los suyos? Los que más le importaban, los últimos, escritos al pulso doloroso de la guerra de España, no los había alcanzado a publicar. Dónde estarían esos poemas, qué habría hecho Georgette con ellos, tal vez se los había presentado a un editor. No, mendigar con poesía de ninguna manera. Una larga vereda mecánica de caucho negro trasladaba a unos cuantos pasajeros erectos como botellas sobre la cinta transportadora de una envasadora de bebidas. Le pareció tan simpática, que no dudó en treparse y dejarse llevar con una sonrisa divertida hasta el otro extremo. Observó a un individuo barbudo y desgredado enfundado en un abrigo viejo de lana verde que cruzaba sin tarjeta por el torniquete automático, pegándose como una sombra a otra persona. Nunca había visto un torniquete automático. Tal vez era también inteligente y se había aprendido el truco del barbudo. ¿Se le cerraría en las narices si intentaba hacer lo mismo? Se atrevió a intentarlo, Le fue difícil, no reaccionaba suficientemente rápido o empujaba sin querer a sus eventuales pasapuestas. Finalmente lo logró. Una vaharada de calor le frotó vigorosamente el cuerpo entumecido, estaba finalmente en los intestinos del metro. Qué luminoso le pareció el andén naranja, qué brillante y refulgente, por encima de su circo de avisos comerciales. ¿Podría dormir en un lugar tan claro, después de tantos años metido en una tumba? ¡Vous! ¡Papiers! Alguien le tocó el hombro, Vallejo se volvió para encontrarse con un guardia de chompa azul y pantalón gris que le pedía sus documentos con malhumorada cortesía. No supo qué hacer o decir, extendió las palmas de las manos, negó con la cabeza, expresó su carencia de

otros lazos con el mundo que no fueran su memoria y sus sentidos recuperados. El guardia concluyó sin más que se las veía con el duodécimo indigente del día y le preguntó si quería acudir a un refugio, donde le darían una cama, una frazada caliente y le indicarían dónde podía desayunar al día siguiente. Vallejo asintió, qué más podía esperar en ese momento.

LA INTUICIÓN ES UN TANQUE DE GUERRA

- ¿Nombre?

- César Abraham Vallejo Mendoza.

- ¿Nacionalidad?- continuó el registrador, con la vista pegada a sus papeles.

- Peruano.

- ¡Ah!, otro inmigrante. ¿Cuándo llegó a Francia?

- Si mal no recuerdo, en mil novecientos veintitrés.

- Mil novecientos veinti... ¿Qué cosa? Oiga, otra bromita y se larga a la calle- gruñó el registrador, levantando sus ojos enrojecidos por la falta de sueño.

- Para qué le voy a mentir, señor, yo llegué a Francia en mil novecientos veintitrés, puede usted comprobarlo con las autoridades correspondientes. Si yo tuviera mis papeles conmigo, pero lamentablemente, mi situación es peculiarmente irregular...

- ¿Edad? ¿Oficio o profesión, si tiene?- siguió el registrador, como si oyera cañerías trabadas, recitando cansinamente las preguntas.

- Soy escritor...- contestó Vallejo, iba a agregar su edad, pero los cuarenta y seis años que llevaba encima al morir no se los creería ni su madre. No sabía en qué año estaba, de modo que arriesgó una edad adecuada para un futuro impreciso.

- Setenta años.

El funcionario se tragó los setenta sin hacerse migas, Vallejo estaba lo bastante demacrado y pálido como para aparentar un atisbo de vejez.

- ¿Tiene parientes en Francia?

- Estaba casado con Georgette Philippart. Ella era ciudadana francesa de nacimiento.

- ¿Estaba? ¿Era?- se impacientó el registrador.

- Es que supongo que debe haber muerto.

- Ah, es viudo.

- Supongo que sí.

- ¿Supone?- levantó la voz el registrador, el peruano le estaba comenzando a hinchar la paciencia.

- No sé nada de ella hace muchos, muchos años- respondió Vallejo, cautelosamente.

- Está bien, tiene suerte de que todavía haya camas libres y no lo mandemos a una carpa del Canal Saint Martin. Use la cincuenta y seis. Mañana a las nueve se tiene que ir. El refugio se vuelve a abrir a las siete de la noche- le informó el registrador, pasando al siguiente.

El refugio era una vieja casona atestada de camas de hierro sobre las que mataban la noche arrebuados en sus frazadas una marea de muchachos aplastados por el desempleo o la droga, alcohólicos de viejo cuño con el hígado en hilachas y africanos con los ojos desorbitados por el salto de su miseria tercermundista calcinada por el sol a una metrópoli europea de la que no sabían ni qué nombre ponerle a la nieve. El hedor a cuerpo sucio era insoportable. Vallejo se acomodó sobre la cama que le habían asignado, al lado de un negro flaco de casaca roja que tiritaba como un poseso dentro de su frazada, a pesar del calor que irradiaban las estufas diseminadas por el refugio.

Murmuraba un sonsonete ininteligible que repetía como una novena, con los ojos cerrados y un pequeño objeto de colores acurrucado contra su mejilla.

- Le está rezando a su dios. ¿Por qué no le rezas al tuyo para que te devuelva a tu país?

Un muchacho medio rubio de barbita escasa, con el pelo revuelto y un tatuaje en el cuello, miraba a Vallejo desde la cama opuesta con una mezcla de aburrimiento y fastidio.

- ¿Mi país?- preguntó Vallejo para sí mismo, pensando en la muerte de la que había regresado. Era un fugado, un inmigrante ilegal recién desembarcado de su propia tumba.

- ¿No entiendes francés? ¿Ah?- le preguntó el muchacho con insolencia y sin esperar la respuesta de Vallejo, se enredó en su frazada y le dio la espalda.

Vallejo durmió en el refugio durante una semana. A las nueve de la mañana, salía a caminar por las veredas ateridas hasta el local más próximo del Ejército de Salvación o la Cruz Roja, donde se metía al cuerpo un desayuno frugal y recibía un ticket para las duchas públicas que utilizaba con ferocidad de hombre pulcro embestido por la mugre, los piojos y la desidia de sus compañeros de refugio. En el Seguro Popular le regalaron algo de ropa usada que se le derramaba por el cuerpo, pero se aferró a sus zapatos de enterrado, seguían siendo mucho mejores que los que le habían ofrecido, a pesar de los años y la voracidad de la tumba.

Unas palabras en castellano le jalaron las orejas, venían de la terraza de un café tabac y el que hablaba era yo, pidiéndole en mi correcto castellano de Lima a un mozo absolutamente boliviano que me sirviera el bistec con papas

fritas que contenía la carta, porque mi francés de primeros auxilios valía lo que un pomo de agua oxigenada en un accidente de aviación. Yo estaba en París invitado por la Universidad de la Sorbona a dictar un cursillo sobre el humor en la literatura latinoamericana, con un sueldo que me hubiera permitido un hotel de cuatro estrellas en la solapa, pero en mi angurria por ahorrar toda la plata que pudiera, me había metido de cabeza en lo más barato pero decente que se pudiera encontrar y lo más barato pero decente era una habitación en el “Mont Blanc”, de Montparnasse, propiedad de un portugués devoto de la tradición francesa de un baño común por piso con la manija de la ducha escondida en la caja fuerte para que nadie se mojara por debajo de la barbilla sin pagar primero por su derecho de aguas mayores. Fue en ese baño donde conocí al humilde inodoro a la turca, que no era otra cosa que un silo de lujo para defecar de pie sobre un agujero en el centro de una loza blanca con dos espacios para colocar los pies. Cuántos sacrificados miembros de la resistencia francesa debieron haber perdido la oportunidad de escapar de un baño por usar el inodoro a la turca. Es obvio, para usar un excusado nos bajamos los pantalones, en cambio, el inodoro a la turca requiere que nos los quitemos. Es mil veces más práctico y rápido subirse los pantalones que volvérselos a poner. Ah, inodoro a la turca turco, qué aliado de la GESTAPO. Aquel hueco en el piso del hotel era una herencia de la más rancia tradición francesa, un representante del París emblemático, el voyeur vertical de Sartre, el mayordomo sanitario de Picasso, el confesor intestinal de Artaud. La primera vez que me enfrenté a ese agujero silencioso no supe qué hacer. Había cerrado detrás de mí la puerta de la cabina y encendido la luz. Lo contemplé con aprensión. Sobre mí cabeza, un viejo tanque de agua dejaba colgar su

cadena como el rastro de algún fugitivo que había escapado por la ventanita superior que aireaba la cabina. Me quité los pantalones. No había dónde colgarlos. Me los puse al hombro y pasé enseguida a buscar la mejor posición para acertarle al agujero que seguía abierto hacia profundidades desconocidas. Fallé. Cero en puntería. Menos no podía esperarse de un bizco como yo. Necesité varias jornadas para aprender a depositar la bala donde ponía la intención. De aquellos días, nació mi idea de una mira telescópica para principiantes desencontrados con la puntería anal. Se inserta en el ojo aquel y tenemos un francotirador para inodoros turcos.

Elke y yo nos desesperábamos por revalidar nuestra limeña costumbre de bañarnos a diario y no permitíamos que estos parisinos acochinados nos regatearan la limpieza que garantiza el buen olor, era una guerra que comenzaba cada mañana al bajar al primer piso para pedirle la manija de la ducha a un portugués agarrado del puño que se hacía el sueco fingiendo que dormía o que se le habían traspapelado los números de la combinación, porque no quería gastar más agua que la necesaria para que sus huéspedes no se asfixiaran en sus propios sudores. Elke Engel era la hija más linda nacida en Lima de una pareja de alemanes, estaba conmigo no porque estuviera conmigo, sino porque se había ganado un pasaje Lima- París- Lima en un sorteo interno en el diario El Comercio, donde comandaba el suplemento de arquitectura. Nos habíamos conocido en el avión y habíamos congeniado tan de maravilla, que habíamos estado de acuerdo en sentarnos esa tarde en un café tabac para comer algo antes de asistir a una función del Ballet Nacional de Hungría, cuando ese individuo mal vestido se nos puso delante y nos pidió, tímida y cortésmente, unos euros para un compatriota que no tenía más sostén

en el estómago que el desayuno. Elke se hizo la desentendida sin despegar la boca de la cañita con la que sorbía su jugo de naranja de lata, dejándome a mí la tarea de espantar al vago, drogo, alcohólico o loquito peruano que pretendía picarnos el bolsillo. Soy mala escoba, nunca aprendí a barrer indeseables, carezco de la firmeza que otros despliegan en cada esquina de Lima para espantar a las nubes de mendigos encubiertos que venden caramelos y otras dulzuras disfrazadas con envolturas de marcas adquiridas a los recicladores de basura, temo herir a quienes la llevan mal porque nacieron pésimo o enloquecieron de pobreza, así que me quedé calladísimo. Disculpen, no me he presentado, me llamo César Vallejo Mendoza, soy peruano, de Santiago de Chuco. Le iba a contestar que yo era José María Eguren conservado en el agua de la juventud de la laguna negra de las Huaringas, pero me contuve, había aprendido lo dolorosa que puede ser la ironía para ciertas personas y, además, para qué burlarse de alguien que tal vez no era un loquito, sino un pariente homónimo del poeta y a mucha honra.

- ¿Y cómo así ha terminado pidiendo plata en París un homónimo del poeta César Vallejo?- le pregunté, tratando de sonar interesado. Pidiendo plata era lo mismo que dando pena. La vergüenza se le vino a Vallejo encima y quizás para reivindicarse, abandonó toda prudencia sobre su estado. No soy ningún homónimo, señor, lo que pasa es que he resucitado, aunque pueda parecerle increíble. Elke se atoró de risa con el jugo, pero yo sentí ese aguijonazo de intuición que nos señala una verdad por encima de las dudas más razonables, una sospecha de certeza fuerte como una viga me arrastraba a creer, contra toda lógica, que ese individuo pálido con los ojos devorados por las ojeras que se presentaba como César Vallejo Mendoza no era algún pobre

peruano capturado por la esquizofrenia en París, sino César Vallejo Mendoza, poeta mayor del Perú y titular indiscutible de la selección poética castellana del siglo XX. La razón se me reía a gritos, pero mi viga de certidumbre era tan sólida que jalé una de las pesadas sillas de fierro del café e invité al individuo a sentarse con nosotros, a pesar de la cara de palo que me puso Elke, intimidada por el loco que le desgraciaba la comida y furiosa conmigo por dejarme engatusar por el primer delirio de grandeza literaria que me ponían al frente. No tenía cómo sustentar que César Vallejo Mendoza era quien decía ser y estaba en esa mesa del café con el hambre manchándole los dientes, me arrimé nada más a mi intuición como lo había hecho en otras circunstancias. No era la primera vez que un aviso emergido de lo más profundo de mi sensibilidad embestía mi lógica como un tanque de guerra. Ordené otro bistec con papas fritas para el señor César Vallejo, lo dije en voz alta, para el señor César Vallejo. Elke se quería meter bajo la mesa. Vallejo como que la entendió y nos propuso confirmar su resurrección en el cementerio, pero después de no dejar papa sobre papa en el plato. Lamentablemente, el Montparnasse estaba cerrado, de modo que acordamos encontrarnos a la mañana siguiente en ese mismo café para verificar lo que los apóstoles habían verificado tres días después del entierro de Jesús.

La losa arrimada a un costado y el hueco sembrado de trozos de ataúd podrido, terminaron por derrotar mis dudas, pero no convencieron a Elke de otra cosa que no fuera saber que el cadáver de César Vallejo ya no estaba en su tumba. No había ningún ángel sentado sobre la losa para anunciarle que el poeta se había levantado de entre los muertos.

- ¡Cree, Elke, cree!- la tomé de los hombros. Elke vaciló y tal vez por compromiso, me respondió que bueno, que podía ser, que necesitaba pensarlo, que así nomás no se podía aceptar que alguien cuyo nombre no estuviera en la Biblia hubiera resucitado y que, además, se hubiera dirigido directamente a su mesa para pedirle unos euros para comer.

¿QUIÉN SE HA LLEVADO EL CADÁVER DE VALLEJO?

Los principales diarios nacionales saltaron a la calle gritando de indignación. El cadáver de César Vallejo había desaparecido de su tumba, uno de los guardianes del cementerio de Montparnasse había descubierto la tarde siguiente el desbaratado ataúd y el hueco vacío en el que algún desaprensivo había arrojado una bolsita de papel con una hamburguesa a medio morder hinchada de mostaza amarilla. Alain Sicard había dejado bien sentada la protesta de la intelectualidad francesa en el diario *Le Monde* y criticado al gobierno por malguardar el sueño eterno de sus glorias extranjeras, sugiriendo además, que alguna jauría neonazi podría haber desenterrado los restos del poeta para arrojarlos al Sena. “No sería de extrañar que aparezcan otras tumbas profanadas como ha ocurrido en los cementerios judíos de varias capitales europeas. Exigimos toma de posición y acción inmediata de las autoridades contra la xenofobia necrófila que no es más que una nueva manifestación del virus racista que infecta las venas que la nación francesa tuvo siempre abiertas a la sangre renovadora de las culturas extranjeras”. Como si sus opiniones hubiesen destapado la más contaminada lata de conservas de Pandora, comenzaron a llegar a las redacciones una serie de panfletos firmados por una gaseosa Misión de Limpieza Etnica de los Cementerios Franceses que, anunciaban el inicio de la depuración de la gloriosa tierra gala de los huesos de razas indignas. Montparnasse, Montrouge, Pere Lachaise, Fauvelles, hasta el lejano Boulogne Billancourt y el resto de los

cementerios diseminados por la capital doblaron guardias y restringieron visitas para evitar profanaciones que pondrían a hervir los ánimos de las minorías residentes en Francia; sin embargo, nada turbó la falsa paz de las tumbas, las hojas secas siguieron tocando mansamente las losas sepulcrales sin hacer distingos entre celtas y argelinos, y en ninguno de los morideros parisinos hubo nada que reportar que no fueran sollozos de viudas, quejas por nichos maltratados o alborotos de ánimas que regresaban de una juerga en las catacumbas de Denfert- Rochereau con el amanecer ladrándole en los faldones de las sábanas. Broma macabra o bravata xenófoba, el hecho es que los restos de Vallejo fueron los únicos desaparecidos y las sospechas comenzaron a recaer en algún fetichista literario de gustos necrófilos o en burdísimos estudiantes africanos de medicina incapaces de preferir los huesos de un muerto anónimo a los de un ilustre de Montparnasse.

La indignación que menguaba en París se elevó en Lima como un tsunami. Los gritos de las primeras planas hicieron eco en el Parlamento, un diputado emplazó al ministro de Relaciones Exteriores a expresar ante el gobierno francés su estupor por la desaparición del cadáver estrella de las letras peruanas y consideró indispensable nombrar una comisión que viajase a la capital francesa para investigar in situ el escandaloso misterio del Montparnasse. La propuesta fue aceptada por aclamación, de inmediato, se desató en los pasillos del Congreso un afelpado forcejeo para integrar la comisión que concluyó con un acuerdo para enviar a cinco parlamentarios que tres semanas después, llenaban varias filas de un vuelo de American Airlines con parientes y asesores en diversas materias que incluían idiomas, derecho internacional, investigación policial y pompas fúnebres, entre los cuales pudo

encontrarse Alfredo Bryce, requerido como asesor literario de la comisión investigadora, aunque en la práctica se lo buscaba como guía de calles de París, consejero gastronómico con énfasis en la interpretación de cartas de restaurantes emblemáticos de la cocina francesa y- con las precauciones indispensables para que no se enterasen esposas o hermanas o hijas- como radar de fondo para la localización de las míticas conchas blancas del París que para los parlamentarios de la guardia vieja era todavía la capital de los placeres de catre y cama. ¿O acaso, la palabra *sommier* no era francesa como burdel y franceses sus quejidos cuando le doblaban el peso y los meneos? Bryce tuvo el gusto de negarse a fungir de ganso guía de una bandada de solemnes pelícanos entre los que no faltaba quien le regalaba a Vallejo la “s” aquella que las reinas de belleza suelen pegarle con rimmel después de la última vocal de su apellido. Mientras los comisionados distribuían asesorías entre sus allegados y discutían con sus esposas sobre la cantidad de maletas vacías que convenía llevar a París, un Vallejo comido, bañado en la ducha restringida de mi hotel, peluqueado y vestido con la mejor ropa que pude prestarle, bajaba conmigo por la escalera de la gare de Montparnasse para tomar el metro con rumbo a la embajada peruana. Vallejo carecía de cualquier documento que lo identificara como carne de este mundo, a menos que decidiera enfrentarse a otro eventual *papiers, s’il vous plaît* con la copia de su acta de defunción, que siendo como era, pasaporte de una sola cara, la siempre triste que tiene la partida, cargaba con el agravante de una muerte que sigue siendo un misterio, un caso de consunción mortal sin causa ni nombre conocido. La clínica Arago había liquidado sus confusiones anotando en la ficha médica “infección intestinal aguda”, producida tal vez por esas costillas de

carnero con vainitas pálidas que preparó Georgette el 13 de marzo como banquete de regeneración y que habría terminado siendo la última comida de un condenado. Georgette diría más tarde que no, que nada de infección intestinal sino mañoso paludismo trujillano emigrado de polizonte en la sangre de Vallejo que se aprovechó de su debilidad para salir a cubierta.

- Para decirlo en pocas palabras, mi querido César, se murió en París con aguacero, un día del que guardaba ya el recuerdo y con la Muerte rascándose la cabeza de puro desconcertada al pie de su cama.

- Los desconcertados somos nosotros, Ella sabía muy bien por qué me llevaba.

- ¿No se lo confesó en el cajón?

- Si los muertos no hablan, la Muerte menos.

- Yo diría que se murió de su enfermedad parisina preferida, síndrome de inmunodeficiencia adquirida por pobreza.

-Síndrome de inmuno deficiencia adquirida por pobreza- repitió despacio Vallejo, pesando las palabras.

- Anemia, Vallejo, purita anemia por años de comer mal. Alguna bacteria escondida en su organismo se tragó su vida aprovechándose de su debilidad.

¿Usted paraba enfermo de una cosa y de otra, no?

- Tal vez tenga razón.

- Hace sesenta y siete años que se murió. Si se demoraba, podría haber cumplido el siglo.

- Sí, cómo no, sería más interesante resucitar a los cien años que a los sesenta y siete, porque estamos en el siglo XXI, según me han dicho.

- A propósito, ¿por qué resucitó?

- ¿Es usted mi amigo o mi eco?

- ¿No me quiere responder?

- ¿Qué quiere que le diga, que traigo una misión divina?- se fastidió

Vallejo.

- Eso casaría con su última gran frase, la que encandila a los defensores de la fe en las letras nacionales.

- Por Dios, quién se acuerda de lo que dijo minutos antes de estirar la pata, y perdone el vulgarismo. La Muerte le chilla a uno de tal modo que no escucha ni lo que dice.

- “Cualquiera que sea la causa que tenga que defender ante Dios, más allá de la muerte, tengo un defensor: Dios”. Usted siempre tan dramático.

- ¿Eso dije?- se asombró Vallejo, casi riendo.

- Tan buen defensor tendría, que hasta le habría conseguido una segunda oportunidad.

- ¿Para que entre a un convento y me salve?

- Yo digo nomás.

- Hombre, yo resucité porque me aburrí de seguir muerto en París con aguacero.

- No, pues, César, nadie resucita de puro aburrido, se resucita por una razón, digamos, de peso, metafísico, político, científico. Mire a Cristo.

- Es la pura verdad, amigo mío, resucité porque me aburrí de seguir muerto en París con aguacero. No se me ocurre otra razón.

- Es como si me dijera que volvió a la vida porque se aburría de seguirle la corriente a uno de sus poemas más mentados. Aquel de: “Me moriré en París...”

- Tenga la bondad de no repetírmelo, por favor.

Hacía buen tiempo que el embajador Pérez de Cuellar había dejado la embajada peruana en hombros de su encargado de negocios. Ignoro si el ilustre diplomático de la sonrisa izquierda habría recibido a César Vallejo como César Vallejo, un resucitado es siempre difícil de aceptar. Si yo hubiera tocado la puerta de la embajada del brazo de San Martín de Porres con una canasta en la que durmieran como amantes apaciguados perro, pericote y gato, podría haber caído de rodillas alabando a Jesús, María y José, pero César Vallejo, por favor, de modo que ocurrió lo previsible, el encargado de negocios se rió sin ningún pudor, a torrentes, a pesar de mi tono sereno y los sentidos intentos del propio poeta para convencerlo con detalles de su vida y del París de los treinta que el encargado desconocía y que le importaban una reverenda guinda, como le importaban otra guinda la poesía peruana y la de cualquier otra parte. Aún así, hizo un esfuerzo para recuperar cierta formalidad y concluir, muy funcionario él, que no podía otorgarle un pasaporte a un indocumentado sólo porque lo garantizaba un conocido escritor invitado a La Sorbona. Aún en el caso muy hipotético, y recalco, muy hipotético, de que el señor Vallejo sea quien dice ser, cómo justifico su existencia, estando registrado como fallecido en los archivos franceses, con partida de defunción, tumba acreditada y todo lo que se requiere para ser considerado un muerto en regla, aunque su cadáver haya desaparecido. Necesitaría una constancia de resurrección y dígame usted (socarrón, controlando su hilaridad), ¿cómo y dónde se consigue un papel así? César Vallejo salió de la embajada sin ningún tipo de identificación, con tan mala suerte, que a los pocos días nos atrapó una batida contra terroristas islámicos a pocas calles de mi hotel. Yo no tuve problemas, pero el peruano

Vallejo, el pelinegro y mestizo Vallejo sin documentos devino sospechoso instantáneo, a pesar de sus protestas en su pulido francés y mejor castellano. Cuando se le solicitó a la embajada información sobre el detenido que decía llamarse César Vallejo Mendoza y ser peruano de nacimiento, muerte y resurrección, ésta se limitó a comunicar que no se responsabilizaba por los locos que se asumían personajes de la literatura peruana. César Vallejo pasó al hospital psiquiátrico de Santa Ana como esquizofrénico sin domicilio ni familia conocidos, cultura universitaria, de aproximadamente cuarenta y cuatro, cinco o seis años de edad, raza mestiza y supuesto origen peruano. Me desesperé tratando de sacarlo, pero me estrellé contra la dura lex francesa y sobre todo, contra la cordura de los periodistas e intelectuales a los que acudí en busca de apoyo. Un poco más y me encerraban a mí también.

LA COMISIÓN INVESTIGADORA ATERRIZA EN PARÍS CON LAS MALETAS HAMBRIENTAS

La comisión investigadora aterrizó en París con las maletas hambrientas y las esposas o hermanas o hijas de los parlamentarios alborotando en el duty free del Charles de Gaulle a la caza de guerlains, givenchys, chanel, lempickas, rochards y otros aromas de apellido ilustre con el azorado apoyo del asesor en lenguas y vanidades francesas, Arc de Triomphe Boucheron Simancas, hijo de un antiguo profesor de la Alianza Francesa de Lima, coautor con su esposa peruana del apoteósico nombre de su descendiente, a cuya sombra supuso, y supuso mal, pasarían ordenadas legiones de triunfos profesionales y económicos.

- Don Buchecito, pregúntele a la señorita si eso de ahí es una crema de belleza.

- No, señora Edith, es foie gras Chédeville. Lea la etiqueta y así aprende algo de francés.

- Ah, sí, fuá... ¿Se dice fuá, no? ¿Es algo para el gras del jardín?

- Es paté de ganso, señora.

- Ay, pero qué tonta, si lo he comido tantas veces en el Delicass. Voy a llevar algunos tarritos, a mi gordo le encanta lo fino.

Siete de la noche en el Santa Ana, César Vallejo solloza aterido de soledad, de opresión, de injusticia; soledad, opresión, injusticia del psiquiátrico parisino; soledad, opresión, injusticia de la cárcel de Trujillo revivida hasta la aspereza del colchón de paja; soledad, opresión, injusticia de la agonía en la clínica Arago, cuando los médicos lo punzaban in extremis entre alaridos de

dolor; soledad, opresión, injusticia que le secan la garganta hasta estrangularlo entre esas cuatro paredes blancas. *Oh, las cuatro paredes de la celda. / Ah, las cuatro paredes albicantes/ que sin remedio dan el mismo número. Criadero de nervios, mala brecha,/ por sus cuatro rincones cómo arranca/ las diarias aherrojadas extremidades,...* Sala de locos, celda de preso, pabellón de moribundo, cuatro paredes, siempre cuatro como éstas que lo encierran con las ventanas protegidas con malla de acero por las que se niega a pasar el sol de invierno, metido entre locos de pronóstico diverso que juegan juegos de mesa con sospechosa normalidad o alimentan en silencio sus fantasías con los personajes de las novelas que leen absortos en sillas blancas de plástico o contemplan con rostros idos ¿a dónde, a qué grieta irreal? una caja con pantalla de vidrio que parece un cine portátil a todo color o ejecutan insufribles sinfonías de tics nerviosos o conversan quedamente embelesados con una novia que nadie ama ni comprende como ellos y que por eso mismo son los únicos que pueden verla en su belleza tan leve, tan cristalina, que titila sólo para sus pupilas. Dos enfermeros en traje blanco le clavan una inyección en el brazo sin decirle nada, sus lágrimas se van evaporando y pronto el llanto se pierde en una niebla difusa que lo acaricia con amable humedad y le desprende los pensamientos de la cabeza como ceniza de un cigarrillo larguísimo. Vallejo inclina la cabeza sobre el pecho y se deja llevar al dormitorio común. Sobre una mesita de metal contigua a su cama, una botella plástica de agua de marca diluye como todos los días los psicoactivos que la dirección general del hospital prevé para casos de esquizofrenia tan patentes como la de Vallejo. Un sueño atraviesa la niebla y en ese sueño, Vallejo es un pájaro de raro copete azul torturado por un grupo de niños de mandil blanco. Quiere

escapar volando pero los niños le han pegado una de las alas al cuerpo con esparadrapo y cada intento de sostenerse en el aire termina en un giro patético sobre un mismo punto apenas elevado sobre la tierra, como un perro que tratase en vano de morderse la cola y esa cola fuese el picaporte de la libertad, la imposible libertad. Así como ha llegado de la niebla, el sueño vuelve a la niebla para dar paso a otro sueño en el que su amigo Orrego abre los barrotes de la celda trujillana como si fueran de alambre y le da la mano para sacarlo de la cárcel, pero la mano se deshace en la niebla, niebla que lo disuelve, lo cubre, lo esconde todo hasta que el calmante se le disipa del cerebro. Vallejo se sienta en la cama con la boca pastosa y los músculos difíciles. Un enfermero espera al pie de su cama. La doctora Chaillot quiere verte.

Eve Marie Chaillot, pelirroja de corazón amurallado tras un corte casi militar, se había encariñado con el paciente que se decía peruano, estaba intrigada por la coherencia entre su fantasía de ser quien no era ni podía ser y la realidad del famoso poeta que sí había sido, pero ya no tanto, porque su cadáver había desaparecido del Montparnasse. Su quijada lanzada al abordaje del aire, su frente amplia como la avenida de los altos pensamientos, la mirada de conmovida seriedad coincidían con las viejas fotos del poeta peruano como el de un hombre reflejado en un espejo hongueado por los años. Hasta el momento, no había podido pescar una contradicción, ni una sola, entre lo que había investigado sobre la vida y obra de César Vallejo, y la vida y obra que el paciente daba como tuyas, es más, su conocimiento del París de los años veintitrés al treinta y ocho era asombrosamente vívido y detallado, París passé humeaba en sus palabras como un plato caliente, se sabía el contenido de las cartas de algunos cafés frecuentados por los artistas e intelectuales de la

época y los nombres de los mozos que habían trabajado en ellos, describía interiores de edificios demolidos o transfigurados hacía cincuenta años, diseños de boletos de tranvías oxidados hasta en los museos, hábitos y modos de vestir y expresiones típicas de personas cuyos hijos o nietos confirmaban admirados. Estaba además su íntimo conocimiento de la que fuera esposa de Vallejo.

- Mi "Guillete".

- Está documentado que así la llamaba César Vallejo.

- ¡Así la llamaba yo, doctora!

- Por supuesto, por supuesto, así la llamaba usted... y por qué la llamaba así.

- Tenía un carácter capaz de afeitar a un hombre.

- ¿Cuándo la conoció?

- Una tarde de febrero de 1927.

- ¿Podría darme más detalles?

- Como usted quiera. Fue a las seis, para ser exacto, en la calle Montpensier que bordea el jardín del Palais Royal, cerca del Hotel Richelieu, donde yo vivía entonces con Henriette Maisse. Me acerqué a Georgette... Era una mujer bonita, Octavio Paz no le sacaba los ojos de encima en el congreso de escritores... La saludé con mucha educación quitándome el sombrero y la invité a encontrarnos en Le Carillon, un café de la Avenida de la Opera donde yo solía tomar el desayuno y leer los periódicos. Nos mudamos juntos recién en 1929 y no nos casamos hasta el 11 de octubre de 1934. ¿Quiere más detalles? Los testigos fueron Ismael González de la Serna, un pintor granadino amigo del

pobre Federico García Lorca, asesinado por los fascistas de Franco, y su esposa, Susanne Putois. ¿Está usted contenta?

- ¿Por qué no tuvieron hijos?

- ¿Hijos, doctora? ¿Con la miseria jaqueándome los talones día tras día?

Además, una familia nos hubiera apartado de nuestros deberes para con la revolución mundial. Georgette abortó...

Vallejo se quedó con la frase cortada en la boca como un pedazo de vidrio roto que le estuviera hiriendo la lengua. La doctora Chaillot anotó: "El paciente sufre y se culpabiliza por los abortos de la que considera fue su esposa, su identificación con el poeta peruano es muy profunda y parece difícil que involucre, aún así, sabe demasiado sobre Vallejo. ¿Será un estudioso de la literatura peruana, un catedrático de alguna universidad francesa golpeado por alguna terrible decepción o por la incapacidad de adaptarse a una realidad ajena que asume como hostil y que busca reconstruir su yo devaluado elevándolo sobre la fantasía de ser uno de los poetas más importantes de habla hispana? Averiguar si hubo recientemente profesores en las universidades francesas que se ajusten a su descripción y que hayan sido declarados como desaparecidos".

- Todo lo que usted me ha contado sobre Vallejo y la señora Philippart está documentado, usted lo pudo averiguar fácilmente consultando la bibliografía necesaria. ¿No le suena eso significativo?

-¡Entonces, para qué pierde el tiempo preguntándome!

- Lo que yo le pregunte no importa, lo que importa es que usted acepte que usa sus indudables conocimientos sobre César Vallejo para sostener la fantasía de que es el poeta resucitado. Los seres humanos no resucitan, pero

sí sufren y en usted hay un dolor que lo roe por dentro y lo roe tan duramente, que prefiere construirse un personaje sublime e inmortal que lo protege de verse a sí mismo como realmente es, una persona derruida por algo que sólo usted sabe, pero no quiere aceptar.

Vallejo la escuchó entre estupefacto y burlón, si él no era quien era, quién era entonces pues, carajo. Venir a negarle su identidad después de haberla vivido cuarenta y seis años, y conservado en la tumba otros sesenta y siete. Que se fueran al diablo la doctorcita y sus malabarismos psicoanalíticos. Aún así, tuvo ganas de responderle.

- Lo único que me duele en este momento es haber resucitado.

La doctora anotó: "El paciente se atrinchera en su fantasía, buen signo, lo he tocado, encaminar el análisis enfrentándolo con la evidencia de que su fantasía puede ser perfectamente fruto de información al alcance de cualquier estudioso y que no hay nada que asuma como su identidad que no pueda saberse mediante la lectura de material crítico y literario. Descubrirle al estudioso herido y escondido detrás de la fantasía del poeta para intentar resucitar al verdadero ser. Encontrar información fidedigna sobre el paciente en alguna institución universitaria o especializada, alguien debe saber algo".

Vallejo observó el lapicero plateado de la joven doctora clavándose en su libreta con los movimientos hirientes de una máquina de coser que pretendía lo que le era propio, coserle a como fuera la etiqueta de loco perdido en un laberinto de circunvalaciones cerebrales que el hilo de Eve Marie tendría posibilidades de guiar hacia la salida sólo si lograba que le cogiera la puntita. Francia lo había maltratado de muchas maneras, lo había matado de hambre y desempleo, lo había expulsado por comunista, pero nunca le había negado su

nombre y su ser, la próxima vez se moriría con su carnet de identidad en el bolsillo, porque iba a morirse de nuevo. ¿O no? ¿Y Georgette?

- ¿Usted que tanto dice saber sobre Vallejo, doctora Chaillot, podría decirme si Georgette vive todavía?

La pregunta sacudió a la doctora, si el paciente era un estudioso informado sobre Vallejo, tenía que saber que Georgette Philippart se había radicado en Lima desde 1951, que había muerto en 1984 a los setenta y seis años y que estaba enterrada en el cementerio de La Planicie, tenía que saberlo, eran datos básicos, pero el paciente allí, con esa cara de pregunto porque no tengo idea de la vida de mi viuda que ya no sería viuda si viviera, pero que si hubiera muerto, ahora el viudo sería yo.

- Usted se hace el tonto- vaciló la Chaillot.

- César Vallejo soy yo, doctora, si usted no acepta esa verdad, no tenemos nada que conversar. Tenga la amabilidad de dejarme solo.

La doctora Chaillot abandonó el dormitorio del hospital perseguida por los pasitos de una extraña inquietud infiltrada en su armadura científica como una grieta que no debía crecer un milímetro más, si no quería ser devorada por esa turba de incertidumbres que espera agazapada detrás de nuestras más queridas razones.

EL CÓNDOR PASA SOBRE EL CEMENTERIO DE MONTPARNASSE

Investigadas las cartas de sólidos y líquidos de los más recomendados restaurantes parisinos, navegado el Sena en bateau- bus como ordena el manual del perfecto turista, gastado innumerables baterías de celulares y cámaras digitales fotografiándose al pie del Arco del Triunfo (disimulado temblor de párpados del señor Arc de Triomphe Boucheron Simancas), la torre Eiffel y la catedral de Notre Dame, donde la señora del diputado Jesús Alvear preguntó por la tumba del jorobado para pasarle la mano porque debe dar mucha suerte; visitado el Museo del Louvre riéndose a gritos de los chistes de calatos que contaba la Chuquival delante de las esculturas griegas, recorrido el Barrio Latino con la consecuente adquisición de milésimas reproducciones de Van Gogh, Degas, Modigliani y Pissarro para las oficinas del Congreso (don Buchecito, infórmele al pintor que Pissarro se escribe con z), descubierto los padres de la Patria que los rubísimos hembrones levantados en el Bosque de Boulogne eran travestis rusos de manazas implacables a la hora de cobrarse sus servicios cuando el asqueado representante de la majestad legislativa pretendía escapar del hotelucho protestando en castellano por la estafa; paseado por Montmartre y comprado cargamentos de torres Eiffel de plástico en las tiendas de souvenirs de unos árabes melosos que también les colocaron gobelinos para la sala de la casa y muchos, muchos pañuelos pure soie, madame, légitime, très bon marché que lucirían franchutísimos en los cuellos de las señoras cuando volvieran a Lima, entre otras muchas actividades que incluyeron visitas a la Sureté Générale y la Interpol para enterarse del nulo resultado de las investigaciones sobre la desaparición del cadáver de Vallejo,

además de alguna recepción en su honor organizada por la embajada peruana, la comisión investigadora en traje de seriedad parlamentaria, acompañada de esposas o hermanas o hijas y asesores, traspuso la entrada del cementerio de Montparnasse para depositar una ofrenda floral en la tumba violada de César Vallejo. Tardaron bastante en encontrarla porque el plano del cementerio la consignaba en un lugar equivocado, pero allí estaba, tal y como la había dejado el poeta, losa apartada, tablas del ataúd húmedas de lluvia y una bolsita de papel de hamburguesa manchada de mostaza amarilla despreciada por las exigentes hormigas del Montparnasse, orgullosas consumidoras de mostaza de Dijon comme il faut. La tumba del delito debía permanecer intacta mientras el delito no fuese aclarado. El diputado Padilla se encargó del discursito de orden. Fue todo lo ditirámico que se esperaba, abundó en heraldos negros y españas que apartan cálices, puso a Vallejo a la altura de los satélites artificiales y lo señaló en el cielo con un bastón que se parecía demasiado al del poeta en aquella fotografía pensativa que se ha convertido en su escudo de armas dolientes, detalle que ninguno de los presentes estaba en capacidad de notar, pero que Padilla había preparado especialmente para que el fotógrafo del Congreso lo registrara y se publicara donde hubiera quien sí pudiera apreciarlo y difundirlo. Se procedía a colocar la ofrenda al pie de la losa, cuando apareció por entre la apretujada multitud de túmulos, lápidas y cruces, un conjuntito de quena, bombo, guitarra y charango sobreviviente de la edad dorada de El Cóndor Pasa. Ah, qué tiempos aquellos, la quena la querían aprender hasta los gorriones del bosque de Vincennes y las francesitas seducidas por los ponchos multicolores y sus siempre erectos andinos soñaban con enormes bombos legüeros redoblando en los campanarios de Notre Dame y por qué no, en los

de sus fascinadas entropiadas. Eso había sido treinta años atrás, de los cohetes en honor de América Latina quedaban apenas unos cartuchitos quemados. Aún así, el viejo cóndor de alas jubiladas pudo planear de nuevo sobre el Montparnasse a viento del mejor repertorio de hits andinos de los setentas. La ceremonia se tiñó de nostalgia y arrugó algún corazoncito separado de sus terruños. Alguien sacó una botella de pisco de bandera rojiblanca y una copita, se brindó por Vallejo, por la cultura, carajo, por el Perú y por el partido también y por el presidente que se raja por el país en medio de la incompreensión ciudadana y las campañas calumniosas. Cuando se secó la uva, la comisión estaba en salsa de juerga y el conjuntito con los instrumentos calientes, así que por qué no nos tomamos unos vinos franceses en honor del vate inmortal que murió en París y le cantamos unos huaynitos de su tierra para que nos escuche donde esté, a lo mejor convence a San Martín de Porres para que le dé una mano bendita a la policía y nos devuelvan sus huesos. El que mejor articulaba las pocas palabras de francés aprendidas durante su estadía (don Buchecito no había podido acompañarlos) salió a la caza de las primeras botellas que se le pusieran al frente. No tardó en volver con una bolsa que contenía unos pinard de clochards que le habían vendido como clásicos de Burdeos, dos botellas de Johnny Walker etiqueta roja y unos vasos de plástico. Arránquense maestros con un lloradito, pero primero háganse un salud con nosotros para que les suenen bien los instrumentos. Esta vez sí tomaron las señoras, vino francés es vino francés, se nota la calidad, deja en la boca un sabor a frutos rojos del bosque con venas de roble y taninos levemente rugosos. De dónde has sacado ese verso, Padillita, cuándo te he visto hablar así de una buena cusqueña heladita. No compares, pues, compadre, vino es

cultura, el resto son tragos. Dicen que el Tacama ha ganado premios. Yo no creo en esos premios, ahí ha corrido plata, esas medallas son puro marketing, un vino peruano no puede ganarle a ningún otro y menos a esta delicia que estamos tomando. ¡Salud por ti, hermano! Las botellas del pinard fueron quedándose en el puro vidrio y algunos vasitos vacíos medio mareados cayeron dentro de la tumba de Vallejo para alegría de las hormigas, que en cuestión de alcoholes no hacen los distinguos que les merece la mostaza. Sir Johnny Walker hizo su entrada en la ceremonia, sin molestarse por el sacrilegio de ser vertido en recipientes de plástico manchados de vino francés de segunda división. La música se licoreó, de los huaynos se bajó a los valesitos criollos. Tóquense ese de Polo Campos, cómo se llama, cómo se llama... ¡Cuando llora mi guitarra, claro! La mentada tundeteó con rigores de la guardia vieja, porque el conjuntito era de tíos maduros que habían emigrado cuando Chabuca le componía el miserere al vals, pero el charango, la quena, el bombo, qué manera de aindiarle el llanto a la guitarra limeña, de modo que de un empujón cualitativo auspiciado por el bastón de Padillita se le dio pase a Los Iracundos, que nunca perderán la rabia. Puerto Mooooont, Puerto Mooooont/ me alejééé de ti, en Puerto Mooooont... La alharaca se iba para arriba, sacudiendo siglos de perfecta paz sin que nadie se quejara porque los muertos tienen los oídos extasiados en coros metafísicos, con algunas excepciones, por supuesto, porque también hay quienes mantienen un ojo vigilante sobre esta tierra y no soportan que se altere su eterno descanso. ¿Ustedes conocen la tumba de la familia Pigeon? Es una obra de arte realizada por las expresivas esculturas yacentes que retratan a monsieur Charles Pigeon y su adorada esposa, fallecidos en algún recodo de la segunda mitad del siglo XIX. Ella está

tendida con la cabeza ligeramente vuelta hacia su marido, quien se apoya en el codo derecho para erguir un poco el cuerpo, mientras que en la mano izquierda sostiene un libro cerrado que sin duda se dedica a leer muy despacio para que le dure por lo menos una buena parte de la Eternidad, pero cómo podía seguir siquiera una línea con el escándalo que estaban armando frente a la tumba de ese poeta sudamericano que nunca le cayó bien por lo bárbaro e ininteligible de lo que llamaba poesía. Irguió por completo su pesado cuerpo de bronce, dejó momentáneamente sola a su adorada esposa y salió caminando a soplarle un par de gritos a esos salvajes que no sabían respetar un camposanto en el que yacían tantas personalidades de las artes, las ciencias y las armas, con las excepciones debidas, caso del sátrapa mexicano que ya dije y ateos impresentables de la estatura de Sartre o Ionesco, entre otros indeseables desperdigados por allí. La escultura de monsieur Pigeon es de tamaño más o menos natural, como para no asustarse demasiado con su aparición si no se sabe que se asoma de la muerte, pero su color bronceo oscuro, su ropaje decimonónico y su barba palpitante de cólera estaban como para erizarle el pelo al más pintado. El bombo ocultó sus pasos hasta que estuvo a una tumba de la comisión. Cuando gritó con voz de campana mayor: Arrêtez la musique et taisez vous, indiens!, la jarana reivindicativa se secó como si la hubiera absorbido una esponja. Conseguido su propósito, monsieur Pigeon se dio media vuelta e inició pesadamente el recorrido que lo devolvía al reposo eterno junto a su amada esposa. Alguien quiso gritar, otro decir algo, pero no pudieron. Incapaces de sostenerse sobre las cuerdas vocales, las palabras resbalaban y caían como acróbatas de pies de mantequilla o pajaritos derribados por un calor sahariano. Temblaban dientes, llaveros, monedas,

huesos, temblaba mecánicamente el palo del bombo sobre el cuero, animado por el brazo tembloroso del músico. Una cuerda de charango se rompió del susto, haciendo saltar a la concurrencia como una tropa de corchos de champagne. Fue el toque a desbandada. Comisión, esposas o hermanas o hijas y sobrevivientes de la edad dorada de El Cóndor Pasa partieron a correr por los caminitos del cementerio en el preciso momento en que los pitos llamaban a salida. Apenas dos o tres parlamentarios y sus parientes lograron llegar a la puerta, el resto, atarantado por el miedo y la ansiedad de escapar de las garras del Más Allá se perdió entre las tumbas innumerables y terminó encerrado en la más negra de sus pesadillas. ¡Uuuuuu... por entre las jambas de los viejos mausoleos se deslizaban suspiros ensimismados en su tristeza. Las alegorías fúnebres desviaban la mirada de la Eternidad para condenarlos en silencio. También las vírgenes cabizbajas que habían sostenido al Señor yacente y se ocupaban ahora de llorar a un francés cualquiera. Y los cristos acongojados y los ángeles dolientes y los santos desolados y los retratos escultóricos de severísimos monsieur Laplace y madame Lagalice y monsieur Decombe y tantos otros monsieurs y madames levantados o echados en piedra. Hasta los epitafios parecían susurrarles en francés, en yidish, en alemán, en polaco, en clarísimo castellano de Castilla de ultratumba que se largaran de allí con sus jaranas de cóndores y cornudos y sus patéticos ditirambos criollos. Fue necesario que aquellos que habían logrado salir recurrieran por celular a los contactos sembrados en la Sureté para que se convenciera a los reacios empleados del cementerio de reabrir las rejas y buscar a los extraviados. Los encontraron, desperdigados, trémulos, a punto de decolorarse de terror, jurando que se volvían esa misma noche al Perú y

maldiciendo al Vallejo de mierda que ni siquiera se había aparecido a defenderlos de las penas francesas.

El relato de la ceremonia y la encolerizada aparición de la escultura en Le Canard Enchaîné, aderezado con un variado surtido de picantes, hizo reír a Francia entera, pero fue la caricatura del broncíneo monsieur Charles Pigeon y un trío de alegorías fúnebres tocando el bombo, la quena, la guitarra y el charango con los ojos saltones de alegría en presencia de un aterrorizado grupo de parlamentarios peruanos retratados con maligna precisión, la que hizo las delicias de los peruanos cuando las agencias internacionales la regaron por los diarios de América y Europa. Los reconocí a todos, con qué gusto reconstruí la aparición de la escultura, que yo sabía perfectamente posible, como que en Santiago de Chile había conversado largamente con la de un lejanísimo pariente, pero a los parlamentarios nadie les creyó una coma, en Francia los habían tomado por una partida de pasados de hachís y Lima los ridiculizó sin misericordia en los programas cómicos de la televisión, en los editoriales y las crónicas periodísticas, con saña, con odio macerado, con hambre de país desengañado y hartos de la nulidad de un parlamento que sólo sabía sangrar el presupuesto. No digo que no pensé en acudir a ellos para que me ayudaran a rescatar a Vallejo del Santa Ana, pero dudo mucho que me hubieran tomado en serio. Aún así, cuando quise entrevistarme con alguno de ellos, habían volado con las maletas repletas entre las piernas.

EL JIRÓN AZÁNGARO SALVA A VALLEJO

Elke me lo sugirió una semana después del regreso de la comisión al Perú, se había recorrido Francia en tren y venía hinchada de paisajes y quesos inolvidables. En Azángaro te fabrican los papeles que tú quieras. Pero Azángaro está en Lima, Elke, y yo no puedo volver hasta que termine de dictar el cursillo. Mira, yo no estoy muy convencida de que tu Vallejo haya resucitado, pero en mérito a tu certeza, voy a colaborar contigo, yo te mando hacer en Lima los papeles que necesites y te los envío por correo privado... si me das la plata. Estuvimos largo rato pensando qué necesitaría Vallejo para abandonar el hospital y luego Francia en olor de cordura. Un pasaporte peruano con visa y los sellos de ingreso por el aeropuerto de los bienvenidos era primera prioridad, escanearíamos el mío y lo grabaríamos en un disco compacto para los maestros de la falsificación, luego, harían falta una identidad y una foto, la primera no sería ningún problema y la fotografía la obtendríamos visitando Santa Ana. Tú me acompañarás, Elke, serás una periodista interesada en el desarrollo de los tratamientos hospitalarios franceses. ¿Eres buena actriz? No sé, nunca me lo he probado. Tengo una idea, irás en silla de ruedas para causar mayor impacto. Dicho y hecho, alquilamos una silla rodante y senté a la delgada y germánica Elke Engel con sus anteojitos risueños bajo una manta a cuadros de alpaca peruana que yo había estado usando durante mis primeras semanas de invierno parisino y enrumbamos hacia el hospital de Santa Ana. No voy a describir el lugar, su monótona arquitectura contemporánea se repetía con cansina exactitud por todo el edificio como un tic de concreto que sólo cesaba en los muros exteriores. Elke enseñó su carnet de prensa en la portería

y pedí hablar con el director, pero el señor director estaba muy ocupado y nos derivaron a la doctora Chaillot. Hay golpes de suerte, yo no sé.

- La señorita Engel está escribiendo una crónica sobre los hospitales franceses para un diario peruano. ¿Podemos visitar las instalaciones?

- ¿Ustedes son peruanos?

- Sí señora, ella trabaja para el diario El Comercio, el más antiguo del país.

- ¿Usted también?

- Ah, no, yo estoy en París para dictar en La Sorbona un curso sobre el humor en la literatura latinoamericana de los últimos años.

- Entonces, usted conoce a muchos escritores y hombres de letras latinoamericanos.

- Algunos.

- Nosotros tenemos aquí un caso extraordinario, el de un individuo que asegura ser el poeta peruano César Vallejo, muerto en París en 1938, como usted debe saber. El insiste en afirmar que ha vuelto de la muerte. ¡Y vaya que conoce la vida de Vallejo! Estoy segura de que se trata de un profesor de literatura o algo de ese género. Tal vez pueda usted ayudarnos a conocer su verdadera identidad. Luego, podremos recorrer las instalaciones.

Encantado, encantadísimo, acompañé a la doctora Chaillot a ver a su loco peruano que se creía Vallejo, con Elke fingiendo un interés de ardilla que bullía por no perderse detalle de lo que encontraba a su alrededor, todo preguntaba, todo parecía apuntarlo en un bloc anillado que tiró al primer tacho de basura que encontramos al término de nuestra visita. Unos metros y tres salas después, la doctora volteó un segundo para preguntarme sin dejar de

caminar, rígida como dos tijeras montadas una sobre otra, por qué la señorita Engel rodaba en vez de usar los pies. No supe cómo mentirle, no me había puesto de acuerdo con Elke sobre ese punto, ella también vaciló a pesar de su rapidez mental, fauleada por su educación germánica, enemiga del eufemismo y la mentira, pero a la doctora le interesaba tan poco mi respuesta, que ni siquiera la esperó, siguió adelante, tac, tac, tac, pierna dura sobre el linóleo gris, directo a la sala donde los pacientes mataban las horas leyendo, jugando Monopolio, bridge, ajedrez, viendo televisión o sentados frente a una hilera de computadoras cuyos programas censurados carecían de juegos de guerra y violencia. Allí estaba Vallejo, uniformado de verde hospital, enfrascado en alguna novela francesa. Al vernos, tiró el libro al suelo y vino corriendo hacia nosotros, sus pantalones casi cayéndose de tan mal ajustados, con una cara de esperanza que daban ganas de abrazarlo de pena. Los enfermeros lo agarraron, ¡Quieto, loco!, a medio camino y lo devolvieron al sillón que ocupaba, ¡Ahí te quedas!, sin dejar de sujetarlo por la espalda, pero nadie podía retener la ilusión que se le escapaba por los poros.

- Amigo Freire, explíqueme a estas personas que no estoy loco, se lo ruego, no aguanto un día más en este sanatorio de alienados- gritó, tensando angustiosamente el cuello, la nuez de Adán palpitando desesperada, hecha su corazón en la garganta. Le taparon la boca, ¡Silencio, loco!, con una mano y sin esperar órdenes de la doctora, le clavaron, ¡Tente ahí!, un tranquilizante que lo dejó estúpido en tres minutos. Cómo hubiera querido que me escuchara decirle a la doctora que me parecía conocer a su paciente. Creo que es el poeta peruano Antonio Céspedes. ¿Está seguro? Me parece que sí, Céspedes desapareció hace unos meses luego de un intento de suicidio y no se volvió a

saber de él. ¿Hay alguna manera de confirmar lo que me dice? Bueno, yo podría enviar una foto suya a Lima y si sus parientes lo identifican, les pediré que tramiten copias de sus documentos y las manden a París. Cómo hubiera querido que Vallejo me escuchara, cómo hubiera querido que pudiera ver a Elke guiñarle un ojo dos, tres, cuatro veces mientras lo fotografiaba de frente y de perfil desde su silla de ruedas, hubiera entendido el juego, pero estaba en otro mundo de palabras licuadas por el calmante, con sus esperanzas de salir del hospital pataleando entre una maraña de neuronas revueltas como un nido de serpientes dormidas. La doctora Chaillot me dio la mano satisfecha. Me parece magnífico, señor Freire, cuente con mi colaboración.

Los papeles llegaron en un sobre hermético cuando yo estaba por cerrar el cursillo, incluían una partida de nacimiento del municipio de Ferreñafe con la firma del alcalde preciosamente falsificada, un documento nacional de identidad con la foto y firma del ciudadano peruano Antonio Céspedes Gambarini, un pasaporte perfecto que certificaba el ingreso legal de Céspedes a Francia, amén de una carta debidamente desesperada de Gabriela Céspedes Gambarini, certificada por un notario público, en la que rogaba a “quien corresponda”, devolverle a su querido Antonio para tratarlo debidamente en el Perú, al lado de sus seres queridos. Te habías portado a la más alta altura, Elke Engel, la posteridad sabría agradecértelo por intermedio de César Vallejo, pero no contenta con este paquete de obras de arte de la mentira, coronabas tu obra con un libro del poeta Rodolfo Hinostroza que la magia de los falsificadores había convertido en el último poemario de Céspedes, con su Premio Nacional de Poesía “César Vallejo” 1998 brillando en la portada y la foto del sonriente Céspedes en la solapa. Antonio Céspedes Gambarini,

ferreñafano de pura cepa, poeta premiado, suicida frustrado y Vallejo de fantasía, salió sin mucho trámite del hospital de Santa Ana, autorizado por el director y la doctora Chaillot para abandonar el país. Un loco menos en Francia, merde.

VALLEJO VUELVE AL PAÍS DE “ESA RISITA LIMEÑA”

Era una madrugada de garúa intensa como el gris del cielo y las paredes. Vallejo recibió en la cara la primera caricia de ese gris omnipresente y con ella, el recuerdo de sus inviernos limeños, pero si aquellos inviernos húmedos y descoloridos se limitaban a entristecerlo blandamente como una mano que lo empujaba afectuosamente contra el suelo, éste se le antojó agazapado y amenazador como un virus plomizo, rastrero pero eficaz, de aquellos que diluyen sin ruido la esperanza más dura. “Se murió a tiempo”, le dije, sin atreverme a palmearle el hombro como me hubiera gustado. Elke manejaba su jeep blanco, acompañada de algunas maletas. “¿A tiempo de no ver pasar el entierro de España?”, sonrió Vallejo, con amargura. “No me refiero a la República, lo que se perdió fue infinitamente peor”, agregué enseguida, un poco más serio. Vallejo me miró sorprendido, qué otra tragedia podría haber ocurrido tan trágica como la española. Me dediqué entonces ponerlo al tanto de la historia que aún nadie le había contado: la maquinaria nazi pareciendo ganarlo todo, los campos de exterminio, los millones de muertos, la victoria de los Aliados. Vallejo se atasca en los campos de exterminio, en los millones de muertos. El fusilamiento de su amigo Julio Gálvez y la muerte de tantos españoles que ama lo sigue alcanzando y sobre ese cementerio se le precipita ahora el de quién sabe cuántos amigos franceses, su suerte lo desgarró desde un futuro que debe pasar velozmente a su lado para ser el pasado que es, pero que se detiene y lo mira desolado. Mil novecientos treinta y nueve, mil novecientos cuarenta, mil novecientos cuarenta y uno y dos y tres y cuatro y

cinco son sus años de adelante, los inmediatos a su fallecimiento, pero, aún así, no puede tragárselos, se le pegan como flema amarga en la laringe. Para mí y para Elke, son páginas de una historia ajena aprendida en libros, documentales, películas, para Vallejo son la vida que tendría que vivir, perdón, la que tendría que haber vivido, la que estaba a la puerta de la casa y no alcanzó a entrar porque ya no estuvo él para descorrer el pestillo. Quiere saber qué fue de Gonzalo More, de Larrea, de Bergamín, de la panadera que le vendía el pan, del mozo que lo atendió una vez en el Café Dome, de sus compañeros del partido, de pronto, los franceses le duelen como le duelen los españoles caídos. Lo calmo diciéndole que se lo contaré más tarde y sigo poniéndolo al corriente de los hechos importantes: la bomba atómica, el Sputnik, la Guerra Fría, la bandera americana en la Luna.... Vallejo no escucha, está anclado en la visión imaginada de una Francia devastada por una guerra que no ha visto, ni siquiera ha escuchado las bombas en el fondo de su tumba.

- Y yo muerto, sin hacer nada- murmura.

Me escucha la frase Rusia soviética e imagina que podría haber huido a la Rusia soviética, podrían haber huido todos los españoles y franceses muertos a la Rusia soviética, el mundo entero a la Rusia soviética.

- ¡A la Rusia soviética!- exclama, ido de donde está y de quienes lo llevamos por la avenida Javier Prado hacia mi casa de Barranco.

- Ya no hay Rusia soviética, el comunismo se fue a la mierda en Rusia- le advierte Elke desde el timón.

Vallejo se precipita sobre el respaldo del asiento delantero.

- ¿Qué barbaridades está diciendo, señorita?

- Es cierto, hace quince años que la Rusia soviética es historia pasada- confirmo.

- ¿No me acaba de decir que los fascistas fueron derrotados por los Aliados?

- Sí, sí.

- ¿Entonces, cómo es que esta señorita me dice que la Rusia soviética...?

- Lo que pasa, es que la Rusia soviética se hundió sola y con ella, todos los regímenes comunistas europeos- le respondo, tratando de ser lo menos dramático posible, pero es inútil, le estoy torpedeando la única balsa en la que se podía salvar a la justicia del naufragio universal, su cabeza es un remolino de ideas y sentimientos desconcertados que no saben si dolerse o rebelarse.

- ¿Entonces?- pregunta.

- Entonces, que el capitalismo modelo USA se quedó solito... y abusa, ¿qué le parece la rima?

Mi bromita resulta estúpida, a Vallejo le ha dolido siempre la injusticia en el alma y ahora que ha resucitado, viene a enterarse que esa injusticia galopa delante suyo como un Godzilla triunfante.

- ¿Hubo otros países europeos comunistas?- insiste todavía, buscando una esperanza.

- Checoslovaquia, Polonia, Hungría, Rumania, Albania, Yugoslavia, Alemania del Este, pero como le explicaba, ¡Pufff!, se los sopló la Historia.

Vallejo sostiene un momento la imagen luminosa de un comunismo que avanza conquistando Europa, algo que en su vida hubiera imaginado y enseguida, la imagen se le deshace entre los dedos.

- ¿El comunismo... desapareció?- pregunta.

- Bueno, ahí están todavía Corea del Norte, China y Cuba, aunque China es un caso especial de metamorfosis de gusano de seda socialista en tránsito a mariposa capitalista y sus primeros aletazos están sacudiéndole la ropa a las potencias occidentales- le respondo.

China, Cuba, Vallejo deja pasar la mariposa amarilla y se queda un rato con Cuba. ¿La isla de la conga eterna convertida al socialismo? Difícil de creer, pero no deja de ser una esperanza asomadita como un retoño resistente en un árbol resecaado por el desierto. Tal vez haya que viajar a Cuba. Vallejo hace un esfuerzo para sacarse de encima el montón de guerras y muertos nuevos amontonados sobre la memoria de la España ensangrentada, pero no puede evadir la insidiosa desazón de ver desecho de un porrazo su andamiaje de ilusiones de justicia para los oprimidos. ¿No más Rusia soviética, ni socialismo, ni bolcheviques ejemplares y abnegados, hermanos del hermano y conductores del indiferente? Le cuesta aceptarlo, pero no hay razón para que Elke ni yo le mintamos. Si el futuro ha matado el comunismo, el futuro no vale gran cosa la pena, pero valga o no valga, ha resucitado, no queda más remedio que tirar pa'lante- como decían en España- por ese futuro en el que ha vuelto y ese futuro está en su Perú, porque a París no regresa ni muerto por segunda vez. ¡Qué cosa, ¿no?, ha tenido que zafarse de la muerte para retornar a su país! Su pasaporte sellado en el "Jorge Chávez" y su DNI de Antonio Céspedes Gambarini siguen en el bolsillo interior de su terno prestado y así deberá seguir llamándose hasta que lo acepten como César Abraham Vallejo Mendoza, pero cómo, si nadie le ha creído en Francia, por qué habrían de hacerlo en el Perú. Ninguno de sus amigos santiaguinos, trujillanos y limeños vive, los escritores

que conociera son polvo bajo el polvo, de sus parientes sobrevivirá tal vez algún sobrino y sobrinos nietos que tendrían que aceptar el milagro para darle la mano. No existe persona que lo pueda saludar ¡Tantos años, Cesítar! Es un extraño para la garúa que no ha cambiado desde 1923 y que, sin embargo, no lo reconoce como uno de sus mojaditos habituales.

La Lima colonizada por la arquitectura parisina había desaparecido y en su lugar se amontonaban casas y edificios que se le antojaban cubistas, pero qué cubismo para desangelado y caótico, qué monótona sucesión de lugares comunes, cuánta manera mediocre de ser diferente. Barranco le devolvió un retazo de su pasado, las *“calles rectas, pobladas de alamedas, con sus helechos arborescentes y sus pinos, las lujosas residencias del confort burgués, los chalets de los más variados estilos”*, habían sido expulsados por casas de arquitectura ramplona o se habían degradado a chupódromos vulgares y chillones, pero aun así y a pesar del engendro llamado municipalidad, guardaba brisas, un poco marinas, un poco balnearinas, del viejo encanto por el que había paseado con José María Eguren hablando de poesía.

- Por lo que veo, los burgueses se fueron de Barranco- me comentó.

- Pero están volviendo- le expliqué, luego de llevarlo por los relucientes edificios del malecón Pazos, a cuya sombra se asomaban al mar pequeños jardines públicos poblados de flores al cuidado de los inquilinos.

- Pero solo aquí, a lo largo de este malecón- le precisé, delante de un edificio en plena construcción que se vislumbraba tan caro como sus compañeros de cuadra.

- ¿Y dónde se bañan ahora los burgueses?- me preguntó Vallejo, al observar las mínimas figuras negras de los tablistas como abandonados entre las olas.

- Muy lejos de aquí, han colonizado las playas del sur para sus balnearios y pronto no dejarán grano de arena libre.

Vallejo asintió, distraído por un camión de basura que devoraba a paso de saurio bolsas plásticas hinchadas de desperdicios.

No hay lugar más común que pintar el asombro y la incomprensión de los recién bajados de un pasado cualquiera ante las piruetas de la tecnología del futuro, de modo que no perderé tiempo describiendo los de Vallejo ante las mil gracias de la computadora y el teléfono celular, la televisión, los efectos especiales cinematográficos o los viajes espaciales. Para quien había escrito artículos para Mundial en la “Underwood” mecánica, llamado a Georgette por teléfono de manivela con central, escuchado a Caruso en fonógrafos con discos de baquelita de 78 revoluciones, contemplado los trimotores cargados de ricos en el cielo y discutido la validez del cine sonoro, no le resultó incomprendible el celular diminuto e “inalámbrico”, el disco compacto sin aguja visible que lo tocara, la televisión que seguía para la imagen principios emparentados con los de la radio o un cine a color de apabullante verosimilitud. La resistencia de Vallejo ante mi computadora fue menor que la de tantos escritores maduros atrincherados en la máquina de escribir facilitita de manejar y ruidosa como los perros caseros. Después de innumerables explicaciones y dedo por aquí, dedo por allá, se fue acostumbrando a sentarse frente al monitor con un teclado que la vieja “Underwood” negra de teclas redondas lo había preparado para comprender, difícil en cambio y doloroso como si se le

agusanara la piel más dulce de su cuerpo, le fue entender la caricatura de marxismo enarbolada por Sendero Luminoso en su sangriento recorrido por las décadas de los ochenta y noventa. Los testimonios y las fotos de las masacres campesinas a manos de las huestes de Guzmán como de las fuerzas militares le saltaron a la garganta como chacales de guerra, le laceraron la voz, le arrancaron lágrimas a puñetazos, no podía comprender cómo la luz de la esperanza encendida por José Carlos Mariátegui había mutado en cincuenta años a siniestra linterna de la muerte. Traté de explicarle cómo había evolucionado la percepción del marxismo- leninismo desde el fin de la Segunda Guerra Mundial, le hablé del enyesado burocratismo soviético de la Guerra Fría, del trote inflamado de la revolución cultural china pisoteando dos mil años de cordura, de la esquizofrenia polpotiana devastando Camboya, de la gesta castrista con sus salpicaduras latinoamericanas que no llegaron a prender la hierba, del sacrificio de Javier Heraud y del surgimiento del MRTA, así como de las confusiones populistas del general Velasco que, confusas y semifusas y todo lo que se quiera, le derribaron las estanterías al país como nadie lo había hecho. Le conté del APRA enredándose con las jerarquías infernales en su sinuoso afán de llegar al poder y del advenimiento de los siameses de la vergüenza Fujimori y Montesinos, y de como allá lejos, alrededor de su tumba parisina, los fuegos artificiales de Mayo 68 festejaban la prohibición de prohibir, mientras que en la otra esquina, los norteamericanos pretendían construir otro país con flores y sábanas libres. ¿Y después de todo eso? Nada, mi estimado César, solo conciencia y memoria. Vallejo me escuchaba anonadado desplegarle el arco iris de las mutaciones ideológicas del siglo. Quise mostrarle el informe de la Comisión de la Verdad, pero después no quise, porque le

hubiera destruido el corazón. Fueron días de hablar y hablar, de ponerlo al tanto de sesenta y siete años del Perú y del mundo, con las lagunas y desiertos de alguien que sabe lo que saben muchos, pero menos, porque nunca fui un enterado en izquierdas ni en historia política. Para limpiarle la cabeza, le propuse una mañana que nos fuéramos al Canta Rana a comer una buena corvina peruana.

- ¿Ese Canta Rana, es un restaurante muy elegante?- me preguntó Vallejo, con los jugos digestivos en alerta máxima.

- No, no, es una cebichería de lo más sencilla, pero buenaza, la única que conozco que no pescó su nombre en el mar sino en una laguna.

- En la laguna de los batracios cantores de Nuremberg.

Lo de Nuremberg me hizo pensar en Elke, la única persona que compartía conmigo, aunque aún convencida a medias, el secreto de la identidad de Vallejo. La llamé y quedamos en encontrarnos en el Canta Rana a la una.

Un policía de la comisaría vecina rememoraba alguna coima frente a su vaso de cerveza en una mesa del fondo. Más allá, cuatro mochileros holandeses intentaban descifrar los pescados que les ofrecía la carta, con la ayuda de un diccionario en el que “mero” nadaba como todos los adjetivos, sin escamas ni aletas. No había nadie más, salvo un par de mozos y la encargada de la caja, era demasiado temprano para la clientela habitual. La poca luz de la garúa mañanera se diluía en la atmósfera de comedero antiguo, apenas tiznada por la bulla de la cocina.

- ¿Puedo pedir un cebiche de corvina?- preguntó Vallejo, regodeándose con la promesa de los pescados peruanos recobrados. Hacía casi un siglo que

un pedazo de corvina, de lenguado, de cojinova no descendía a su estómago, qué dirían sus afrancesados jugos digestivos, olvidados del gusto del limón y las carnes marinas del Pacífico, cómo reaccionarían al sabor poderoso de un mar superior al Mediterráneo, tal vez se irritarían por el esfuerzo o caerían fulminados por la venganza de Atahualpa que le cobra el cupo digestivo a todos los extranjeros que comen aquí por primera vez y a los peruanos que se han alejado lo suficiente de nuestras mesas como para ceder al empuje de nuestras bacterias tradicionales.

- Por favor, hermano, pide lo que quieras- arranqué a tutearlo.

Vallejo se ensimismó en la observación de la constelación de afiches y fotografías que tachonaban las paredes de adobe, entre los que apenas había podido reconocer a Chaplin, Gardel y a los entrañables Laurel y Hardy.

- ¿Todos estos son actores?- preguntó.

- De todo, actores, cantantes, futbolistas, amigos del dueño... ese de allá, ha sido el último grande- señalé al "Pelusa", que dominaba una bola con el taco debajo de un ventilador apagado.

- ¿Y a usted, señorita Engel, le gusta el fútbol?

El poeta había colgado el saco en la silla y se había arremangado la camisa, sin perder ese almidón de pulcritud provinciana que ningún París había logrado quitarle.

- Y sí- le cantó ella en porteño, súbitamente contagiada por el afiche de Maradona. Vallejo no supo cómo continuar, lo intimidaban un poco la soltura y seguridad de Elke, tan igual y a la vez tan distinta a la de muchas parisinas de su tiempo. Se concentró en el cebiche que acababa de llegar y se entregó maravillado al abrazo de la corvina cocida en limón y las cebollas frescas.

- La nostalgia del cebiche ha devuelto a muchos- se animó Elke, contagiada por la jarana que parecía estar armándose en el paladar del poeta.

- Hasta del Más Allá- retrucó Vallejo, con media sonrisa burlona dirigida más a sí mismo que a nosotros.

La cebichería comenzó a llenarse de un público venido de otros distritos que ocupaba las mesas en grupos de a cuatro o más. Apareció la actriz Montserrat Brugé acompañada de un muchacho aindiado de chalequito cuzqueño y larga cola de caballo con pinta de amaestrador de ángeles de la guarda, y con ello me refiero a otras Montserrat como la Brugé, que son ángeles de la guarda de nuestros sueños mejor acompañados. Apareció también la pintora Clo de la Puente, gesto huidizo, con su hermana galerista de sonrisa ancha y perenne. Tras ellas, pero no con ellas, Mario Vargas Llosa con su esposa Patricia, que venían en buzo luego de trotar por el malecón.

- Hola, Lucho- me saludó, impecablemente almidonado. Casi salto a presentarle a Vallejo. Mario, te presento a César Vallejo Mendoza, el que se murió en París con aguacero. ¿Perdón? Que este señor que ves aquí, es el poeta César Vallejo, resucitó en París y lo he traído al Perú. Tú siempre tan gracioso, Lucho. No es broma, estoy hablando totalmente en serio, estás en presencia del mismísimo Vallejo redivivo. ¡Ja, ja! Claro que sí, nos vemos, voy a sentarme, otro día conversamos. No lo hice, por supuesto, Vallejo tenía que seguir escondido detrás de Antonio Céspedes Gambarini. Tal vez fuera mejor así, podría rehacer su vida sin venias ni honores nacionales, pero haciendo qué. ¿Colaborando con algún periódico? Antonio Céspedes tenía destino marcado de taxista y eso era mucho decir. Si Vallejo como Vallejo se había muerto de hambre en París, como Antonio Céspedes se volvía a morir en el

Perú. Qué podía escribir en nuestros farandulizados diarios del siglo XXI un muerto del 38 compitiendo contra chiquillos baratos que bailaban sobre teclados de computadora. ¿De marxismo? Contra, dinosaurio. ¿De la guerra civil española? ¿De Landrú? ¿Del joven Krishnamurti que alborotaba París? ¿De la inútil Sociedad de las Naciones?

Entonces, ocurrió. Un soplo helado, breve guión en el aire. Las risas, los murmullos de cubiertos, las conversaciones vecinas, los chirridos de las sillas del restaurante se me cortaron en seco. *Je suis Georgette, mon amour, je t'annoceraí au monde*¹- escuché, escuchamos Vallejo, Elke y yo en los bordes de las orejas. El soplo no dijo más, se fue entibiando y se disipó. Elke tenía el corazón en un puño, a mí me temblaban los pulmones y a Vallejo se le retorció la cara de emoción. Nadie más había escuchado el susurro helado de Georgette, nadie más que nosotros. Las dudas de Elke sobre la autenticidad del Vallejo que almorzaba con ella se desvanecieron, para siempre, para no recobrar el conocimiento jamás.

¹ Yo soy Gergette, mi amor, yo te anunciaré al mundo.

GEORGETTE SE INFILTRA EN “LA ÚLTIMA CENA”

Esa noche tuve un sueño que no lo parecía. Me habló claro y no en onírico, como es común en los sueños. Yo solo recuerdo los madrugadores, los que perfilan el amanecer, esos que tienen prisa por ocupar el último gajo de la noche antes de que no les quede tiempo para desenvolverse, se terminan diluyendo en el día como todos, aunque a veces permanecen en la memoria como un recibo de luz atascado bajo la puerta. El sueño de esa noche ni madrugó ni se dejó disipar por el sol, ocurrió a las dos de la mañana y me sentó de un tirón en la cama como si me hubieran tocado la frente con un foco caliente. La mesa enorme, los apóstoles, las ventanas posteriores que dibujaban el paisaje permanecían en mi conciencia con precisión fotográfica. Viéndolo bien, se trataba de una animación de La Última Cena, de Leonardo da Vinci, el Maestro al centro, Juan el preferido a su costado, Judas al extremo y los demás que ya sabemos, mas una invitada inesperada: Georgette Philippart de Vallejo con pelo corto y sombrerito chupado a la moda de fines de los veinte, traje azul con cintura nido de abeja, collar de perlas y boquita muy roja. Los discípulos la trataban como de la familia. No creo que la confundiesen con la Virgen María o la Magdalena, eso hubiera sido estúpido hasta en un sueño. Georgette les hablaba misma hermana, prima o sobrina de cualquiera de ellos, por encima de su falda corta y su pelito a lo garçon que no parecían incomodarlos ni enervarles las severas bolas hebreas. Después entendí que si Georgette se metía en La Última Cena, era porque consideraba que el señora de Vallejo la investía de las más altas plumas del Parnaso y le daba derecho a codearse con los grandes de la historia sagrada o profana. Georgette se gastó

unos buenos segundos conversando con los apóstoles, entre sorbos de vino de Galilea y mordiscos de pan ácimo, hasta que llegó el momento solemne del Haced esto en memoria mía, razón de estado de la última cena del Señor. Terminadas las instrucciones de Jesús para el correcto desenvolvimiento del sacramento de la Eucaristía, Georgette se puso de pie, pidió silencio con autoridad y se dirigió a mí en perfecto castellano de acento francés: “Por favor, convoque a una conferencia de prensa para el 28 a las cuatro de la tarde en mi tumba del cementerio de La Planicie y anuncie que tiene la respuesta sobre la desaparición del cadáver de César Vallejo”. Oui, madame! Lo grité con los ojos velados de sueño, como se le grita el ¡Sí, señor! a un superior incontestable. Había llegado el momento del lanzamiento público, el Más Allá disponía que se develara el secreto del poeta resucitado. Mi misión se limitaba a seducir a los medios con la promesa de la respuesta al misterio del Montparnasse y a esperar que Georgette cumpliera de alguna impredecible manera con lo ofrecido en el Canta Rana. Yo no era cualquier idiota, tenía mi reputación de escritor y periodista de larga data en varios diarios, de modo que no me costaría reunir a una buena mancha de conocidos con palabra impresa, radiada y televisada, y rogar porque a Georgette Philippart de Vallejo no le fallara el calendario, por aquello de que a las ánimas bañadas de Eternidad se les desacostumbra el tiempo.

Pero antes, Vallejo quería recorrer el Paseo Colón y el Jardín de la Exposición, caminar por el jirón de la Unión, visitar el Parque Universitario, la Casona de San Marcos y después, lo que había sido la imprenta de Souza Ferreira, donde Los Heraldos Negros comenzaron su cabalgata, en suma, palpar los restos de esa Lima antigua y elegante, entre colonial y afrancesada,

que se miraba los ombligos en el Jirón de la Unión, la Plaza Bolognesi y el Paseo Colón. El malecón de la vieja Magdalena del Mar, en cuya alameda se había tendido sobre la hierba a la sombra de los eucaliptos para ver las misérrimas estrellas que muestra Lima y escuchar una historia de amor de Abraham Valdelomar, había sido una decepción. La nostalgia lo asaltaba. ¿Nostalgia del valle sin altura madre, donde todo duerme horrible mediatinta, sin ríos frescos, sin entradas de amor? Sí, nostalgia de eso también. Lo sufrido a la vez que gozado también se extraña y esa nostalgia de fuegos cruzados lo embestía y lo estrellaba contra una ciudad que se le deformaba cuanto más la recorría, por eso quería ver el Centro, rescatar de la Lima Frankenstein lo que pudiera saberle a esos años, meses, días que lo recibieron “...*pulcro, claro, nítido, fuerte, enhiesto, olímpico...*”.

El puchero literario de Valdelomar, González Prada, Eguren, Mariátegui, Del Valle, Belmonte, Camacho, Zapata López, Hernández era costra de una olla oxidada, pero las calles paseadas con ellos conservarían- pensó, dijo- el eco de sus pasos y paseando por aquello que quedara de antiguo y de suyo uniría esas dos Limas que lo enfrentaban, la que seguía viva en su memoria y la que se alejaba de aquella a saltos cada vez más largos. Juntar ambos cabos lo situaría con firmeza en el tiempo en que le había tocado volver a su patria, porque de algo sí había empezado a darse cuenta, Lima había dejado de ser la isla amable de los limeños y se había transformado en la capital de los pobres del Perú.

La Plaza Bolognesi lo sacudió. Las niñas lindas patinadoras que cantaban tomadas de la mano vuelta tras vuelta tras vuelta, ¡Tenga cuidado, niña Carmen!, ¡No se vaya a caer y ensuciar el vestido, niña Susana!, habían

involucionado a lobas petroleras que se arrancaban los pasajeros echando el humo más negro del mundo por el tubo del escape. La Confederación General de Trabajadores del Perú ocupaba una de las residencias copia fiel de París que fueran de las familias bendecidas por el apellido y las otras eran cualquier cosa, institutos y academias vendedores de títulos profesionales de papel higiénico, tiendas de discos piratas abarrotadas hasta el techo, bailódromos chillones, cafecitos de aserrín, oficinas de ratas de juzgado, viviendas baratas disimuladas por las fachadas que seguían siendo fachadas de París pero de adobe, quincha, barro deleznable y sucio y nunca vuelto a pintar. El Parque de la Exposición le gustó, a pesar de algunas abominables remodelaciones y el Museo de Arte lo paseó con ganas, se seguían notando los planos de Eiffel. De allí, nos fuimos hasta la Plaza San Martín. El ex cine Metro anunciaba a todo cartel la llegada del muy amado pastor evangelista Jimmy Hernández desde la isla de Puerto Rico, aeropuerto de los ángeles del Señor. ¡Aleluya! La fast food del cristianismo le pisaba la sotana milenaria al cardenal. Evadimos la plaza y dimos una vuelta por el Jirón de la Unión.

- ¿Dónde quedaba el Palais Concert?- le pregunté a Vallejo.

Recorrimos el jirón saturado de pollerías “broster”, cerros de ropa china, centros de tatuaje con piercing incluido y no sé cuántos establecimientos más, hasta ubicar el edificio art nouveau cuyo segundo piso albergara la confitería más sofisticada del Perú y acuario de la movida intelectual capitalina. El Palais Concert olía a chocolates, vainillas, jengibres, canelas y aromas de café trezados con perfumes y colonias franceses. Una orquestita de señoritas vienesas interpretaba valeses cadenciosos para los paladares exquisitos que se sentaban en sus mesas metálicas pintadas de blanco, entre columnatas,

paredes con espejos y esculturas de mármol, a tomarse un descanso con una taza de té inglés o café importado acompañada con pastelitos que poco tenían que envidiarle a los salidos de las manos más dulces de París. La fachada no había cambiado, el art nouveau sobrevivía, pero el templo del buen gusto y los conciertos intelectuales se había convertido, señores y señoras, en la discoteca Cerebro, punto de encuentro de estudiantes de academias pre universitarias de bolsillo estrecho y hormonas reventonas. Vallejo se empeñó en entrar, pero le advertí que un deudo del París que inspirara el Palais Concert no tenía nada que hacer en un sótano juerguero para mocosos, oloroso a humedad y orines, que le rompería los oídos con música que sólo hubiera aceptado para sus peores pesadillas.

- No tiene caso, vamos, lo invito a comer al Cordano- le propuse, para alejarlo de allí, porque yo no me sumergía en Cerebro ni empujado por una pistola y no porque temiese algo, sino porque me espanta la decadencia.

- El Cordano.... el Cordano.... lo recuerdo, unos amigos me quisieron llevar a la inauguración.

- Es uno de los pocos lugares de Lima donde todavía se puede comer algo parecido a lo que usted comía- lo animé.

Un criollo panzón templaba su guitarra pobre en la puerta del restaurante, se preparaba a pasar de mesa en mesa con sus vales desgastados para ganarse los primeros frijoles del día. Al vernos entrar, nos lanzó una mirada al paso sopesando nuestros bolsillos y volvió a su clavijero. Un mozo abría de una cuchillada un pan francés gordo de levadura sobre el mostrador de mármol para atragantarlo de ajicito, cebolla roja y asado. Los aparadores llenos de botellas se levantaban como altares al trago añejo y en

sus vitrinas protegidas por mamparas de vidrio florecían quesos de leche que nunca se hizo polvo, jamones del país con sabor a chanco bueno, butifarras a la moda del presidente Leguía, papas a la huancaína y causas rellenas de los más nobles sentimientos culinarios, entre otros platos suculentos que terminaron por enfriarle a Vallejo cualquier desconfianza. Almorzamos un lomo saltado de película, picarones picaroncísimos y chicha morada de maíz auténtico. ¿Rico, no, César? Ajá, la cocina francesa será la Gloria, pero la peruana es el Paraíso. Con los sabores criollos jugando fulbito sobre la lengua caminamos por la avenida Abancay y nos metimos a paso redoblado a la Biblioteca Nacional porque Vallejo no paraba de toser por la contaminación. ¡Qué humos de mierda! Emergían como anacondas oscuras por entre las ruedas de buses viejos de todos los colores que se olían los traseros unos a otros en filas interminables. Vallejo respiró el aire condensado de la biblioteca con un fuerte suspiro. Lo había llevado hasta allí a propósito, para que se sorprendiera y se auto complaciera con una exposición bibliográfica de homenaje a César Vallejo, o sea, a él mismo, inaugurada el día anterior. Estaba todo, los estudios monográficos más antiguos, números de la revista Favorables, su tesis de bachillerato en Filosofía y Letras, artículos suyos de Mundial, Variedades y El Comercio, poemas de su máquina corregidos por su mano, cartas suyas, las primeras ediciones de “España, aparta de mí este cáliz” y “Poemas humanos”, que Vallejo nunca llegó a conocer. El poeta no podía despegar la cara de las vitrinas y hacía esfuerzos por comerse las lágrimas que se le querían escapar a borbotones. Miraba y volvía a mirar los libros, los papeles, las obras con aspiración de completas y las que ya se creían completas, los homenajes innumerables de las firmas más altas de la

literatura castellana y de otras lenguas, pero volvía siempre a las primeras ediciones de “Poemas Humanos” y de “España, aparta de mí este cáliz”. Tengo que revisar esos libros, había poemas que no estaban listos. Ya quería abrir la vitrina, pasar las páginas amarillentas que armaron los soldados republicanos del Ejército del Este en 1939 para saber qué poemas se habían incluido y cómo se habían incluido. Quería meter la mano en la edición parisina y comprobar si se habían respetado, entendido, sus últimas correcciones. Tranquilo, César, ahora salimos, compramos tus libros y los revisas con lupa en la casa. Es que no me puedo aguantar, son mis libros, carajo, no sé qué poemas habrán puesto allí, ni cómo los habrán puesto. Todavía no, César, cuando dejes de ser un tal Céspedes Gambarini tendrás todo el derecho a patear por tus obras, pero ahora te amarras la lengua y las manos.

Vallejo se pegaba como una mosca terca a las vitrinas, una mosca de terno oscuro, camisa blanca y corbata, hasta se había conseguido un sombrero de fieltro gris con cinta negra que no se quitaba de la cabeza, todo eso pagado con mi plata, por supuesto, porque a Vallejo la ropa contemporánea de diario le parecía el colmo de la decadencia y el mal gusto. ¿Cortavientos? ¿Polos? ¿Jeans? ¿Zapatillas de colores circenses en la señora avenida Abancay, cerca del señor Congreso de la República? La gente lo miraba cada vez más, su parecido con las fotos ampliadas del poeta que integraban la exposición era demasiado evidente. Un camarógrafo del canal 7 que cubría la muestra lo enfocó mientras el reportero le contaba a los televidentes la buena idea que había tenido la Biblioteca Nacional de contratar a un actor para que hiciera el papel de Vallejo paseándose entre sus obras.

- ¿Qué siente usted al encarnar al poeta más importante del Perú?- le preguntaron a boca de jarro.

En lugar de responder, Vallejo se interesó por los aparatos. ¿Eso es un micrófono de mano? Camarógrafo y reportero sonrieron, el actor se aferraba a su papel. Entonces, Vallejo dijo lo que yo temía: Yo no soy ningún actor, señor repórter, yo soy César Vallejo Mendoza en carne y hueso, y si lo duda usted, vaya a ver mi tumba vacía en París. Algunas personas aplaudieron. Aparté a Vallejo del brazo y lo saqué de la biblioteca para que no metiera más la pata. Ya deberías saber que aquí, ni en ninguna parte, nadie te va a creer. Vallejo estaba trastornado por la fama tan enorme y antaño tan esquiva que no terminaba de asimilar y la impotencia de no poder empinarse sobre ella para reclamarla con justicia. La vista a la Casona de San Marcos, inmutable en sus cuatrocientos años, le purificó el ánimo. Los patios y sus fuentes lo reconocieron y lo recibieron entre musitaciones de aguas delgadas. Le extrañó no encontrar estudiantes ni alboroto de claustros universitarios. Le expliqué que la casona había sido transformada en un centro de labores administrativas y que una parte estaba dedicada a la promoción de las artes visuales. Subimos por una escalera de peldaños gastados y entramos a la galería del segundo piso. Se exhibía una muestra de arte conceptual plagada de instalaciones.

- Por lo que observo, el superrealismo burgués se resiste a morir en el Perú, pero admito que es distinto del que se hacía en Europa.

- Esto no es superrealismo, es arte conceptual.

- ¿Es otra de esas escuelitas efímeras? En París salía una cada mes.

- No tan efímera, tuvo su apogeo durante las vanguardias de los sesenta y setenta, pero la onda retro de los noventa la devolvió al paisaje.

- ¿Qué cosa es la onda retro?

- Bueno, algo así como la nostalgia por las formas de las décadas anteriores, esas falditas a la cadera y los politos sobre el ombligo que ves en las chicas, son diseños recuperados de los años sesenta.

- La impotencia creadora del capitalismo se desnuda.

- No seas dogmático, hombre.

- Jamás he sido dogmático.

- Bueno, ahora lo pareces.

- Pero es evidente, si la cultura burguesa tiene que rebuscar en el cajón de los recuerdos, significa que es incapaz de renovarse.

- Algunas formas pueden haber regresado, pero las ganas son otras. Fíjate bien en esas instalaciones, mira qué es lo que denuncian o tratan de expresar, el arte arde en nuevas preguntas, César.

Vallejo tradujo la variedad de propuestas como desconcierto, no había nada que hacerle, la burguesía seguía dando manotazos de ahogado. Salimos de la casona a respirar el aire pesado del Parque Universitario y bordeamos la reja para cruzar hacia el edificio del antiguo Ministerio de Educación. Vallejo quería volver a la Biblioteca Nacional. Son mis libros, carajo, no sé qué poemas habrán puesto allí, ni cómo los habrán puesto. Tranquilo, César, ahorita nos vamos para una librería. ¿A cuál? Para qué quieres saberlo, no conocerías ninguna. Hacía veinte años que yo no visitaba las librerías del Centro, las emblemáticas, las mejores, Mejía Baca, Studium, Plaisir de France eran historia y las que languidecían en el jirón Camaná sobrevivían del polvo de sus ediciones envejecidas o baratas infiltradas de publicaciones piratas. Vallejo estaba en todas, eso era seguro, manoseado y descolorido por el sol, pero sin

faltar en ninguna. Un coro de alaridos rabiosos como cuellos rotos de botella llegó desde la avenida Grau y tras él, una mancha de descamisados revoleando sus polos en el aire entre consignas de una brutalidad que le escarapelaron a Vallejo la sangre. La Trinchera Norte de Universitario trotaba hacia el Estadio Nacional para ver el “clásico”. Un grupito tiró abajo un quiosco de madera que estaba cerca de nosotros y lo destruyó a patadas después de llevarse fajos de diarios y revistas. Vallejo les llamó la atención por su aspecto atildado y se nos vinieron encima, logramos refugiarnos detrás de la reja del Parque Universitario antes de que la cerraran. Uno de ellos saltó con agilidad de chimpancé y se prendió de los barrotes. ¡Alianza/ Alianza/ escucha/ escucha/ a tus hijas/ a tus hijas/ nos las vamos a culear/ con jebe/ con jebe/ nos las vamos a culear/ pa’ que el SIDA/ pa’ que el SIDA/ no nos vayan a pegar/! ¡Y dale UUUUU! / ¡Y dale UUUUU! Se estuvo colgado de la reja como un simio enloquecido retando a sus observadores en el zoológico hasta que sus compañeros lo jalaban del pantalón.

- ¿Qué gente es esa?- me preguntó Vallejo, aterrado.

- Barristas de tu club.

- ¿Mi club?

- De tu club Universitario de Deportes.

CONFERENCIA DE PRENSA EN EL CEMENTERIO DE LA PLANICIE

El moderno cementerio de La Planicie, en el rico monte de Monterrico, es uno de los últimos contruidos en Lima bajo el sistema de nichos superpuestos. Cómo me hubiera gustado que mi padre descansara en uno de esos jardines fúnebres como El Parque del Recuerdo, que se han puesto de moda en los últimos años y que bien merecerían un área de parrillas, otra de columpios y juegos para los chicos, y una cancha de fulbito para pasar una tarde campestre en honor y memoria de los queridos finados de la familia, en lugar de hacerlo entre los mármoles helados del cementerio de La Planicie que congelan los ánimos (y a lo mejor las ánimas) de solo verlos. Detrás de una de sus severas lápidas de mármol yace lo que queda de Georgette Marie Travers Philippart de Vallejo. Supongo que la señora hubiera preferido descansar lejos de este Perú desagradecido y ladrón de derechos de autor y acompañar a su madre en el Montrouge, pero está debidamente instalada en nicho perpetuo y dudo de que exista alguien interesado en cambiarla de cementerio. Vallejo en Montparnasse, Philippart en La Planicie, nos tocó guardar a la más fea. Simple destino de país pobre.

Llegamos a la tumba media hora antes de lo convenido con la prensa. Vallejo pasó la mano sobre el nombre y las fechas 1908- 1984 como limpiándolos del polvo.

- ¿Murió pobre, no?- se preguntó, me preguntó, como confirmando, doliéndose. No sé qué pena sería la suya, nadie sino él podía saber la verdad más íntima de una cama erizada de insomnios, *“donde no había más que*

nosotros/ nosotros y solo dos/ contra tantos/ pesaba un silencio más fuerte/ que todo el ruido del mundo/ y de los malos”, en un hogar endurecido por el culto a la Revolución, perseguido por la pobreza, vigilado por la policía francesa y roído por el carácter afilado de Georgette.

- Se convirtió en el dragón guardián de tu memoria y de todo lo que tuviera que ver contigo.

- Ya la veo, asando a todos los que se acercaban a su tesoro.

- Dicen que en Lima le quedaba apenas uno que otro amigo, el pintor Fernando de Szyszlo y el poeta César Calvo, por ejemplo, a todos los demás los fue perdiendo, la verdad es que casi nadie la quería.

- Sí pues, mi “Guillete”... ¿Murió pobre, no?- volvió a preguntarme, preguntarse.

- Te importa mucho eso, ¿no?

- Cómo no me va a importar, la pobreza era nuestro anillo matrimonial.

- El Estado peruano le otorgó una pensión que se fue reduciendo a una miseria, o sea, a una pensión típicamente peruana. Raúl Porras la ayudó hasta donde pudo, al final, la tuvo que recoger la Maison de Santé, allí murió, de caridad, pobrísima y con el cerebro medio reseco por el Alzheimer, pero con mejores médicos que las bestias que te atendieron en la Clínica Arago y aquí la tienes, enterrada en una tumba que no hubiera podido pagarse. ¿La querías mucho?

- Diez años... diez años..., ya no tengo claro qué significaba amarla, pero la amaba, era tan jodida mi Georgette.

- Saramago dice que un matrimonio no lo forman dos personas, sino tres.

- Nosotros no quisimos tener...

- No se refiere al hijo, sino a la persona que está constituida por los dos integrantes de la pareja juntos.

- Pensándolo así, Georgette y yo llegamos a ser una verdadera tercera persona. ¿Quién es Saramago? ¿Un sacerdote?

- Nada que ver, es un ateo militante y miembro del Partido Comunista Portugués. Le dieron el Nobel de Literatura en 1998.

- ¿Dijiste que es un comunista? Al menos somos dos.

- No digas eso, son muchos más que dos, aunque anden despedidos.

- ¿Qué se hace un comunista con el comunismo en el archivo? ¿Flota en el aire como un globo sin pita? Qué soledad tan extraña.

- Supongo que se lo sigue llevando dentro, no sé..., como una brújula personal.

- El comunismo no se hizo para llevarlo dentro.

Apareció Elke acompañada de dos periodistas de El Comercio. Nos saludó a cada uno con un beso y le indicó al redactor y su fotógrafo que se sentaran en primera fila, dispuestos a no sorprenderse con nada de lo que vieran u oyeran. Que viniera el decano de la prensa garantizaba que la noticia obtendría la máxima cobertura escrita. Uno tras otro llegaron, a veces juntos, la mayoría separados, tres o cuatro diarios más y un par de canales con su parafernalia de cámaras, micros y reflectores. El reportero del 7 reconoció al “actor” de la Biblioteca Nacional y se le fue encima sin esperar que comenzara la conferencia. Cómo le va, doctor César Vallejo. Era tan evidente la sorna, que Vallejo no iba a poder evitar que se le escapara su peor lengua, pero antes de que mandara educadamente a la mierda al periodista, una voz sibilante con

acento parisino, helada como un hilo de coser olvidado en el congelador, se metió por todas las orejas, inclusive las más apartadas. Atención, atención, señores de la prensa. Era la misma que habíamos escuchado en el Canta Rana, susurrante y glacial, pero más resuelta y clara. Esta vez, la voz no se quedó en voz. Una cabeza muy bien formada, leve y humosa, emergió de la tumba de Georgette atravesando su lápida y se plantó en el aire, a la altura que le hubiera correspondido sobre el cuello de un cuerpo de mujer bajita pero bien proporcionada. Llevaba el mismo sombrero que le había visto en el sueño y por sus mejillas se le derramaba el pelo corto y castaño. La boquita era roja y preciosa. Lo que se dice, aparecida para seducir. Era tal el estupor de la prensa, que nadie atinó a enfocarle alguna cámara. “Atención, atención, señores de la prensa. Yo los he convocado a ustedes para anunciarles una noticia muy importante”, declaró, con una sonrisa un poco fría, si vale la expresión para una aparecida. Titubeó un flash. Georgette se dejó fotografiar sin cambiar de sonrisa y lanzó la bomba. “Yo soy Georgette Marie Travers Philippart de Vallejo y los he convocado aquí para informarles que el cadáver de César Vallejo Mendoza no ha sido robado de la tumba en el cementerio de Montparnasse, César Vallejo Mendoza, mi esposo en esta vida y en la otra vida, ha resucitado y está aquí, delante de ustedes”. Volteó dramáticamente despacio, miró a Vallejo, que estaba paralizado de alegría, estupefacción y los sentimientos que se le quiera atribuir, flotó hacia él y le plantó un beso en la boca cuyo chasquido pudo oírse hasta lo más hondo de los nichos más lejanos porque no era un beso de este mundo. “*Embrasse moi, mon amour.*”² Los periodistas se desatoraron de golpe, comenzaron a fotografiar y filmar como

² Bésame, mi amor.

locos, ese era un beso de primera plana, el beso de los dos milenios entre un resucitado y su esposa aparecida. Solo Romeo y Julieta emergiendo de la ficción para casarse en la Virgen del Pilar hubieran merecido entusiasmo semejante. Contra lo que pudiera pensarse, el beso se implantó en todas las cámaras, a la contraria de las leyes de la fantasmagoría, que dictan que una aparición no puede ser fotografiada, filmada ni video registrada, salvo con una cámara Killian y de esas no había ninguna por allí. Qué autoridad la de Georgette para pasar por sobre las leyes del Más Allá. De tal marido, tal astilla. La cabeza de Georgette permaneció pegada a los labios de Vallejo por largos segundos, luego, se fue disolviendo sin soltarlos hasta desaparecer completamente. Vallejo estaba pálido y sin habla. La prensa se le fue encima. ¿Por qué resucitó, doctor Vallejo? ¿Trae un mensaje de la Virgen? ¿Podría recitar Los Heraldos Negros para radio América? ¿Ha vuelto para postular a la presidencia como Vargas Llosa? ¿Vio a Dios? ¿Podría describirlo? ¿Un ángel lo ayudó a salir? ¿Qué régimen siguió para conservarse tan bien en la tumba? ¿Jesús es moreno o rubio?

- Sácame de aquí- me rogó Vallejo, aturdido por los micrófonos que le picoteaban la cara y la estupidez de las preguntas. Le hice una seña a Elke y huimos hacia la playa de estacionamiento por una puertecita lateral utilizada por los trabajadores del cementerio. Los periodistas se precipitaron detrás de nosotros, Vallejo tenía que declarar, sí o sí. Nos metimos en el jeep blanco de Elke y enrumbamos hacia Cieneguilla con una buena ventaja. Vallejo estaba sentado en el asiento trasero con la mirada perdida en los labios fantasmales de Georgette. Nada podía ser peor para su estado de ánimo que la ansiedad barata de los periodistas. Yo conocía un lugar que podía darnos refugio

momentáneo, la casa restaurante El Escondite, un oasis de pasto espeso, árboles maduros y paellas mestizas, difícil de hallar para quien no estuviera informado de su existencia. Allí nos metimos.

¡ALELUYA! VALLEJO HA RESUCITADO

Las imágenes del beso sacudieron el mundo. La prensa escrita las publicó a toda primera página y los noticieros televisivos las refregaron durante días, glosadas por comentarios venidos desde los cuatro puntos cardinales del pensamiento. Desfilaron médicos, psiquiatras, sacerdotes y pastores de veinte maneras de entender el cristianismo que negaron la resurrección de César Vallejo, calificándola de imposible biológico, en el caso de los galenos y ontológico como metafísico, según eclesiásticos, monjes y pastores, pues solo Cristo resucitó de entre los muertos y ha de volver en el Juicio Final a la derecha del Padre a otorgarnos la resurrección de la carne para nuestra eterna salvación o crujiir de dientes en el fuego del nunca jamás, de modo que Vallejo, ten paciencia y espérate al fin de los tiempos y tú, actor, figureti, comediante que te has prestado a esa payasada vallejana con la prensa, escóndete, porque la Justicia no tardará en perseguirte por pretender engañar a la opinión pública con un cuento que no se lo creerían ni los más ingenuos tragones de fantasías. En cuanto a esa cabecita compatriota de Edit Piaff que había emergido de la tumba para proclamar el retorno de Vallejo, no puede ser otra cosa, no señor, que el montaje publicitario de un prestidigitador que pretende hacer su entrada en el escenario internacional y para probarlo- alzó la voz el gran Violante, presidente de la Asociación de Magos de Buenos Aires, en entrevista exclusiva para el diario La Nación- haré aparecer ante cámaras la cabeza de Evita Perón cantando “No llores por mí, Argentina”, demostrando así que con juegos de espejos y equipos de holografía se puede traer a San

Francisco de Asís para que bendiga al canario de la abuelita. Los argumentos del buen juicio no mellaron el entusiasmo contrario de esotéricos y alternativos ansiosos de retornos y descendimientos de guías espirituales, enviados de Dios y salvadores de la Humanidad enfrentada a los abismos, entre los que puedo citar a los más curiosos, los devotos del Graceland Sanctuary de Memphis, USA, convencidos de que el alma de Elvis Presley había encontrado un cuerpo digno de su talla artística para volver a este mundo y que suscitó la primera división interna entre sus adeptos, cuando un grupo WASP (blanco, anglosajón y preysleriano) se negó a aceptar que un sucio latino pudiera ser el nuevo portador de la melodiosa alma del Rey en lugar de un prócer de la poesía norteamericana como Paul Fort. La marea de juiciosos escepticismos y desvaríos alternativos no apagó la poderosa verdad de las imágenes y declaraciones de los periodistas que habían asistido a la conferencia de prensa. Lo que habían visto y oído coincidía exactamente con lo registrado por sus cámaras y grabadoras. “Esa era Georgette, nadie me va a decir lo contrario”, había exclamado Fernando de Szyszlo al escuchar las grabaciones. Cómo dudar del pintor más citado del Perú y amigo recalcitrante de la viuda de peor carácter de la literatura peruana contemporánea o del ex embajador francés Paul Henri Gaschignard (No me cabe ninguna duda, es la voz de la pobre Georgette Philippart), quien volvió a relatar en París su dura experiencia con la viuda de Vallejo o del intachable doctor Felizardo Osorio Valverde, cuyas estremecedoras palabras sobre los últimos días de una viejecita de setenta y seis años agonizando en una cama gratuita de la Maison de Santé hicieron temblar los lagrimales de la reportera. Vallejo había resucitado, no había nada que reclamar, una encuesta de El Comercio arrojó que el setenta y seis por

ciento de los peruanos aceptaba que Vallejo estaba de nuevo entre los vivos por una especialísima gracia de Dios, el resto tenía sus dudas y un pequeño porcentaje de tenaces científicistas lo negaba. ¿Pero, dónde estaba Vallejo? La prensa agotaba sus contactos, volteaba Santiago de Chuco y Trujillo, vigilaba mi casa, mi cuadra, la pizzería donde almorzaba mi menú, la esquina donde tomaba mis combis y mis taxis, hartaba a mis parientes y amigos, porque yo había convocado a la conferencia de prensa en La Planicie y había estado al lado de Vallejo hasta nuestra huida y desaparición. Mi teléfono timbraba día y noche sin interrupción, mi contestadora se atoraba de mensajes urgentes, llamaba el Primer Ministro para ofrecerle a Vallejo la dirección del Instituto Nacional de Cultura, en tanto se preparaba un proyecto de creación del Ministerio de Cultura que le sería entregado sin discusión; llamaba el presidente del Parlamento para otorgarle la medalla del Congreso, llamaba la esposa del presidente de la República, gran admiradora de su obra, para invitarlo a Palacio; llamaban de la empresa organizadora del concurso Miss Perú Universo para incluirlo en el jurado, llamaban periodistas de todos los idiomas, llamaban decanos de universidades del país y del extranjero pidiendo día y hora para entregarle el doctorado honoris causa, llamaban editoriales dispuestas a pagar adelantos millonarios por un futuro poemario, llamaban poetas como hormigas y literatos como langostas, llamaban academias e institutos de computación, enfermería y secretariado que se llamaban César Vallejo, llamaban alcaldes de todo el Perú que lo querían en la solemne inauguración de pasos a nivel, calles, avenidas y plazas César Vallejo; llamaban admiradoras de su poesía dispuestas a todo por una noche, como aquella limeña desconocida que lo citó varias veces para consolarlo de sus

heraldos negros, pero siempre a oscuras. Nunca supo quién había sido. ¿Una casada descasada por la poesía? ¿Una vergonzante niña bien que no se hubiera visto bien en la cama de un poeta? Me llamo Liliana, soy estudiante de la Facultad de Literatura de la Universidad Católica y quiero acostarme con usted, mi celu es el 99873658. Soy Hortensia Almenara, soy guapa y divorciada, tengo treinta y cinco años, lo amo con toda mi alma, llámeme al 2298076 a cualquier hora. Quiero un hijo suyo, señor Vallejo, usted no tendrá que preocuparse por criarlo ni mantenerlo y no me volverá a ver, mi nombre es Cecilia y mi teléfono es 4756056 y mi celular 98765936. ¡Te quiero Césaaaaar, te amooooo, te adooooooooo, 97637846, Chechi Valle! Decenas de admiradoras llamaban, enviaban sus fotos por correo, las pasaban por debajo de la puerta, las pegaban contra mis ventanas. ¿Pero, a todo esto, dónde estaba César Vallejo? Estaba conmigo en la casa de una amiga, calle El Rosario, Chaclacayo, sede del Instituto Peruano de Investigaciones Fitoterapéuticas (IPIF). Constanza gozaba de muros altos, un gran jardín perfumado de flores y eucaliptos, una huerta de plantas medicinales peruanas y bungalows para alojar a sus pacientes y amigos. Bastó una llamada para que me abriera las puertas de su absoluta discreción. Salimos de El Escondite al día siguiente de la conferencia de prensa y no paramos hasta Chaclacayo. Vallejo tenía que pensar, acomodarse a su condición de mito redivivo, prepararse para la maratón de entrevistas, homenajes, peticiones, invitaciones, eventos públicos y hasta exámenes médicos de su condición corporal y código genético que lo abrumarían como para enloquecerlo, a menos que me sorprendiera con un regusto desconocido por los agasajos de la fama y se entregara a ellos con los brazos abiertos, homenajéenme, hónrenme, elévenme

por los aires más altos que haya respirado un escritor de cualquier época, porque ninguno como yo, poeta genial y vuelto de entre los muertos. Conociendo a Vallejo en lo poco que lo llevaba frecuentando, difícilmente se iba a sentir en caja elevado sobre un pedestal como el segundo resucitado de la historia para los creyentes, el primero para los agnósticos y decididamente, el primero de la literatura universal y de las artes en todas sus manifestaciones.

Vallejo ocupaba el último bungalow al fondo del jardín. Su pequeña puerta de madera se abría sobre los surcos de la huerta sembrada de hercampuri, manzanilla, muña, hierba santa y tantas otras dulces hojas, flores, raíces y tronquitos sanadores como los que le había administrado su madre en la infancia santiaguina y había visto utilizar entre los peones de las minas de Quirivilca y la hacienda Roma. Vallejo aspiraba su magia en las mañanas, cuando el rocío oloroso a eucaliptos jóvenes que bañaba la huerta lo llevaba de la nariz por la memoria recuperada de sus infancias y de su madre y su padre y sus hermanos que tanto había querido y que no había visto morir. Cómo pudiera resucitarlos, pero era solo un hombre, uno solo, no todos los hombres del mundo.

- “Masa” me remueve cada vez que lo leo, no se me gasta nunca- le confesó Elke una tarde.

Lo había estado visitando con más frecuencia desde que estaba escondido en Chaclacayo y ahora ocupaba una esquina sentada sobre la colcha de su cama porque se sentía más cómoda que en la única silla de paja del bungalow, mejor dicho, más cómoda cerca de Vallejo que alejada por los sesenta centímetros que mediaban entre la silla y la cama. La piel tiene su lenguaje, extranjero para nuestra razón, pero audible para las pieles que lo

pronuncian. No era la primera vez que la de Elke y la de Vallejo se entendían, pero sus rumores no habían calado en los sentidos de ambos como para que invadieran sus conciencias, siendo así, las pieles tenían que forzar la situación y la forzaron, elevaron su volumen a grito de ganas y no pudo ser ignorado. Vallejo venía de modales más severos que los de Elke, de modo que le cupo a ella quedarse mirándolo con tal terneza, que Vallejo no pudo dejar de tomarle la mano. Desde aquella vez en que se riera de su nombre en el café tabac cuando lo vio llegar de terno negro tizado de tierra de tumba a pedir unos euros, desde aquella vez habían pasado meses de silencio en sus sentidos, hasta esta tarde soleada de Chaclacayo, en la que se estaba dando cuenta de que Vallejo le interesaba mucho más que su poesía, mucho más que su condición de resucitado y que le interesaría igual si no fuera el genio y el redivivo que era sino un ingeniero de sistemas sin garantía de devolución de la muerte.

- Señorita Engel...
- ¿César?
- ¿Me permite que la tutee?
- Tutéame toda.

Vallejo se detuvo ante la puerta abierta de Elke, no estaba acostumbrado a cursos tan veloces.

- No quisiera faltarte el respeto.
- Fáltame todos los respetos.
- Es que tú no eres una cualquiera.
- Todas las mujeres somos una cualquiera cuando un hombre deja de ser un cualquiera.

Vallejo se abrazó a Elke como un marino a un mástil de velas desplegadas e hicieron el amor como es debido, a pesar de los temores del poeta de que su miembro dormido durante décadas no se acordase que era parte de un cuerpo resucitado, a pesar digo, porque el miembro se levantó por primera vez desde su muerte con el mismo ímpetu que había impulsado a Vallejo a romper su ataúd a patadas y entró en Elke hasta el fondo más profundo de su cuerpo, como un ariete de rosas nuevas que le perfumaron las entrañas. En algún lugar del bungalow o tal vez en el aire que lo rodeaba, se escuchó un estrépito de platos y vasos rotos con furia. Elke se asustó.

- Esa debe ser Georgette- la tranquilizó Vallejo, que conocía a su ex mujer por más muerta que estuviera.

Elke se asustó más.

- No me digas que va a presentarse a tirarte el aro en el ojo.

- No tiene por qué, la muerte ya nos separó, como dicen en la fórmula del matrimonio.

- Pero Georgette se sigue considerando tu esposa, lo dijo en la conferencia de prensa, ¿te acuerdas?: "... en esta vida y en la otra vida".

- Cosas de mujer posesiva, yo no me considero casado con ella, el hecho de que yo haya resucitado no resucita mis compromisos matrimoniales.

- No sé qué pensar de eso, César, el Derecho no ha tocado jamás ese punto.

- Obviamente, para eso habría que modificar la fórmula matrimonial y decir: "Hasta que la muerte los separe y la resurrección de la carne los vuelva a unir", pero como nadie ha planteado esa posibilidad, yo estoy civilmente separado de Georgette.

- ¿La sigues amando?
- La seguía amando hasta esta tarde.
- ¿Así de fuerte es lo que sientes por mí?
- Así de fuerte, Elke.

PACO YUNQUE VISITA AL SEÑOR VALLEJO

Cuando el peso del sol sobre sus párpados le abrió los ojos, Vallejo encontró en medio del jardín a un niño con un libro y un cuaderno en la mano que le clavaba la mirada con enorme curiosidad sobre un mar de lágrimas congeladas en sus mejillas. Se enderezó sobre la silla de paja en la que había estado durmiendo, recogió su Narrativa Completa caída lomo arriba sobre el pasto y se acomodó la ropa.

- ¡Hola!- le sonrió, pensando que se trataba de algún sobrinito o amiguito de Constanza.

- Buenos días, señor Vallejo- respondió el niño con un susurro.

- Ah, me conoces. ¿Cómo te llamas?

- Paco Yunque, señor.

Vallejo pegó un salto en la silla, vio la expresión tímida y sonrojada, la ropa pobre pero limpia, el libro, el cuaderno, el lápiz y las lágrimas gachas y avergonzadas que había imaginado en 1931. Paco Yunque no estaba llorando, pero su factura literaria le impedía sacudirse de la última línea del cuento que venía protagonizando desde aquella vez que Vallejo lo escribiera en Madrid, porque Paco Yunque acababa de saltar de su cuento al jardín de Constanza, había aparecido de pronto, carne en un instante, en el preciso momento en que Vallejo se dormía después de haber releído Paco Yunque en la edición de su narrativa completa publicada por PETROPERU. Maxi, el husky siberiano de Constanza llegó trotando desde el otro extremo del jardín y olfateó a Paco Yunque hasta las rodillas, le dio una vuelta a su alrededor y se le sentó delante,

mirándolo fijamente con una muñeca en el hocico. Yunque se apartó unos pasos del perro, lobo feroz, lobo feroz.

- Es manso, mira- lo tranquilizó Vallejo. Acarició al animal, le sacó la muñeca y la lanzó con tan mala puntería, que fue a caer en medio de las plantas medicinales.

- ¡Ahí no, Maxi!- gritó, corriendo hacia la huerta, pero el perro ya había metido las patas entre los surcos y volvía con la muñeca y flores de manzanilla entre los pelos. Estuvo saltando alrededor de Vallejo, juega conmigo, juega conmigo, pero como no le hacían caso, se tendió a mordisquear su juguete. Vallejo llevó cariñosamente a Paco del hombro hacia una mesa blanca de metal con sombrilla, sobre la que había una fuente con frutas, cogió una granadilla, la abrió, sacó la pulpa con una cuchara y se la ofreció. Paco tomó la cuchara más por que se la daban que por ganas de comerla.

- ¿Dices que eres Paco Yunque?- le preguntó Vallejo, sin forzarlo a comer.

- Sí, señor Vallejo, usted me escribió.

- Yo te creo, Paquito.

- Vi que usted me estaba leyendo en su jardín y me escapé de la clase para hablarle, señor Vallejo.

- ¿Así? ¿Y qué querías decirme?

- Me van a dejar recluso y no voy a ir a mi casa porque no entregué mi ejercicio sobre los peces, pero yo sí lo hice, usted sabe que lo hice porque me escribió, dígame al profesor, por favor, dígame que sí lo hice. Vallejo acarició la

cabeza de Paco, su mano estaba tan cargada de amor, que el niño se sintió inmensamente querido y confió más que nunca en su autor.

- ¿Tú sabes lo que pasó con la hoja de tu cuaderno?

- No sé, señor Vallejo, la busqué y ya no estaba.

- Humberto Grieve la arrancó y se la presentó al profesor como si fuera suya- le reveló Vallejo.

Paco Yunque enrojeció de cólera, luego agachó la cabeza, abrumado por el miedo a denunciar a quien era el hijo de su patrón, un mechón de su pelo resbaló por su frente y se bañó en la pulpa de la granadilla que seguía intacta en la cuchara.

- Acúsalo al profesor, yo te respaldo- lo animó Vallejo.

- Pero el niño Grieve es grande y abusivo, me va a pegar- tartamudeó Yunque.

- Entonces, díselo a Paco Fariña, dile que le diga al profesor que él lo vio arrancar la hoja de tu cuaderno, tus compañeros te van a apoyar, te lo digo yo, que los escribí a todos.

Paco Yunque se llevó la cuchara a la boca y se tragó la granadilla en silencio. Estaba gozando.

- Gracias, señor Vallejo. ¿Ahora me puedo ir?

- Vuelve a tu clase, yo te doy permiso.

Paco Yunque corrió por el jardín hacia la puerta de la casa. Mientras se la abrían, la trama de Paco Yunque cambiaba en todas las ediciones, en todas las antologías, en todos los ejemplares, inclusive en los textos escolares y en todas las traducciones del cuento.

EL HIJO DE OTILIA

Volví a Barranco a riesgo de pegarme un frentazo con algún periodista pertinaz que hubiera persistido en la esquina de la plaza donde tomaba mis buses, en mi cuadra o en la puerta de mi casa. Vallejo se quedó en Chaclacayo engreído por Constanza y amado por Elke, quien se iba desde Lima en su vieja cuatro por cuatro blanca a pasar algunas noches en ese bungalow pequeño cuya puerta se abría a la huerta de plantas de la infancia. Tenía que reintegrarme a lo mío y afrontar las consecuencias de ser el único nexo conocido entre Vallejo y el mundo, la primera de las cuales era la saturación de mi grabadora telefónica y un alud de cartas que había desbordado mi buzón como la espuma de una lavadora sobrecargada de detergente. Tomar nota de los mensajes y abrir los sobres me llevó todo un día. Cien, mil escritores, editores, poetas, autoridades se volcaban sobre Vallejo para suplicarle su paciencia para escuchar decenas de irresistibles propuestas editoriales y leer un martirio de poemarios en capullo o franco florecimiento, su anuencia para colgarle del ego honrosísimos homenajes, condecoraciones y nombramientos; su presencia para presidir inauguraciones que imprimían, pintaban, grababan su nombre en plástico, cemento, bronce, piedra, madera.

El periodista pertinaz no estaba cuando llegué a mi casa, me cazó desde el Juanito la noche siguiente, mientras caminaba por la plaza municipal hacia una botica para comprarme algo contra un dolor de cabeza tan brutal que hubiera valido para torturar al Bicéfalo. El Juanito puede pasar como un dispensador de esos sándwiches tradicionales que la depredación del gusto masivo por la comida industrial ha desterrado de las mesas familiares, pero

quienes saben que por las noches brilla como bombilla de luz para una miríada de maripositas amantes de la movida artística, suelen sentarse en sus mesitas de mármol a la sombra de sus viejas y altas estanterías protegidas con puertas de vidrio para tomarse una cerveza acompañada de un pan con algo digno de comerse, a esperar que llegue batiendo sus alas de jean azul una estudiante de artes plásticas o algún colega de la prensa, si no es un poeta de segunda división que espera encontrarse con uno de las ligas mayores que anda a la caza de una estudiante de artes plásticas que llegue batiendo sus alas de jean azul. El periodista pertinaz estaba sentado de cara a la calle por razones ajenas a mi presencia en la zona (por lo que sería bueno que deje de llamarlo pertinaz para calificarlo de suertudo), con un sándwich de asado recién servido en el platito, cuando me vio pasar entre dos chorros de agua de la fuente de la plaza y me gritó sin contemplaciones: ¡Señor Freire! Me resigné a esperar que llegara corriendo y se me plantara delante con una mini grabadora que sacó de no sé dónde. No estaba de humor para contestar preguntas, así que le propuse una entrevista exclusiva con Vallejo que valiera para toda la prensa. Cuatro de la tarde en la Pizza d'Amore, de Chaclacayo. ¿De acuerdo? Era el mejor restaurante, el único de nivel desde la sentida desaparición del Bistrot du Soleil, del ex cura Lagartigue y su puta, caído de infarto por una acumulación insostenible de pedidos de pollo "broster" con papas fritas y Kola Inglesa roja y dulzona como ordeñada de un chicle que ofendían su carta en la que brillaban con luz propia platos estrella de la cocina francesa que tenían poco que envidiarle a los de cualquier buen restaurante del mero París. Si hasta pensaban incluirlo en la guía Michelin de representantes de la culinaria francesa en el extranjero. Así son los cambios, fugan a otros distritos los

paladares refinados y desembarcan a ocupar la plaza los masticadores de comida chatarra. La Pizza d'Amore se había defendido de los embates chatarreros y prosperado en sazón gracias al talento acomodaticio de la pizza, un alimento de los nuevos tiempos redondo y plano como la Tierra del medioevo y que por lo mismo, puede recoger sabores nobiliarios y hacerle concesiones al gusto masivo en un mismo plato. Escogí la pizzería para no fastidiarle la tranquilidad a Constanza, además, estaba seguro de que el periodista insistiría en invitar a Vallejo y a todos los que lo rodearan, lo que no era poco pedir, considerando los precios D'Amore. El hombre se llamaba Alonso Biserta y trabajaba en Perú 21, espadín de El Comercio hundido en el hígado de los diarios basura, a los que oponía seriedad informativa y abstinencia de silicona en la portada a setenta centavos ejemplar. A las cuatro y diez entró a la plaza principal de Chaclacayo y cuadró su Wolkswagen Gol negro en la esquina de la pizzería. Lo acompañaban su fotógrafo de confianza y el subdirector de El Comercio, cuyo cargo y aún más su apellido, le daban derecho a enterarse de todo lo que sucedía en Perú 21. Vallejo, Elke y yo estábamos sentados en una de las mesas interiores para guardar la entrevista dentro de la mejor privacidad. Biserta nos saludó sin dejarse intimidar por la presencia de Vallejo y presentó a sus acompañantes.

- Pidan lo que quieran, Perú 21 invita- agregó enseguida. Derramaba entusiasmo por la primicia mundial que le estábamos regalando. Bien lo valía y mucho más. Las pizzas no esperaron otra orden para correr al horno y en un cuarto de hora estaban aterrizando humeantes sobre la mesa en la que comenzaba a vaciarse la botella de un Marqués de Riscal aportado por el subdirector del apellido dueño de El Comercio. A Biserta se le trepaba la

ansiedad por preguntar, le dedicó a su pizza Primavera una mirada de compromiso que la condenaba a enfriarse sin remedio e instaló su mini grabadora delante de Vallejo.

- Empecemos por los datos para la ficha básica. ¿Cuál es su nombre completo, dónde estudió, en qué ha trabajado...?

- ¿... y en qué fecha fallecí? ¿Es usted un repórter o un detective?

- No lo tome a mal, doctor Vallejo, son datos para la ficha biográfica que acompaña todas mis entrevistas.

- Para comenzar, le pediría que no me doctore, sobre todo, teniendo en cuenta lo que los médicos franceses hicieron conmigo. Mis datos biográficos puede consultarlos en los libros que se han escrito sobre mí y que forman legión, según he estado viendo.

- Entonces iré al grano. ¿Cuándo y por qué resucitó?

- Si a un hombre tienen que informarle cuándo nació, cómo va a saber la fecha exacta de su resurrección. Consúltele la fecha a mi amigo Luis Freire, que me dio de comer cuando caminaba por París con el estómago en estado de emergencia. En cuanto al por qué, será porque me aburrí de seguir muerto en París con aguacero.

- Eso ya me lo dijiste- se lo recordé.

- Cierto, pero hasta ahora no encuentro una mejor respuesta.

- ¿Acaso la vida lo volvió a tentar?- intervino nuevamente Biserta.

- Yo no tenía un interés particular en dejarme seducir por semejante vampiresa, amigo repórter, simplemente me harté de seguir muerto en París con aguacero. Si hubo otra razón para mi resurrección, no la conozco.

- ¿Lima lo sedujo más que París?

- Yo volví al Perú porque en Francia me habían encerrado en un manicomio. No sabe usted cómo sufrí durante ese encierro injusto y humillante.

- ¿Más que durante su prisión en la Cárcel Central de Trujillo, en 1920, que usted llamó el peor momento de su vida?

- El peor momento de mi vida fue mi muerte.

- ¡Bueno, si lo pensamos así...! ¿Afirma usted que no tenía realmente ningún deseo de volver al Perú?

- No, ninguno, vine aquí porque no tenía otro lugar a dónde ir.

- ¿Ahora que ha vuelto, qué le parece el Perú?

- Resignado a sus taras y luchando contra la desesperanza.

- ¿Sigue considerándose comunista?

- Mientras no encuentre otra respuesta a la injusticia y la pobreza.

- ¿Qué temas le inspirarían a escribir nuevos poemas?

- Tal vez no escriba nuevos poemas.

- En caso de que lo hiciera, hay varias editoriales extranjeras dispuestas a ofrecerle sumas muy altas por un nuevo poemario.

- Algo me han informado.

- ¿Cuál es su método de trabajo?

-Cuál era y sigue siendo. Se lo resumo así: la eliminación de toda palabra de existencia accesorio, la expresión pura, que hoy como ayer hay que buscarla en los sustantivos y los verbos... ¡ya que no se puede renunciar a las palabras!

- Usted sufrió en carne propia la pobreza parisina, pero en Lima podría cobrar lo que quisiera por lo que quisiera, señor Vallejo.

- Me basta con tener lo suficiente para vivir dignamente.

- ¿De qué piensa vivir?

Sonó como una pregunta que se hubiera descolgado naturalmente de la respuesta de Vallejo, pero era la señal que esperaba el subdirector de El Comercio para hacer su propuesta como si se la acabara de encontrar entre los pelos de su barba entrecana de intelectual sesentero convertido al mercado, sin otro menoscabo para su apariencia que un elegante toque de tijeras para el pelo y seda de firma para sus camisas.

- He venido expresamente a ofrecerle la dirección del suplemento dominical de El Comercio y una columna en la primera plana. Sería un honor para nosotros contar nuevamente con usted. Le aseguro además, pleno respeto a sus ideas.

- ¿Qué responde?- se coló Biserta, frotándose las manos por su colega y señor.

- Mis ideas..., mis ideas..., de qué diablos pueden servir hoy día mis ideas- se abstrajo Vallejo.

- Tienes que vivir de algo, César, es un trabajo digno y a tu medida- traté de convencerlo.

- Me siento tan fuera de esta época, que no sé de qué podría escribir, tal vez sería mejor que termine de adaptarme a las nuevas circunstancias antes de poder expresar opiniones- dudó Vallejo.

- Cualquier cosa que usted escriba, sería recibida con el mayor interés y tendría un espacio de privilegio en El Comercio- insistió el subdirector, con un aderezo reverencioso que fastidió a Vallejo.

- Mientras se adapta a la actualidad, como usted dice, podría escribir sobre el París que conoció o... sobre sus experiencias en la Lima de los primeros años del siglo XX. Sus amores con Otilia Villanueva, por ejemplo.

Las palabras de Biserta cayeron como cascajo en una sopa quieta, salpicándole a Vallejo el recuerdo de aquellas tardes cocineras de domingo en las que cruzaba el puente Balta, terno azul marino apretado, camisa blanca de cuello almidonado y corbata granate con bastón charolado en una mano y los deditos traviesos de Otilia apretados en la otra, para sentarse a comer un arroz con pato, unos anticuchos, una papa a la huancaína en la mesa de doña Hortensia, pero Otilia se le había ido en tren a San Mateo con su vientrecito de tres meses y su maleta de cuero llena de reproches. Habían sido inútiles las cartas rogándole que volviera, porque no paraba de llorar su ausencia ni de caminar las calles que caminaría con ella las tardes de domingo ni las calles que caminaría con ella de caminarle en el alma. Habían sido inútiles las cartas rogándole que volviera, porque no paraba de caer sentado en la misma mesa de doña Hortensia donde comiera con ella, para tratar de consolar su memoria adolorida y muerta de hambre de Otilia reconstruyendo los diálogos y las miradas y la carita morena y graciosa a base de granos de arroz verde y piernas de pato con rocoto y culantro que no lograban otra cosa- maldito alimento que no saciaba- que pasar por su garganta como lo que eran, arroz con pato sin Otilia. Por ella se le habían amargado las tardes del domingo, por ella se le había amargado Lima, por ella había tenido que renunciar a su floreciente puesto de director del Instituto Nacional, el mejor pagado que tuviera nunca, por ella lo había comenzado a botar el Perú y ahora su nombre volvía de la soleada San Mateo pero no en un vagón del Ferrocarril Central, sino en la

pregunta de un periodista metete que no tenía derecho a sacudirle los recuerdos dolorosos, por bien digeridos que estuvieran. Otilia era suya de su memoria y no materia de entrevistas. Ya iba a contestarle a Diserta: Lo que haya ocurrido entre la señorita Villanueva y mi persona no tiene por qué ventilarse en público para satisfacción de voyeristas de folletín sentimental, cuando vio a Otilia Villanueva empujar la puerta batiente del salón de la pizzería. Otilia Villanueva sin su sombrero negro, como torcida por otros genes, más llena de carne, bastante más madura, como se hubiera llenado y madurado en San Mateo del Perú. Empujaba a un viejo muy viejo en una silla de ruedas de mimbre y madera, cuyos ojos ardían en un mar de cenizas arrugadas.

- Queríamos darle la sorpresa, señor Vallejo- anunció Biserta.,

- Soy Otilia Villanueva Saavedra, su nieta, señor Vallejo- se presentó, la cara dura, la palabra reseca- y este es su hijo biológico, César Villanueva Villanueva.

- ¿Mi hijo?- se atarantó Vallejo, anonadado por la aparición de esa Otilia Villanueva que se parecía tanto a su Otilia Villanueva y la erupción fulminante del recuerdo de aquellos tres meses que le abultaban apenas el vientre. El viejo hizo un esfuerzo inútil por levantarse y alzar el brazo hacia Vallejo, pero lo dejó caer, vencido por la debilidad.

- Deja, papá, yo lo hago por ti- lo tranquilizó Otilia. Recogió de su padre la rabia de toda una vida y con esa rabia le volteó dos veces la cara a Vallejo, una de ida con la palma de la mano y otra de vuelta con el dorso.

- La primera, es de parte de su hijo, por haberle pegado a mi abuela y la segunda también, por no haber ido a buscarla a San Mateo para casarse con ella y firmarle a su hijo el apellido paterno que le correspondía.

- Yo quise, yo quise..., - balbuceó Vallejo, ignorando al fotógrafo que lo blanqueaba con sus flashes.

- Si hubiera querido, la habría recobrado- sentenció Otilia. Empujó de media vuelta la silla de ruedas y se fue con César Villanueva Villanueva que trataba de levantarse para seguir pegando.

- Señor Vallejo, mil disculpas, no tenía la menor idea, no esperaba que sucediera esto..., - repetía Biserta.

EL EX PRESIDENTE LE TIENDE UNA ALFOMBRA ROJA A CÉSAR VALLEJO

Perú 21 tuvo la decencia de no publicar el incidente con Otilia Villanueva Saavedra, pero las fotos fueron pescadas del archivo digital del diario por algún pirata informático demasiado bien informado y vendidas a un tabloide menos escrupuloso que no perdió la oportunidad de atragantarle los ojos al país con la cara de Vallejo sacudida por su nieta como portada de una historia de romance de bohemia con ajenjo y Palais Concert, embarazo en cama de hierro de hotelito antiguo y fuga ferroviaria con finale de vals de la guardia vieja, en el que no faltaba un Vallejo canturreando La noche cubre ya mis penas con su negro crespón, en algún fumadero de Capón, entre los brazos de Abraham Valdelomar y un José María Eguren insidiosamente opiómano y nocheriego. Los telediarios hurgaron en archivos municipales y parroquiales en busca de partidas, consiguieron del hijo y de la nieta cartas, documentos, detalles, depositaron sentidas flores en la tumba de Otilia, descubrieron para el gran público a otra Otilia, de apellido Navarrete, que para colmo de gracias mediáticas era también poeta y de las buenas. No faltó el productor, vivísimo él, que quiso convencer a Vallejo con cheque en blanco y ponga en negro lo que quiera, para que autorizara una oportuna miniserie televisiva sobre su romance, durante la cual, un Vallejo de utilería volvería a recorrer la calle Maravillas, la Bajada de Santa Clara, la calle de San Idelfonso, el Puente Balta en compañía de una pulposa actriz de telenovelas con sombrerito negro y traje de época que haría las veces de morocha y bien figurada Otilia Villanueva. A todo se negó Vallejo, con todos fue cortés pero tajante, ya no huiría de la

prensa, retacearía las entrevistas según sus ganas y su tiempo, pero no permitiría sangradores de su pasado o su presente. De Otilia no dijo una palabra, se guardó en silencio las cachetadas como si las hubiera merecido. Lo que sí hizo y de todo corazón, fue buscar la reconciliación con su inesperado hijo, pero cuando lo fue a buscar a la dirección que le dieron en Perú 21, el brillo de los ojos del viejo César se había hundido definitivamente en su mar de cenizas arrugadas. Ni siquiera lo reconoció. Meses después, se moría durmiendo. Un último soplo del corazón y, Adiós hijo que no vi nacer, crecer ni morir, como no vi morir a mi padre ni a mi madre ni a mi hermano Miguel ni a María Rosa Sandoval, solos de mí en el momento de la última compañía. La nieta no permitió que Vallejo se presentara en el velorio. “Usted sólo puso el espermatozoide”, le aclaró, con la misma dureza que había exhibido en la pizzería. Orgullosa la chica, como su abuelo. A Vallejo no le dolió tanto la pérdida de su único hijo como la sensación de la paternidad escamoteada. Dicen que no hay dolor mayor que el desorden de la muerte que mata a quien debe ver morir, pero Vallejo ni siquiera había visto nacer a su hijo, su existencia había sido una duda enclavada en San Mateo, urticante, pero no menos difusa. Elke le adivinó el corazón, supo entrar como un alfiler y hacerle sentir que allí estaba ella como una promesa de maternidad si las cosas entre ambos seguían viento en popa y él daba el paso adelante. Por primera vez, Vallejo abrazó la tierna posibilidad del niño en brazos y se dejó llevar por ella hasta un poema, el primero escrito desde su resurrección. No me lo quiso enseñar, ni siquiera a mí. Me moría de curiosidad por leerlo, pero había que respetar su derecho a guardárselo hasta que lo considerara listo y limpio para mostrar la cara. ¿Era el primer impulso de otro apuro creativo, pero en el tono mayor de la

alegría, como aquel que lo puso a escribir en pocos meses los poemas de España, aparta de mí este cáliz como un sentenciado?

Me pregunto cómo hubiera sido un nuevo hijo de Vallejo, un verdadero hijo, querido y crecido ante sus ojos, sin las trabas que le habían cerrado el paso a la paternidad en su vida anterior. La relación con Elke se profundizaba con la seguridad de los amores certeros, aquellos que no fallan en el blanco de nuestros ser y nos asaltan muchas veces a la vuelta de la esquina en la que no esperamos otra cosa que otra calle fatigada por transeúntes. Salí con ellos muchas veces y los visité otras tantas. Ambos se esmeraban por entenderse. Sobrevolaban sus diferencias en alas del todo lo paso por alto que insuflan las ganas de verse, escucharse y lamerse hasta las médulas. Elke tenía algunas dificultades en adaptarse a las maneras emocionales y de las otras de un Vallejo que, por debajo de experiencia francesa con Georgette y su marxismo igualitarista, no dejaba de ser un norteño de antaño, cálido y engreidor, pero hecho a la servidumbre casera y a la mujer discreta y sentadita. Elke, por su parte, se empeñaba en rescatar sus instintos atávicos de hembra atenta a los deseos dichos y no dichos de su pareja, ese adivinar al otro al que el amor saca punta hasta convertirlo en una suerte de precognición, lo que no quiere decir que transigiera al punto de renunciar a su modernidad suelta de huesos y cojudeces. Ambos bailaban la danza del mutuo concederse que sale tan bien cuando la química combina los mejores elementos de la tabla.

- ¿Qué tal te llevas con Elke?- le pregunté alguna vez.

- Yo no sé, hermano, si me llevo o algo me lleva, yo diría más bien que algo me lleva- me respondió Vallejo.

- Uno no se siente uno, ¿no?

- Sí, uno se siente el otro yo que nunca fue.

- ¿Sentiste igual con la Philippart?

- No hay punto de comparación, Georgette me quería de veras, muy de veras y yo a ella, pero era tan jodida y tan jodida también nuestra vida. Elke huele a piel nueva.

- ¿Eso nomás?

- Me equivoco, no es un olor a piel nueva, sino a vida nueva.

Esas dos últimas palabras parecieron abismarlo de modo inesperado. Suspiró profundamente. Intuí algún problema de fondo con Elke, pero no era ella.

- Ay, hermano, a veces me jode tanto, no sabes cómo, que esa vidita nueva sea solo nuestra.

Estimulado quizás por su bonanza amorosa, Vallejo le hizo un sitiecito a las invitaciones y homenajes para desembalsar el apetito nacional por honrarlo y aceptó la dirección del suplemento dominical de El Comercio y la columna de primera plana, pero rechazó las tentaciones oficiales, nada de órdenes del sol, la luna y las estrellas, menos aún director del menesteroso Instituto Nacional de Cultura ni bolo inamovible para el cantado Ministerio de Cultura, que a fin de cuentas, no pasó de letra de balada electorera para las generales que se avecinaban. Sí, las elecciones asomaban las agujas de los mástiles en el horizonte y no fue extraño para nadie que el ex presidente telefonease una mañana para solicitar una entrevista con “el vate universal”. Vallejo se acababa de mudar a una casita de la calle Los Cedros, no lejos de Constanza, con un jardín que olía a trenzas de pinos, molles y eucaliptos. Allí se detuvo el automóvil del ex presidente, cercado de simios ceremoniosos y periodistas

obsecuentes. Venía a ofrecerle al “poeta del Hombre” la candidatura a la primera vice presidencia de la república, a la sombra magnífica del ex presidente, como parte de un frente amplio “en el que estarán representadas todas las fuerzas progresistas que buscan redimir a ese gigante atribulado por la injusticia, la pobreza y la desesperanza que es el Perú”. Fue convincente y florido, desplegó el abanico de sus admiraciones poéticas, que por curiosa simbiosis literaria se correspondían con las de Vallejo. Revivió al Grupo Norte de Trujillo: Qué hombres talentosos, qué mentes lúcidas y comprometidas con la esencia revolucionaria de su tiempo. Cuánta falta nos harían ahora y siempre. Ah, luminoso Antenor Orrego. Ah, Alcides Spelucín. Ah, José Eulogio Garrido. Ah, Federico Esquerre. Ah, Juan Espejo Asturrizaga. Ah, Julio Esquerriloff. Ah, Leoncio Muñoz y Francisco Xandoval. Ah, el Fundador. No sabe cómo me hablaba de usted, cómo lo admiraba por encima de sus diferencias ideológicas que yo estimo meras incomprensiones perfectamente subsanables. Yo lo he visto entristecerse cada vez que mencionaba las circunstancias de su muerte. ¿Sabe, Vallejo, que él estuvo medio enamorado de “María Bashkirtseff”, la María Rosita Sandoval, ¿ah?, pero que evitó acercarse a ella porque estaba con usted? Me lo confesó durante una reunión literaria en su casa. Pobre chica, morir tísica a los 24 años, esa sí que es una injusticia del destino. *¡Triunfa vanidad! Tus dientes roedores/ se ceban en el sacro manjar azul del cielo!/ ¡Judaicas risas huecas! Tus copas de licores/ no son copos de gloria! Son luces del suelo!* Triunfa Vanidad, seguro que lo recuerda. El Fundador tenía ese poema colgado en marco de oro frente a su cama. El mayor honor de mi vida ha sido el que me concedió César Vallejo al dedicarme ese poema. Palabras tuyas, Vallejo, las escuché yo mismo a pocos

años de su muerte. Todavía hoy los jóvenes lo tienen que memorizar para recitarlo en nuestro día, un capricho comprensible del Fundador que el Partido ha querido perpetuar en su memoria. Vallejo escuchaba cada vez más nostálgico las reminiscencias de un ex presidente que había nacido tan lejos de la bohemia de su Trujillo juvenil, pero que sabía evocarla con entonaciones de actor consumado. Debería volver a Trujillo, se admiraría de lo bien conservadas que están las calles, los ventanales con sus rejas, las casonas que usted conoció. Justamente en estos días se exhibe una invaluable colección de ediciones históricas de sus obras en la sala de exposiciones del Banco Continental que usted debería ver, no hay otra igual en el Perú. Me he tomado la libertad de gestionar para usted la donación del ejemplar de la primera edición de “España, aparta de mí este cáliz”, publicada en Montserrat, en 1939. Pude convencer al banco de que semejante tesoro editorial debía, tenía, era indispensable que estuviera en las manos del autor. ¿No le parece? El ex presidente creó un paréntesis de expectativa, sacó luego el libro de un sobre que había llevado siempre consigo y se lo entregó a Vallejo, con la expresión grave apuntada hacia las cámaras. Lo invito a Trujillo. ¿Qué le parece? Tomemos un vuelo una de estas semanas.

Vallejo dijo que sí, que bueno, porque en ese momento le hubiera dicho que bueno a cualquier cosa. Estaba atravesado por la emoción de tener entre manos el papel que los heroicos soldados republicanos habían fabricado, el texto que habían compuesto, la tinta de la imprenta que habían manejado en el monasterio de Montserrat para imprimir los poemas que él había escrito pensando en ellos, en los voluntarios de España, en Lina Odena emboscada por los putos de la Muerte en Granada, en Antonio Coll encintado de dinamita,

destrozando y destrozándose debajo de los tanques de Franco, en la madre Rosenda esplendorosa, en el viejo Adán que hablaba con su caballo, en Guernica arrasada por los Stuka de Hitler, en las masacres de Bilbao, Santander y Málaga, en las esperanzas de Pedro Rojas de Miranda del Ebro, marido, hombre, ferroviario y hombre, esperanzas que eran las suyas, esperanzas de derrotar a la muerte a punta de piedad y misericordia. Batallas, nombres, voluntarios, masacres, esperanzas que lo habían acosado durante su agonía en la Arago. España, me voy a España, había repetido y repetido y ahora tenía a España impresa y seca en papel viejo. El ex presidente dejó que Vallejo se empapara en la emoción, que se hinchara de nostalgia y de recuerdos como una esponja y una vez que lo vio blando y dispuesto, saltó a París, se acordó con una risa cómplice de los hoteles de los que Vallejo se había tenido que escapar con libros y maletas por no poder pagar la cuenta y le sacó de encima con astucia la sangre seca de España, hasta se contó un par de chistes anti fascistas de los que Vallejo había contado en algún café parisino. ¿Cómo diablos se los había conseguido? El poeta agregó dos más tan buenos como los anteriores, descubriéndole a los periodistas al Vallejo irónico e ingenioso escondido debajo de la imagen del cejijunto sufridor batida y contrabatida por la tradición literata. Era el ex presidente quien conducía la conversación, tanto le hablaba a Vallejo de Trujillo, como lo sumergía en Santiago de Chuco olvidado y polvoriento o lo sentaba en el Café Donne de París a devorarse unos croissant al lado de Julio Gálvez. Yo nunca he comido un pan tan sabroso, amigo César. Ya eran amigo César y amigo ex presidente. Ambos rememoraron el Segundo Congreso Internacional de Escritores Antifascistas en Defensa de la Cultura de 1937, sin olvidarse de casi ninguno

de los poetas españoles y latinoamericanos que habían participado en las reuniones de Barcelona, Valencia y Madrid. El ex presidente lamentó que no hubieran podido asistir Luis Alberto Sánchez ni Manuel Seoane. Pero estuvo usted, amigo César, alzando el puño peruano por la Vida y la Justicia. Ah, la Justicia, amigo César, los nuevos tiempos la han arrinconado como al arpa de Bécquer, como usted ya debe haber visto, reinan el individualismo y el consumismo más desenfrenados y de la solidaridad nadie se acuerda, las viejas recetas socialistas ya no funcionan y la única vía de justicia social pragmática en el reino del neo liberalismo es un frente amplio de hombres progresistas, vengan de la izquierda o la social democracia, capaces de imprimirle a fuego al toro díscolo del mercado la señal de la justicia social. La Alianza Popular y usted, amigo César, somos la mirada hacia un Perú libre, justo, alimentado y educado para el nuevo milenio. ¿No ha pensado en por qué no resucitó Federico García Lorca, por ejemplo? ¿No ha pensado en por qué tuvo que resucitar un poeta peruano como usted? ¿No ha pensado en que tal vez le fue dado resucitar por alguna otra razón que la de haberse aburrido de seguir muerto en París con aguacero, como ha declarado? ¿No ha pensado en que pudo haber habido otra razón, la razón no dicha, la razón no consciente pero deseada de todos los hombres de su tierra unidos en un ruego común: vuelve a la vida, hermano Vallejo? ¿No ha pensado en que usted pudo haber sentido en lo profundo de su ser ese ruego común, ese ruego venido de todos los hombres de su tierra, ese llamado de auxilio en un momento de crisis y de vacío nacional y en que, conmovido por ese ruego se incorporó lentamente, quiso abrazarlos y se echó a andar? Vallejo se sintió tomado por el cuello por un destino manifiesto y contundente. ¡Cómo negarse a su propio poema! El ex

presidente esperó sereno, trascendente, casi numinoso, que Vallejo saltara a su bolsillo, pero Vallejo entrevió el cartón de la escenografía, el satén disimulado de los polvos del maquillaje, al apuntador escondido en el nudo de la corbata perfecta del ex presidente, trajo a la memoria sus antiguas discrepancias con el Fundador y el ex presidente se tuvo que regresar a Lima sin César Vallejo candidato a la vice presidencia de la República de su partido.

PELEA DE ÁNGELES EN LA CASA DE LOZADA

La noticia del rechazo a la invitación aprista desencadenó sobre Vallejo las pretensiones de cuanto alpinista político se preciaba digno de clavar su bandera en Palacio. La veta había sido abierta por el ex presidente y todo gallo cocido o pichón con ambición de cresta coronada veía en el poeta resucitado el ascensor al cielo del poder. Decenas de partidos y coyotes solitarios que soñaban con erigirse en jefes de la manada le ofrecieron candidaturas a la presidencia o la vicepresidencia, cuando no la cabeza de sus futuras listas parlamentarias, Vallejo ignoraba la calaña de los pretendientes o el color de agrupaciones que servían con guarniciones diferentes las palabras popular, democrática, nacional, independiente, cambio, nueva, unión, fuerza, renovación, progreso, reconstrucción y demás parentelas semánticas que se ahogaban en su propia vaciedad, de modo que tuve que encargarme de ilustrarlo sobre el variopinto zoológico de los intereses y aventuras políticas decididas a veces en la puerta misma del Jurado Nacional de Elecciones, para que al menos pudiera descartar a las pirañas y los peces bobos. Su conversación con el ex presidente le había reabierto viejas guerras ideológicas, fue en mérito a esas guerras y a la vieja bandera roja que ondeaba sobre ellas como un pelícano desplumado, que accedió a recibir a los dirigentes de los dos partidos de izquierda de mayor resonancia nacional. Vinieron todos, hablaron de marxismo, Sendero Luminoso y el Movimiento Revolucionario Tupac Aamaru, socialismo real, derrumbe del bloque socialista, aggiornamento y libre mercado. Vallejo entendió con precisión cómo su bolcheviquismo era un hongo blanco en medio de un fundo de espárragos de exportación, tan blanco y tan

hongo, que después de escucharlos con una sombra en la cara, les respondió que se iba a Trujillo, nada más que se iba a Trujillo a sentarse en su plaza de armas a gozar del sol y calentarse el cuerpo con los recuerdos de la ciudad donde había forjado las amistades más entrañables de su vida en el Perú.

Elke mandó su jeep blanco al mecánico para que lo pusiera en forma y una vez listo y revisado, partimos los tres una mañana gris como todas las mañanas limeñas de invierno y primavera. Elegimos viajar por tierra para que Vallejo pudiera conocer el paisaje de la costa norte que solo había entrevisto a lo lejos desde los vapores que lo habían llevado y traído entre Trujillo y Lima. Los enormes asentamientos humanos enfermos de pobreza y basura polvorienta que anteceden a la Panamericana Norte lo volvieron a enredar en los pensamientos de un destino manifiesto que había sembrado en su mente la astuta demagogia del ex presidente. Trató de hacerlos a un lado mientras pasaban a su lado pampas de arena y dunas, camiones con su boa de humo negro, buses tambaleantes en su altura, valles súbitos y playas interminables medidas por olas tranquilas, poblaciones caóticas y gritonas o adormecidas en su lejanía provincial, pero no pudo evitar que revolotearan en su cabeza-gaviotas pertinaces- durante las seis horas de viaje hasta Chimbote. La capital anchovetera le apestó como un mal viento por su pujante fealdad arquitectónica, en medio de la cual se alzaba como una explosión de fuegos de artificio de concreto, la copia de una catedral renacentista italiana, hermosa como ninguna en el Perú. Si el resto de Chimbote se mantenía coherente en su fealdad, el contraste entre la belleza que se alzaba para adorar a Dios y el horror que se extendía sobre el suelo no tenía parangón en la ciudad. Vallejo no quiso dejar de visitar el templo por los recuerdos de Génova y Florencia. En

su interior nos topamos con el obispo de Chimbote que visitaba su obra. Al vernos, se nos acercó amablemente para saludarnos. Reconoció a Vallejo de inmediato por las fotografías que habían difundido los diarios y la televisión.

- Es un honor tenerlo en Chimbote, señor Vallejo.

- Le agradezco que lo considere un honor.

- Leí su poesía completa en el seminario y crea que siempre sintonicé con ella y con su mensaje solidario y humano.

- Las que no sintonizan son esta catedral y la plaza que han construido al frente- desvió Vallejo, que temía un baño de elogios.

- Esa plaza es obra de los delirios modernistas del alcalde, yo jamás firmaría una obra tan fea. Yo solo me responsabilizo por este templo.

- ¿Dígame, monseñor, por qué ha elegido un diseño renacentista italiano y no uno que se parezca a los templos tradicionales del Norte?- quise saber.

- Será para sentirse más cerca del Vaticano- hincó Vallejo, en vena anticlerical.

- Créame si le digo que no soy uno de los obispos peruanos más cercanos al Vaticano- se encorajinó el obispo, insinuando sus distancias con la variante doctrinaria reinante en San Pedro.

- Dentro de esta catedral podría revertir esa situación- la siguió Vallejo, que ignoraba la trayectoria del obispo.

- Y usted tal vez encuentre inspiración para entender su resurrección. El Señor lo ha favorecido con un don que solo otorgó a su Hijo- limó asperezas el obispo.

- Le ruego que no siga por ese camino, monseñor o voy a pensar que soy el Mesías regresando, pero de un manicomio francés.

Dormimos esa noche en el Hotel Presidente, segundo en la jerarquía de la ciudad, soberanamente instalado sobre una tienda de electrodomésticos. Por suerte, los equipos de sonido y los televisores sin dueño se acuestan temprano y pudimos dormir en silencio. A la mañana siguiente, encontramos a Vallejo sentado en su cama con la cabeza acostada sobre el pecho, hipnotizado por los programas de “Animal Planet”, que lo habían llamado toda la noche con sus imágenes de cuadrúpedos que sólo había conocido con las almas desnutridas por las rejas de los zoológicos.

Llegamos a las afueras de Trujillo cojeando de la llanta trasera derecha. A la pobre se le iba el aire a correntadas por obra y mala gracia de una de esas piedritas camineras que más parecen dientes de tiburón blanco y estaba a punto de terminar molida sin misericordia por el aro, que en ese tipo de circunstancias, no suele tener un segundo de piedad. Necesitábamos, por lo menos, inflarla lo suficiente como para darnos tiempo de encontrar un llantero que le pusiera el parche al problema antes de que nos cayera la noche encima “con su negro manto”, digo yo y he aquí que en el horizonte trujillano apareció iluminado y salvador un grifo de Petrolube con cuatro modernos surtidores de combustible de varios octanajes y los implementos básicos que necesita un vehículo para cumplir con su misión de transporte. Cuadramos el jeep delante de la manguera de aire comprimido y nos disponíamos a inflar la llanta herida, cuando llegó corriendo el administrador y nos gritó, hinchado de susto, que estaba terminantemente prohibido inflar llantas en su establecimiento. Elke abrió la puerta blanca de su jeep al mismo tiempo que la de su furia. ¿Que está prohibido inflar llantas? ¿Que está prohibido usar el aire? ¿De cuándo acá inflar llantas es contra la ley? ¿No se da cuenta de que estamos en una

emergencia? El aire estaba allí, gratuito y ansioso por auxiliar a nuestra llanta herida, pero el propietario del grifo había prohibido, so pena de despido inmediato del responsable, que se inflase cualquier cosa en sus predios. Ni un globo de santo, carajo. ¿La razón? El propio administrador nos confesó casi llorando que la ignoraba, pero que por lo que más quisiéramos, dejásemos la manguera de aire colgada en su gancho como una serpiente disecada en su tarima, porque tenía esposa e hijos que alimentar. De nada sirvieron nuestros argumentos ni la triste imagen de nuestra llanta desinflada, el propietario había sembrado muy bien sembrado el temor en su administrador, sus absurdos se ejecutaban sin dudas ni murmuraciones. Mientras el jeep chancleteaba penosamente en busca de otro establecimiento donde el aire comprimido no estuviera confiscado, Vallejo propuso una explicación al asunto que congenió estupendamente con nuestro estado de ánimo.

- El propietario de esa estación de servicio debe ser un impotente amargado que no soporta ver cómo su manguera de aire infla lo que él no puede inflar, en suma, que se muere de envidia de la potencia de su manguera de aire comprimido y le ha impuesto un voto de castidad para que sufra lo que él sufre.

Finalmente encontramos aire libre con llantero dispuesto y pudimos entrar en Trujillo. A Vallejo se le iba levantando el pasado conforme entrábamos en las calles viejas de la ciudad. ¡En esa, en esa casa estaba La Reforma! ¡Ay, Antenor, Antenor, hermano, por qué no resucitas tú también! ¿Podemos parar? Quiero entrar. Y entró, conversó con la gente, le contó que allí había funcionado un diario y trabajado, jovencito nomás, Antenor Orrego.

- ¿Quién?- preguntó alguien.

- El maestro Orrego, por supuesto- apareció un aprista enterado.

- ¿Me parece conocerlo, compañero, cómo se llama usted?- le preguntó a Vallejo.

- Dígame mejor hermano- contestó Vallejo, guardándose el nombre.

El aprista enterado frunció el ceño y siguió con lo suyo. El Hotel Carranza ya no estaba, ni donde estuvo ni en ninguna otra parte, pero estaba su segundo piso y estaba el cuarto por cuya ventana entrara *la serpentínica u del bizcochero/ enjirafada al tímpano*. Vallejo recitó los versos dos veces, riéndose entre sílabas.

- ¡Qué dices, oye!- se cruzó Elke.

- A esta niña hay que explicarle todo- concedió Vallejo y le contó del bizcochero que pasaba por debajo del hotel pregonando: ¡Bizcuuuuuucho!

- Esa es la “u” que trepaba como el cuello de una jirafa hasta la ventana y se nos metía al tímpano, ¿comprendes?

- Estos poetas- rezongó Elke, contenta.

- ¿Habrá bizcocheros todavía en Trujillo?- pregunté, como al aire de otro tiempo.

- ¡Ah, tienen que probar los mejores dulces del mundo!- se entusiasmó Vallejo de pronto, atacado por sabores exquisitos. Sacó la cabeza por la ventanilla, husmeó la calle y ubicó a un transeúnte canoso - ¿Sabe usted si existe todavía la dulcería de doña Carmen?

- Ha estado de viaje, amigo, doña Carmen se murió hace tiempo.

- ¿Sabe entonces dónde hacen un buen tajadón?

- Donde las hijas de doña Carmen, señor, siga cuatro cuadras a la derecha y luego una a la izquierda.

- Vamos ahorita, ahorita- se relamió Vallejo, ansioso.

- Primero dejamos nuestras cosas- Elke, inflexible.

- ¿A qué hotel vamos?- pregunté, con la billetera asustada.

- ¿Ya no les dije que nos alojamos en la casa de los De Lozada?- nos recordó Elke.

- Qué voy a entrar yo a la casa de tales condorazos- exclamó Vallejo, inquieto.

- Pues bajo sus alas dormiremos, llamé desde Lima y están encantados de recibirnos- le sonrió Elke.

En plena plaza de armas, amarilla y blanca- bandera vaticana de un solo piso- estaba la casona de la familia De Lozada, casa principalísima, monumento histórico y techo de linajes. Esperamos en el jeep mientras Elke tocaba el timbre. Luego de un buen rato que nos hizo pensar que la casona estaba vacía, asomó una muchacha en uniforme celeste con mandil blanco y abrió el pesado portón señorial por el que había entrado más de una vez el Príncipe de Gales (sin Lady Diana), tan amigo de los De Lozada, cuando el recuerdo del budín de coco servido tibiecito (pudding, insistía él) de las hijas de doña Carmen tornaba insoportablemente insípida la hora del te en Buckingham Palace y lo precipitaba a su avión privado. Por suerte, el príncipe tan amigo de los De Lozada estaba de momento contento con las galletas inglesas, de modo que teníamos el ala de huéspedes a nuestra disposición. Ala de condorazos, con saloncito de recibo cuajado de muebles dieciochescos de auténtico siglo XVIII sobre un piso de tablas oscuras que crujían levemente a nuestro paso como crujen los años nobles y muchos. Las paredes rojo mate estaban condecoradas con tejidos prehispánicos cuidadosamente enmarcados y tallas

coloniales ahumadas de incienso rancio. Dos ángeles arcabuceros de madera policromada clavados a media altura guardaban el recinto. Sería imaginación mía o no sería, pero sus ojos inertes se animaron por un segundo para clavarle a Vallejo una mirada indignada. Tras una puerta de doble hoja se pasaba al baño de azulejos y grifería inglesa de losa blanca y caños de bronce dorado Hot y Cold. Pura demagogia anglófila, cuando nos quisimos lavar la cara y las manos no salió más que un siseo que Vallejo sintió francamente cochinerero.

- ¡Qué buena concha!- gruñó.

- Es la primera concha que te oigo desde que te conozco- se sorprendió Elke.

- ¡Qué buena concha, pues!- repitió Vallejo, señalando los dos lavatorios que copiaban la concha de abanico que pintó Botticelli en El Nacimiento de Venus, lo que en términos concretos, sugería que mujer que se lavaba en ellos, fuera fea o fuera peor, salía de ese baño renacida como una Venus para los dueños de casa. Hay gentilezas retorcidas, yo no sé.

Una cama de gruesos barrotes de bronce reluciente de piñas y volutas nos esperaba en el dormitorio.

-Esta sí que es una cama de punta en blanco- acotó Vallejo, complacido por la delicada blancura de las sábanas, las almohadas y el cubrecama que se derramaba por ambas bandas.

- A mí me parece una cama hembra- opiné.

- ¿Por qué?- se sorprendió Elke.

- Porque me parece vestida de fustanes- señalé las blondas que orillaban las almohadas y la cubrecama.

Hembra o maricón, en esa cama sólo cabían dos, no me quedó otro remedio que tender mi saco de dormir sobre los arabescos de la alfombra persa del dormitorio, pisada por generaciones de De Lozadas con pie tan fino que no le habían gastado la espesura. El dormitorio contaba con una mezanine de lectura dotada de una biblioteca de altura. Curioseando entre los libros, me encontré con la Historia del Siglo XX, de Eric Hobsbawm, una de las visiones más lúcidas que conozco sobre el siglo que pasó. Vallejo tenía que leerla para situarse en profundidad. Desde aquí, pido perdón a los De Lozada por haberme robado el libro. De repente, todavía no se han dado cuenta de que ya no está entre sus compañeros, lo cual no me disculpa, pero hay razones de Estado que justifican delitos como el mío y para mí, la ilustración de César Vallejo era una de esas razones. Estoy seguro de que aprobarán mi decisión. Vallejo se devoró las quinientas y pico páginas de Hobsbawm con sed de náufrago, especialmente el capítulo XIII, que bucea con intenso afán de imparcialidad y sorprendente información en la Unión Soviética que corrió desde Lenin hasta la debacle de fines de los ochenta. Los contrastes entre su encorazonada percepción de los primeros planes quinquenales de Stalin que iniciaron la industrialización forzada de la URSS y la distanciada versión de un Hobsbawm implacable para analizarlos, lo sumieron en esa desalentada vaciedad que le sobrevinía cada vez que algo o alguien lo arrimaba al borde del abismo al que se habían precipitado sus viejas esperanzas de justicia, al punto que prefirió perderse Chan Chan, las pirámides y los dulces de las hijas de doña Carmen para quedarse leyendo en la mezanine. Así fue como lo encontraron los ángeles arcabuceros. La presencia de un ¡cholo comunista! en la casa solariega de los De Lozada había enervado sus alas y encendido las mechas

de sus arcabuces, entregados en mano propia por Dios Nuestro Señor para defender la auténtica fe de apóstatas, herejes, ateos y sospechosos de artes demoníacas, como ese poeta resucitado que había tenido la desvergüenza de meterse en una casa de la que lo hubieran sacado del cuello directamente a los calabozos del Santo Oficio en los tiempos en que se honraba la religión como la seguían honrando ellos desde que fueran tallados y pintados por un hábil artista inspirado por el Creador. Ángeles guardianes eran y como tales tenían que portarse. Esperaron que el cholo comunista resucitado por el Demonio (por quién más) estuviera solo y abstraído en la lectura de otro ateo y además, judío, para encararlo con las bocas trompetudas de sus armas. ¡A por el comunista, Dios lo quiere! Vallejo levantó la vista del libro de Hobsbawm y se le paró la respiración, dos ángeles coloniales de madera policromada flotaban a media altura apuntándolo con sus arcabuces. Se le cayó el libro de las manos y se apretó contra el respaldo del sillón, pero al primer temor siguió una risa enorme que se estrelló contra los ángeles con la fuerza de un insulto insoportable.

- ¡Qué buenas marionetas!

La altanería se les cayó hasta los zapatos, se miraron entre ellos sin saber cómo reaccionar. Vallejo se había levantado del sillón y buscaba los hilos con la mirada. Eso no se podía quedar así.

- Tú, indio bolchevique levantado del sepulcro por Satanás, insultas con tu presencia la fe de esta casa- exclamaron al unísono con los ojos llameantes, batiendo aparatosamente las alas blancas.

Vallejo comenzó a entender que no se las había con marionetas sino con otro golpe del milagro, pero la sangre se le había asentado como para

poder enfrentar a ese par de angelotes animados y sus arcabuces humeantes sin desarmarse del susto. Se veían tan palaciegos con sus sombreros emplumados y sus encajes de Flandes, sus trajes recamados de toda clase de florilegios, sus calzas blancas ajustadas a la pierna y sus caritas tan niñas y tan repintadas, que no daban para inspirar mucho respeto. Más era el efecto de sus presencias parlantes y volantes que el de su advertencia. A decir verdad, sus voces de violín barroco y su acento como de cura andaluz no se condecían con su estirpe celeste y tronante. Estaban los arcabuces, es cierto, pero a pesar de las mechas encendidas, un arma de fuego toda de madera amenaza más al apuntador que al apuntado. Vallejo se vio en la obligación de advertírseles.

- Será mejor que apaguen esas mechas o se les van a quemar los arcabuces como fósforos.

De hecho, una de las armas comenzó a humear más de la cuenta, la chispa había encontrado leña apolillada y seca, un festín para hacer fuego. El ángel la tiró al suelo sin maldecir, porque ángel era y los seres celestiales no endiablan la lengua, pero se notaba su rabia y su frustración.

- Pardiez, cómo no tenemos nuestras viejas espadas de fuego.

- A dios gracias- suspiró Vallejo.

-¡Menciona a Dios con mayúscula, indio!- le gritó uno de los ángeles.

-¡Híncate ante su Nombre- le ordenó el otro, presionándole el hombro con la boca del arcabuz. Vallejo se sacó el arma de un manotazo ¡Muñecotes insolentes!, y sin dignarse contestarles se dirigió a la escalera que descendía de la mezanine al dormitorio. Los ángeles aletearon detrás suyo, exasperados por el nulo efecto de sus palabras.

- Abandona esta casa consagrada por la santa fe católica, indio bolchevique y endemoniado o sufrirás la ira del Dios de los ejércitos.

- ¿De qué ejércitos? ¿De los de Franco?- les respondió Vallejo, mientras bajaba sin cuidado por la estrecha escalera.

- ¡El generalísimo salvó a España de bolcheviques como tú!- llamearon los ángeles a dúo.

- ¡Asesinó a mi hermano Julio Gálvez, que no le había hecho nada a nadie!- los encaró Vallejo, rojo de cólera.

Los ángeles pararon las alas en seco, era el primer ser humano de esas tierras que les alzaba la voz.

- ¡Somos ángeles del Señor tu Dios!- se desbordaron, hartos de no hacerse temer por Vallejo. El que aún conservaba su arcabuz lo alzó en medio de la escalera para usarlo como una maza pero falló el golpe, destrozando el arma contra la pared. Vallejo optó por terminar de bajar a saltos, atravesó el saloncito de recibo en una de cuyas paredes se dibujaban las sombras de los ángeles ausentes, salió al patiecito donde teníamos guardado el jeep y se dispuso a enfrentar a los alados guardianes del Señor con un pedazo de cañería oxidada, desecho de las restauraciones que se estaban efectuando en otro lado de la casa. Los ángeles se le fueron encima armados nada más que de su furor sagrado, confiando en que de las iglesias circundantes, que eran varias y cercanas, saldrían otros arcabuceros al auxilio y por qué no, cupidos de columnatas y pinturas con sus flechas de amor torcidas para dañar al enemigo. ¡Dios lo quiere! ¡Santiago, en tus manos vamos! ¡A por el bolchevique! Sus alaridos de guerra empaparon de sangre los oídos de Vallejo y lo llevaron de eco en eco hasta la España victimada. Resonaron los nombres

caídos, las esperanzas fusiladas, la cruz con doble sangrera bombardeando del brazo de la hez moral de Europa. No era la batalla española en la que hubiera querido entrometerse hasta las rodillas mientras agonizaba en la Arago, pero era una batalla, batallita más bien y la asumió como una grande, con la cólera que nunca había podido desaguar. Eran dos contra uno, stukas de madera policromada que aleteaban furiosos a su alrededor, que lo odiaban como a un ser maligno, un demonio al que había que expulsar, aniquilar, bombardear a golpes desde el aire. Un Stuka por el frente. ¡A por Guernica! El otro por la espalda. ¡Dios lo quiere! Arremetiendo como arietes. No diré que fue una batalla épica, batear ángeles arcabuceros de madera no es algo difícil para un par de manos firmes endurecidas por la cólera, de hecho, uno de los ángeles recibió un fierrazo que le rompió media cabeza y lo envió sin remedio al cuartel de los inválidos de guerra santa. Viendo que le podía pasar lo mismo y que no llegaba apoyo de ninguna iglesia o casona, el segundo ángel voló a su emplazamiento en el saloncito granate y san se acabó la batalla de los arcabuceros. Al día siguiente, ambos ángeles estaban donde habían estado siempre, pero con las heridas en el mostrador, desarmados y quebrados. Cuando los sirvientes lo notaron y encontraron el arcabuz tirado en la mezanine con su tizne negro en la cazoleta y los trozos del otro regados por la escalera, pensaron con lógica pro patronal que los culpables éramos nosotros y se quejaron a los señores. Como Elke y yo habíamos estado fuera, no quedó más que un sospechoso. Vallejo guardó el digno silencio del inocente ofendido por la sospecha, pero como le insistieron, respondió que él no se metía en peleas de ángeles.

- Ni de perros- agregué.

- Sí, ni de perros- ratificó Vallejo.

EL CANDIDATO DE LAS DELICIAS

Pese a los ruegos de los De Lozada, Vallejo prefirió mudarse a un hotelito de Huanchaco donde no hubiera fuerzas celestiales que lo hostigaran o le recordaran los acentos de España. Solo el mar recogíéndose y estirándose sobre la arena como los juegos de un perro faldero y los cebiches de pescado fresco desfilando a lo largo de los restaurantes que se sucedían en el malecón. Elke se fue con él, por supuesto, y yo también, qué remedio. Gracias, De Lozada y buenas tardes. El dueño del hotel era un viejo poeta indigenista con un aura oxidada que había brillado con luz de poco voltaje en los cuarenta. Nada más saber que César Vallejo se hospedaba en sus predios, salió con bombos y cohetes a buscarnos cuando nos dirigíamos a nuestras habitaciones. Vallejo lo saludó con gusto, pero le pidió que no propagara la noticia de su presencia. El poeta respetó el pedido y Vallejo pudo gozar de unos días de anonimato, en medio de un balneario atorado de carpas, fogatas y radios que se desgañitaban con la peor música del dial y sombrillas como frutas en la arena negruzca de la playa y ropa colgada a la deriva del viento y puñados de chiquillas y chiquillos que se remojaban la risa con cerveza en el malecón.

- Qué manera de cambiar, por Dios- pasó revista Vallejo. Recordó las noches que se le iban de sol que moría a sol que salía recitando poemas de Maeterlinck, Verhaaren, Samanin, Rimbaud, Fort, Mallarmé, Witman, acompañado de sus hermanísimos del Grupo Norte, con la arena todavía rural de la playa de Huanchaco pegada a los fundillos y los zapatos. Mencionó a todos los poetas, recitó un poema de cada uno de ellos, en castellano los

castellanos, en francés los franceses. A Witman y a Fort les negó su idioma, es que nunca aprendió inglés.

- Qué buena memoria, señor Vallejo- aplaudió el dueño del hotel, que lo escuchaba sin hacerse notar.

- Es que no tuvo tiempo de envejecer- le contestó Vallejo, humilde.

- Te olvidaste de Juan Larrea y de Gerardo Diego- observé.

- No los conocía en ese entonces.

- Verdad.

- A usted que tanto amó España, le deben gustar los toros- asumió el dueño del hotel.

- Nunca fui a una corrida- seco, Vallejo.

- Tal vez le interese saber que dentro de una hora comienza la pamplonada de Las Delicias.

- ¿Pamplonada, dice, en Las Delicias?- se sorprendió Vallejo.

- Pamplonada como en Pamplona, sueltan unos toros por las callecitas del balneario, la gente corre delante y todo termina en una plaza con una corrida de cartel. Usualmente se realiza en verano, pero este año la hemos adelantado para poder contratar a alguno de los toreros de la Feria de Octubre que llegan a Lima. Será una pamplonada de Primavera- entusiasmado el poeta del hotel.

- ¿Pero, en Las Delicias?

- Usted está pensando en la playa que conoció, ahora es el balneario de la aristocracia trujillana.

- ¿Aristocracia? ¡Ayayay!- me reí.

- ¿Y de dónde se les ha dado por apamplonarse?- siguió preguntando Vallejo.

- Será pues para que la madre patria los reconozca de nuevo, si hasta se disfrazan de bailaoras de envoltura de jabón Maja y de señoritos andaluces- le contesté.

- ¿Tú has ido?- me miró Vallejo.

- Hace un par de años.

- ¿Y te pusiste tu sombrero calañés?

- ¿Me crees cojudo? Yo estaba en Trujillo para dictar una charla y me pasé a la pamplonada para curiosear, las tapas de jamón estaban buenazas, comí como choncho en fiesta, pero los toros se me quedaron en el diente porque me regresé a Lima sin llegar a verlos.

- Por qué no vamos y termina de satisfacer su curiosidad, señor Vallejo, le aseguro que se va a divertir como nunca- insistió el del hotel, que se moría por lucir a Vallejo.

Dos picadores cetrinos y mal montados sobre un par de caballos que ayer masticaban hierba mala en alguna huerta de los alrededores del balneario, guardaban la cadena que marcaba la frontera entre Las Delicias y el resto de Trujillo, con las varas en alto y ordenes precisas de no dejar ingresar extraños. El dueño del hotel se identificó con su DNI y pronunció las palabras mágicas: El poeta César Vallejo viene conmigo. No creo que los picadores tuvieran claro de quién les hablaba. ¿César Vallejo? ¿César Vallejo? En algún recodo de lo que sobrevivía de su educación escolar retumbó el nombre de Vallejo y los convenció de apartar sus caballos y bajar la cadena. Las Delicias era una zarzuela taurina. Matadores de oro y plata con muletas de fantasía al brazo,

señoritos toreros atorándose a vinazos con las botas señalándoles las caras, manolas vestidas de sarampión, viruela o escarlatina que derrochaban peinetas y claveles en el pelo. Toros de tela negra, con el mayordomo enfundado en los cuartos delanteros y el chofer en los traseros, paseaban sus cuernos de cartón blanco punteando culos de lunares sin más consecuencias que las risitas de la elegida, porque para eso estaban, para meter sus cuernos de fiesta y divertir a los señores. Una manola jugosa como un racimo de uvas Italia nos atravesó con una mirada entre curiosa y desaprobatoria por nuestra ropa nada flamenca, taurina o por lo menos, aceitunera de Jaén, pero del Jaén de Andalucía, y olé, que no del vecino del indio Maynas, hombre.

- España, acerca hacia mí este cáliz- la piropéó Vallejo, luego de medirle las curvas.

- ¿¡QUÉ quiso decir con eso!?- lo encaró su pareja, un torero peliduro y panzón a punto de reventar en su traje oro y granate.

- ¿Sí, ah? ¿Qué quisiste decir con eso?- lo celoseó Elke, comiéndose la risa.

- Es el título de un libro de César Vallejo, mi amigo es un admirador de su poesía- intenté un pase de letras para que no embistiera el torero, que olía a cuatro pares de botas de vino.

- ¡Ah, ya!- gruñó el torero peliduro y jaló a la manola que quería demorarse a terminar de saborear lo que había intuido como un piropo.

- César Vallejo, amor, el de Los Angeles Negros...- alcancé a escucharle, antes de que sus lunares se perdieran en la zarzuela.

Un rumor de pezuñas y mugidos se abrió camino sobre el pesado chasquido de las olas que rompían a pocos metros de nosotros. Majas, toreros

y aceituneros de Jaén, pero del Jaén de Andalucía, y olé, que no del vecino del indio Maynas, hombre, corrieron a refugiarse tras las cercas de las casas o se apelotonaron en las ventanas. Venían los toros y delante de los toros, una pelotera de muchachos, ni toreros ni aceituneros de Jaén, corriendo y sudando cerveza por sus polos rojos, blancos o rayados. Eran los que más se divertían, la carne de cornadas, los que serían pisoteados por los animales si tropezaban, los que se la jugaban aunque todo les pareciera un juego. Saltamos una cerca de cemento y nos acomodamos al lado nada menos que de la manola jugosa como un racimo de uvas Italia. Vallejo hubiera querido desgranarla, pero ahí estaba Elke para ponerle la cara larga y el torero panzón como guardián del racimo. Pasaron los muchachos persiguiendo su fiesta con los toros respirándoles en los pantalones. Un chiquillo flaco de polo verde se enredó con sus propias piernas y cayó entre nuestra cerca y el camino de las pezuñas. Los toros no le pasaron por encima de milagro, pero uno de los últimos, quizás el décimo, le puso la furia encima, lo levantó de la ropa como una bandera ecologista y lo hubiera agujereado de muerte si sus compañeros más valientes no jalonean de la cola al animal y lo distraen de su presa. El chico se escabulló con algún hueso quebrado pero feliz por su cuarto de hora de víctima heroica de la pamplonada.

Vallejo estaba francamente incómodo entre los deliciosos (llámanse así a los que tienen casa y fueros en Las Delicias) que festejaban y comentaban a gritos el incidente, de modo que nos escapamos tras el polvo de los toros. ¿Y ahora? A la corrida, pues. Vallejo se opuso, él no asistiría a lo que calificó de camalada medieval. La España que llevaba en el corazón defendía la vida, no la tortura y la muerte de unos cuantos cuadrúpedos indefensos.

- Cuáles indefensos, oye, si tienen sus buenos cuernos- lo contradijo Elke.

- ¿Tú, taurina?- me sorprendí.

- Pero señor Vallejo, pasan de muchas decenas los toreros muertos o heridos por los toros, es un juego entre la muerte representada por la bestia y la inteligencia del hombre que la engaña- argumentó el dueño del hotel, que por nada del mundo se iba a perder la oportunidad de entrar con Vallejo a los tendidos ante la mirada del mejor Trujillo.

Elke quería ir de todas maneras, nunca había asistido a una corrida y allí estaría, sentadita donde hubiera que sentarse, gritando lo que hubiera que gritar y como el del hotel insistía e insistía y yo, bueno, ganas tenía, para la placita nos fuimos. Todos los lunares, los trajes de luces, los sombreros y las botas de vino de Las Delicias estaban allí, aromados por el humo de los cigarros puros comprados para la ocasión. Nos ubicamos en lo más alto y por lo mismo, lo menos distinguido. Toreaban Flavio Carrillo, capeador de a caballo y los españoles Vicente Bejarano y David Gil. Los seis toros seis eran los toros de la pamplonada, marcados con la divisa de Roberto Puga, por supuesto. Buena casta y promesa de buen juego. La banda tocó a paseillo por pasodobles, salieron los toreros, de oro y granate uno, de oro y verde el otro, de poncho blanco y sombrero el capeador, por no ser rejoneador de muerte sino artista de capa y muleta con cargo a devolución del animal con pasaporte para anticuchos. Completaba la terna de matadores el casi adolescente José Miró, recién estrenado en la Feria del Señor de los Milagros del año anterior. Abrió la corrida el capeador Carrillo, jinete de poncho blanco en un hermoso caballo blanco. El toro atropelló la arena como un camión, de carga mediana,

es cierto. En placitas como esta, las balanzas eran indulgentes con los kilos. Carrillo se alejó del toro, saludó a la presidencia quitándose el sombrero y mirando luego hacia el tendido donde estábamos nosotros, tronó:

- Va por usted, señor poeta César Vallejo Mendoza.

La plaza nos clavó una sola mirada de asombro y estalló enseguida en un aplauso unánime.

- La burguesía te aclama, César- le dije al oído.

Vallejo tuvo que ponerse de pie y agradecer con una inclinación de cabeza. No levantó el puño en alto como en aquella fotografía del congreso antifascista español porque hubiera insultado a sus admiradores (aunque tal vez no lo hubieran entendido) y Vallejo era ante todo un hombre cortés.

- ¡Vallejo presidente de La Libertad!- gritó una mujer. No se burlaba. Tan no se burlaba, que en pocos segundos, la plaza se había contagiado de su grito y era un mismo coro: ¡Vallejo presidente! ¡Vallejo presidente! Vallejo no supo qué hacer, se quedó parado con la cabeza gacha y se sentó a escuchar en silencio el clamor unánime hasta que se fue haciendo un hilo y el capeador se decidió a iniciar su faena.

SANTIAGO QUERIDO

Leo Dan se habrá pasado a las filas de las fast food del cristianismo, pero su Santiago querido, Santiago adorado..., sigue siendo la llave que le abre a muchos santiaguinos el recuerdo de los innumerables santiagos que el mundo hispánico son y seguirán siendo, y así como a los santiaguinos de Santiago del Estero o de Santiago de Pupuja les brota la nostalgia cuando escuchan la balada sesentera de Leo, el evangelista, a los santiaguinos de Santiago de Chuco se les moja el rabito del ojo y se les ancha la nariz para soltar un suspiro. César Vallejo no tenía por qué ser una excepción. Ni Trujillo ni Lima ni París ni Europa con su Italia y su Rusia, le habían apolillado *el portón de la casa/ que el tiempo con sus garras torna ojosa*. Bastó que pasáramos por un restaurante trujillano que tocaba a forro la balada pastoril de Leo el santiaguino, para que Santiago de Chuco se le viniera encima como un meteoro caído del espacio.

- ¡Ya voy!- gritó.

- ¿Ya vas a dónde?- le preguntó Elke, sorprendida.

- A Santiago de Chuco, pues- la miró Vallejo.

Volvería resucitado al lugar donde había nacido para que le naciera de nuevo. Su Santiago querido, Santiago adorado tenía que haberse tragado hace mucho lo que recordaba de sus calles, de su propia casa. Tal vez, la misma tumba de su madre ya no era tumba sino ceniza de piedra y los versos de "Trilce" que la nombraban muerta inmortal, versos sin huesos a los cuales referirse. Estaban además, las tumbas de sus hermanos, primos hermanos y

hasta sobrinos. Cuánta tumba, por Dios, cuántas parcelas del cementerio llevarían su apellido, a cuánto Santiago de Chuco tendría que depositarle flores, a cuántas casas, calles, tiendas, pastos, aguas que ya no eran más. Santiago de Chuco ha muerto, viva Santiago de Chuco.

- Vengan conmigo, yo les invito el tren y las mulas- nos propuso Vallejo con los ojos brillantes de acequias que chispeaban en medio de callecitas desniveladas y portones con las faldas corroídas. Estaban también allí, en sus ojos memoriosos, los techos sostenidos por tijerales de gualango, las alfombras de trigo, alfalfa, maíz y cebada, las flores de papa, los bosquecitos de eucaliptos, alisos, sauces, álamos y cactus, los burros, en fin, los burros, cabras y ovejas, todo eso y más. Tomamos un taxi hasta donde nos dijo que se compraban los pasajes para el tren que nos llevaría hasta la hacienda Mencocho. De allí para adelante, dos días a pura bestia. Fuimos con él porque no sabíamos cómo se llegaba a Santiago de Chuco, pero ¡oh, sorpresa!, no había tren, no había estación, no había Mencocho. No, señor, no conozco de ninguna hacienda Mencocho en Trujillo, por ahí todo es Laredo. Ah, quiere ir a Santiago de Chuco, explíquese bien, pues, señor, no vaya por ahí a preguntar por Santiago de Mencocho porque quién sabe a dónde lo van a mandar. Tiene que tomar el carro que va a Santiago de Chuco. Sí, señor, hay carretera, ¿no sabía?, bien mala, le digo, son como doce horas de viaje. No sé dónde quedan las oficinas de la empresa, pero pregunte, pregunte, alguien sabrá.

Partimos al día siguiente, con Vallejo escondido detrás de Antonio Céspedes Gambarini- así constaba en el pasaje- para que Santiago lo dejara embeberse en Santiago en paz. Ochenta y cinco años tenía la ciudad de sus

recuerdos, un año más que la edad de su padre al morir en ella. Qué vieja su niñez, qué vieja su adolescencia, qué viejo 1920, el año de la última visita. El ómnibus parecía un choclo maduro, relleno y apretado de gente hasta hinchar la carrocería. Era el carruaje de la Cenicienta. No había sido calabaza, pero sí camión de carga pesada transformado por los hados padrinos de los talleres informales en vehículo de transporte interprovincial de pasajeros. Era, en suma, uno de esos buses camión amados por los barrancos que la prensa denunciaba con frecuencia por sus estructuras endebles. Pintaba bien, con los vidrios de las ventanas completas y aspiraciones de modernidad que la estrella con aro de la Mercedes Benz pegada en la puerta trasera pretendía disfrazar de marca registrada. Las doce horas de viaje se nos hicieron insufribles, el ómnibus parecía a punto de desarmarse por una de las peores carreteras que he recorrido en mi vida y eso, que no pasaba de los 168 kilómetros. El polvo nos tragaba los ojos y los calaminados, duras olitas de tierra piedra, nos sacudían los riñones. Elke se había tragado un somnífero de profundidad, los viajes por carreteras como esta la masacraban. A Vallejo le hubiera gustado demorarse los dos días que le tomaba alcanzar Santiago a paso de mula para que él y Elke bebieran juntos el camino al paso que merecía el reencuentro con los paisajes que amaba por encima de todos los mapas. Cuando Santiago de Chuco apareció como una manta de su cama de niño tendida sobre las faldas de la Montaña de la Luna, rodeada de bosquecitos de eucaliptos raleados por la tala, le salió del alma un vagido de recién nacido que despertó a Elke de golpe y le hinchó los pechos de leche por un segundo. ¿Llegamos? Aún así, demoró en abrir los ojos, la pastilla se tomaba su tiempo en despejarle la cabeza. El ómnibus dobló por una calle llamada Los Heraldos Negros. No era

la única calle vallejana, había una calle Masa, una calle Piedra Negra sobre una Piedra Blanca, una calle Espergesia, una calle Enereida, una calle España, aparta de mí este cáliz y otra calle vallejana y otra calle vallajiana y otra calle vallejana.

- Santiago de Chuco es un libro tuyo- le sopló Elke a Vallejo en el oído.

- Así veo, qué poema le habrán elegido a mi calle- susurró Vallejo, con la cara pegada al vidrio.

- No me extrañaría que haya legiones de césares por aquí- acotó Elke.

- Y mujeres que se llaman Trilce. ¿Suenan bien, no? Trilce Fernández, Trilce Nogol, a lo mejor me enamoro de alguna Trilce de por acá para sintonizar- agregó Vallejo y miró a Elke con intención. Como toda respuesta, Elke abrió su ventanilla y gritó con todas sus fuerzas: ¡Chicos, aquí llega una solterita!

- Gringa loca- torció la boca un santiaguino en la calle anochecida.

Vallejo atrajo a Elke hacia sí y la enterró en un abrazo que duró hasta que el ómnibus se detuvo en la oficina de la agencia en plena plaza central. Santiago de Chuco comenzaba a dormir, salvo el alumbrado público que se despertaba iluminando de amarillento las calles asfaltadas. Los aleros del municipio derramaban su luz sobre el edificio bajo la mirada dulce de la luna llena, luna del patrón Santiago que salía para regodearse con la llegada de su mejor poeta. Lo había seguido por otros tiempos y países, y ahora lo tenía bajo su sombra primigenia. No había mucho hotel que escoger, el mejor estaba donde nos habían indicado, a espaldas de la plaza, sobre las oficinas de la Policía Nacional. Vallejo se registró como Céspedes Gambarini.

- Mañana tempranito iremos a visitar mi casa- dispuso, con la mirada puesta en el horno de leña de sus mañanas familiares en el número 69 de la calle Colón. ¿Saben? Alguna vez pensé que yo había nacido en ese horno, como un pan amasado por mi madre y que ella misma me había sacado calentito con una pala de madera para guardarme en su regazo hasta que me enfriara y me pudiera acariciar. Me estuve asomando varios días a la puerta del horno con cuidado de no quemarme para ver si adentro había otro hermanito.

Al día siguiente, Vallejo nos despertó a todos, sacó a Elke de la cama y me aporreó la puerta hasta tirarme el sueño al suelo. Eran las cinco y media de la mañana. Me lavé la cara que no acababa de dibujarse por el sueño, los sobacos y las partes con un jabón indisoluble que luchó denodadamente para conservarse intacto contra el agua helada de una jarra de losa colocada sobre una palangana. Qué agua tan asesina, muy clarita, muy pura, muy revitalizadora, pero me congeló la piel. Vallejo estaba frente a mi puerta envuelto con Elke en una hermosa frazada naranja de lana en punto cruz de rombos verde suave y palmeras intensamente azules. ¿Has visto qué maravilla de tejido? Estas eran mis frazaditas santiaguinas, están un poco cambiaditas, pero la calidad no se pierde, me tengo que llevar media docena a Lima para mí y para mi Elke, que es tan friolenta. Dejó doblada la frazada en su cama, me pasó el brazo por un hombro, con el otro rodeó la cintura de Elke y no nos soltó hasta ponernos en la calle, ni desayunar nos dejó, quería ver cuanto antes esa casa que era su casa madre, la que había amamantado sus sueños y sus juegos infantiles.

Sí que pesa la primera casa en nuestros hombros cuando uno ha sostenido otras encima, pesa de verdad, pesa como una casa. Puede que ya

no exista, que la hayan demolido y construido cualquier otra cosa en su lugar o que permanezca en su decadencia, tugurizada o guarida de fumones o ruina inhabitable o remodelada para que niegue su identidad y no nos reconozca, pero la primera casa es siempre la primera, cimiento de todas las demás. La de Vallejo seguía viva y se había multiplicado o mejor dicho, le había salido una impostora. Para comenzar, la calle Colón se llamaba ahora, como ya lo imaginarán, César Vallejo. La casa de Vallejo en cambio, ya no era oficialmente la casa de Vallejo. Por decisión de algún acomplejado alcalde en consonancia con su acomplejado coro de concejales, se había decidido que el poeta predilecto de Santiago de Chuco y del Perú tenía que haber nacido en una casa de mejor planta que la que le había correspondido en vida, una más a su altura de celebridad universal. Se buscaron la que había pertenecido a un tío más adinerado y le clavaron un gran letrero que la proclamaba Casa del Poeta César Abraham Vallejo Mendoza. Punto y listo, que vengan los turistas. A dos cuadras de esa mentira, la envejecida casa natal de Vallejo se desmenuzaba despacio, dándole su tiempo al tiempo. Santiago de Chuco traicionaba a Vallejo para honrarlo

- ¡Carajo! ¡Me han quitado mi casa!

Vallejo se mordía los dientes de rabia, no era posible que los santiaguinos se hubieran equivocado, de modo que se dio cuenta de inmediato de que su casa madre había sido considerada indigna de representarlo y con ella, el apacible corazón de su padre que dormía dulcemente a su sombra. Cómo podían abjurar de la casa que había acogido la huerta por la que paseaba su madre tan suave, tan ala, tan salida, tan amor, midiendo la redondez de las frutas, cortando hierba luisa con un cuchillo, catando la

verdura de alguna planta medicinal mecida por los cantos que cantaban Aguedita y Nativa al compás del paso eléctrico de las gallinas. Allí estaba el horno que tantas veces había ayudado a reavivar, horno madre como su madre que paría el mejor pan que hubiera comido, pan de niño, que se robaba calentito, que escondía debajo de su almohada y de todas las almohadas de su vida, mejor que el de París, carajo, donde se hace tan buen pan. Parado frente a la casa oficial de Vallejo, contemplaba el letrero sin podérselo tragar. Allí no había nacido, por su patio empedrado no había jugado con su hermano Miguel ni había caminado su madre para otra cosa que no fuera para visitar al cuñado. La puerta estaba cerrada, era demasiado temprano para entrar y mejor que lo fuera, no sé qué escándalo hubiera armado Vallejo adentro. Seguimos adelante hasta la casa de verdad, también estaba cerrada. Aún así, Vallejo tocó la puerta, si eran santiaguinos netos los que la habitaban, ya estarían despiertos y levantados. Se oyeron pasos de chancletas y unos ojitos negros medio cerrados de sueño entreabrieron la puerta, pero antes de que preguntaran nada, una perra grande y negra de orejas caídas se abrió paso por entre las piernas de los ojitos, forzó la puerta con el hocico, olisqueó a Vallejo con dedicación, ignorando las dos presencias que lo acompañábamos y le dio una bienvenida de perra fiel al amo pródigo que vuelve de la guerra. Los ojitos abrieron la puerta de un porrazo, descubriendo a una niña asombrada que trataba de controlar a una perra que no tenía cuándo parar de saltar y hacerle fiestas a Vallejo.

- Mamá, Chuncha se ha enamorado de unos gringos.

Mamá apareció corriendo con una cacerola de leche humeante, nos miró, miró sorprendida las alegrías desenfrenadas del animal, miró preocupada

la olla que sostenía con la mano, sonrió avergonzada, le entregó la olla a la niña y nos preguntó qué queríamos.

- Buenos días, señora, disculpe que la molestemos a estas horas, sabemos que esta fue la casa de César Vallejo y quisiéramos que nos permita visitarla- saludé.

- Se han equivocado ustedes, la casa de Vallejo está más allacito, a dos cuadras de aquí nomás.

La perra seguía saltando, ladrando, festejando, orinándose de alegría alrededor de Vallejo.

- ¡Shus, shus, Chuncha, no molestes al señor!

- No me molesta en absoluto, es una perra cariñosa.

- Al contrario, señor, Chuncha es mordelona, a todos les gruñe los dientes, solo a mí, a mi marido y a mi niñita nos quiere, es la primera vez que le gusta alguien que no es de la casa.

- Será porque yo soy de la casa.

- ¿Cómo, señor?- desconfió la señora.

- Yo nací en esta casa, señora, en el cuartito que tiene puerta a la calle.

- ¿Usted, señor? ¿Usted ha vivido aquí?

- Yo soy César Vallejo, si usted ha leído los diarios, sabrá que he resucitado.

A la señora se le cayó el mundo de las manos, entró corriendo a la casa:

- ¡Zenón Zenón! ¡César Vallejo ha venido a visitarnos! ¡César Vallejo, Zenón!

Dio media vuelta y volvió a la puerta.

- Pasen, por favor, pase, señor Vallejo, pase.

Zenón no aparecía.

- ¿De veras es usted César Vallejo?- preguntó la señora y se acercó a Vallejo como para tocarlo con reverencias de beata.

- ¿Quién dice que es César Vallejo?- tronó un vozarrón en los altos.

Zenón descreía, Zenón bajaba del segundo piso arrastrando sayonaras, Zenón dispuesto a sacar de las orejas al payaso que le interrumpía la afeitada, Zenón finalmente en el rellano de la escalera, en buzo y bividí, sin afeitar, bien a la panza y de mal humor.

- Zenón, Zenón, el señor César Vallejo ha venido a visitarnos.

Zenón se quedó mirando a Vallejo.

- Si es igualito a las fotos- masculó, despacísimo, demorado por el asombro. Lo que vino enseguida fue una invitación a desayunar con ellos que Vallejo rechazó, solo quería visitar la casa, juntarla con sus recuerdos para que fueran una y misma casa, la suya amada, su cuna de cuatro paredes mecida por las manos inmortales de su madre. La recorrimos íntegra, lucía deteriorada, gritaba a gritos el descuido de sus dueños, como el de las autoridades que habían preferido la del tío. El cuarto donde había nacido lo encontró igual, su ruinosa vejez no le había podido arrancar la cara, pero se la había humillado amontonándole rumas de cajas de leche evaporada, de aceite de cocina, sacos de harina, de azúcar y toda clase de abarrotes. Elke abrazó a Vallejo por la espalda, pensando que la contemplación de su cuarto natal convertido en depósito de mercancías le estaba arruinando el alma, pero Vallejo había borrado de su mirada lo que no fueran el techo, las paredes y la puerta, y les había devuelto los muebles y las queridas cositas de su infancia.

- Elke, acabo de resucitar.

Pasamos a la huerta, lucía devorada por la hierba mala, los frutales crecían a su aire descuidado, había naranjas enanas secándose al pie de un naranjal ahorcado por la sed. Si las hermanas volvieran a cantar, tal vez lo saciarían, pero todo lo melodioso de la huerta se había muerto. Vallejo no quiso ver más, le rogó a los ocupantes de la casa que no difundieran su presencia hasta el día siguiente. Denme un día de anonimato, por favor. Por su expresión reverente, nos dejaron la impresión de que le darían gusto. Nos fuimos.

- Mi hermana Victoria tenía una perra como la de esa casa, era su adoración, se llamaba Muñeca- me confió Vallejo, mientras buscábamos donde desayunar.

- A lo mejor es su descendiente.

- No lo creo, Santiago estaba llena de perros negros iguales a ella. Era el color preferido para los guardianes.

- Yo insisto en que tenía sangre de la perra de tu hermana.

- Y yo insisto en dudarle.

- No me dejas otra alternativa que pensar que la casa no te olvidó nunca y que ha estado impregnando con tu recuerdo a los perros que han vivido en ella.

- Esa interpretación me gusta más, ¿sabes?- concluyó Vallejo con una sonrisa.

Encontramos un sitio que vendía jamón cocido con pan serrano, jamón de verdad con pan de miga fuerte, no esos jamones industriales que saben a cartón de chancho metidos en panes obesos de levadura que flotan en la mesa si no los agarras. Qué banquete que nos dimos. Bien nutridos con leche sin agua y jamón santiaguino acompañado de habas cocidas y choclo fresco con

quesillo, seguimos a Vallejo al cementerio para visitar las tumbas de sus padres y hermanos. Allí estaban, abandonadas en su modestia provinciana pero en pie, con sus huesitos queridos. Vallejo las paseó una por una, deteniéndose ante cada ausencia. El hijo y hermano vuelto de una tumba ante las tumbas de su familia. Cómo pudiera ser al revés, quiso Vallejo ante cada una de ellas, cómo pudiera ser al revés, el padre, la madre, los hermanos vueltos de sus tumbas ante la tumba de Vallejo. Fueron las mejores flores que pudo ofrecerles.

- Cuando me muera, quiero que me entierren con ellos y no permitas que me separen y me metan en un mausoleo aparte o cosa parecida- le pidió a Elke con los ojos brillantes de lágrimas que luchaban por salir.

- ¿Y si no te mueres?- preguntó Elke.

- ¿Y si no me muero, y si no me muero...?

Ni el calor de las aguas volcánicas ni las sales poderosas de los baños de Cachicadán lograron aquietarle la pregunta. Relajado, pero sin respuestas, nos propuso un paseo por la campiña para recuperar los aires de su tiempo de Santiago. Subimos hacia los bosques relictos bajo el cielo azul intenso y el sol seco que nos quebraba los labios. De lo que fuera una floresta andina quedaba apenas un puñado de eucaliptos olorosos seguidos en ascensión por álamos, quishuar y algunas pequeñas plantas incrustadas en la quebrada.

- Cómo los han talado a mis bosquecitos, esto era una espesura que daba gusto- se lamentó Vallejo, bañado por la sombra de los eucaliptos. Su perfume nos abrazaba y más abrazaba a Vallejo que quería enraizarse entre ellos. Yo lo entendí, la sombra de una copa frondosa sostenida por un tronco rugoso y ancho ha sido siempre mi residencia favorita. Almorzamos allí mismo

el jamón, el queso, los panes, los choclos y la fruta que habíamos comprado para la caminata y no nos quisimos mover hasta que se hicieron las cuatro de la tarde, entonces bajamos a la ciudad esperando que la noticia de Vallejo no hubiera sido difundida y no nos estuvieran esperando con banda de músicos y autoridades con la llave de la ciudad. Vallejo no quería quedarse más tiempo en un Santiago que le había falsificado la casa ni soportar los empalagosos homenajes a que lo someterían el alcalde y los notables. Compró la media docena de frazadas que se había prometido, se encasquetó un sombrero santiaguino de paja tejida y canceló los pasajes de vuelta para la mañana siguiente. Nada más que hacer en Santiago de Chuco.

UNAS CÉLULAS, SEÑOR VALLEJO

¿Tú crees posible que un comunista demodé pueda hacer algo por esta inmensa pobreza? Me lo preguntó mientras el jeep de Elke atravesaba la pampa de Huacho en dirección a Lima. No volvió a tocar el tema, ni se lo quise remover. Sabía que lo venía masticando desde que saliéramos de Santiago de Chuco y que como el buen masato, tenía que ensalivarlo y dejarlo fermentar hasta que tomase el punto. Vallejo llegó a su casita de Chaclacayo atorado de recuerdos, de los viejos renovados y de los nuevos asentados. Elke metió su jeep en el garaje para pasar la noche con Vallejo, como lo venía haciendo desde que se emparejaron, pero no lo sacó a la mañana siguiente. Me quedo a vivir aquí. Había medido y pesado sus sentimientos en balanza de juicio final y actuado en consecuencia. Me quedo a vivir aquí. No preguntó, nada de estar desgranando el choclo, quieres o no quieres. Hechos, no palabras, como decía Odría, el general de la alegría. Instaló su jeep en el garaje de Vallejo, mensaje silencioso y claro. Aquí guardo de mis cosas la más importante, el rosario de mi madre y todo lo demás, lo traigo cualquier tarde. El único problema era la cama de una plaza de Vallejo, pero cuaaando se quieeere de veeeer, una plaza es una plaza de armas.

- ¿Qué quieres de almuerzo?- preguntó Elke, después del desayuno.
- Vamos mejor a la Pizza d'Amore.
- ¿No crees que te pueda cocinar algo rico?
- No quiero que trabajes.
- Déjame estrenar nuestra cocina, pues. Ya iremos a todas las pizzerías que quieras.

- A ver, ¿qué me vas a hacer?

- Un saltado.

- ¿Y de postre, kuchen de manzana?

- No tengo idea de cómo se hace un kuchen de cualquier cosa.

- ¿Cómo, fräulein Elke Engel?

- Yo nací aquí, oye.

- ¿Pero acaso tu madre no hacía postres?

- Mi mamá jamás puso pie en la cocina, para eso tenía a la Consuelo, que además, era piurana.

- Claro, una señorita de familia no debe oler a ollas y sartenes.

- Ya no jodas, oye, ¿quieres que te cocine o no?

- Quiero me hagas el amor en el horno.

- ¿Y qué más, ah?

- Que me frías en aceite de tu aceituna.

- ¿Qué otra cosa, señor?

- Que abras la puerta porque están tocando el timbre.

- Yo tengo que ir al mercado a comprar las cosas para el almuerzo.

- Bueno, yo abro.

Era un individuo joven, prematuramente calvo, de ojos pardos helados detrás de unos anteojos sin montura. Se presentó con cierta timidez como el doctor Jaime Piskulik, director del departamento de Biotecnología y Microbiología de la Universidad de Medicina de San Fernando y, acto seguido, desenrolló sin que se lo pidieran, su currículum de master en tal y cual especialidad de esta y aquella universidad e instituto extranjeros, como buscando arrojarse contra cualquier duda sobre su seriedad profesional.

Luego, se disculpó por aparecer sin haber arreglado una cita por teléfono, pero si bien la importancia de su misión lo hubiera justificado, la confidencialidad que debía imponerle a la misma lo hacía indispensable.

- ¿Podríamos conversar un momento, señor Vallejo? Prometo no quitarle mucho tiempo.

Vallejo lo hizo pasar a la salita de su casa. Las suculentas tomaban el sol de las diez de la mañana en sus macetas bien regadas por Elke, al pie de los ventanales que daban al jardín presidido por el tenue perfume de los pinos y eucaliptos, y la imponente de dos grandes paltos con muletas de bambú teñidos de minúsculas flores color crema. Sí, dije muletas y no es una cana surrealista al aire, algunas de sus ramas laterales habían crecido tan desproporcionadamente, que se hubieran rajado de no ser por los apoyos clavados en la tierra.

- No será usted un político.

- Ya le expliqué...

- Sí, disculpe.

- Mi visita tiene un carácter extraoficial.

- Es decir, que viene de parte de alguien.

-De un grupo de personas cuyos nombres, lamentablemente, no puedo darle, pero que es gente del más alto nivel profesional.

- Con tantos títulos como usted, seguramente.

Piskulik se sintió obligado a sonrojarse. Sacó de su maletín varios folletos en papel couché y los puso a su costado en el sillón color vino adornado con cojines azules.

- ¿Sabe lo que es la clonación, señor Vallejo?

- No, en lo absoluto.

-Le explico. Es un complejo procedimiento microbiológico mediante el cual se obtiene una copia genéticamente exacta de un ser vivo. En la actualidad, se ha clonado a varios animales con éxito y notables expectativas de vida.

- Entonces, usted ha inventado un procedimiento científico para la reproducción artificial.

- Yo he hablado de copiar, no de reproducir. No confunda clonación con inseminación artificial, fecundación in vitro o cualquier otro método de reproducción asistida. Además, yo no he inventado nada, solo soy un operador de tecnologías desarrolladas en instituciones extranjeras.

- ¿Podría usted tener la bondad de explicarme lo que acaba de decir en un lenguaje más sencillo?

- En la inseminación artificial, por ejemplo, se introduce el semen de un macho mediante una jeringa directamente en el útero de una hembra fértil a través de la vagina. Este procedimiento es aplicable en animales como en seres humanos.

- ¿Y a la jeringa le gusta?

- ¿Perdón?- se desconcertó Piskulik, con los ojos fríos como las lentes de sus anteojos.

- No dije nada, siga por favor.

- En el caso de la clonación, se extrae el núcleo de cualquier célula no sexual de un individuo X con todo su material genético y se lo traslada al óvulo de una hembra Z, al cual se le ha quitado su propio núcleo dejándolo como un óvulo en blanco. Se coloca ese óvulo con su nuevo núcleo de X en un espacio

artificial hasta que se convierta en un embrión y luego se lo implanta en el útero de otra hembra Y, que de esa manera, dará a luz a una copia del individuo X.

Vallejo preguntó qué significaban “material genético” y “espacio artificial”. Absuelta su ignorancia, dibujó en una hoja el itinerario biológico que le había descrito Piskulik, repitiendo “nucleo X”, “óvulo Z”, “útero Y”, “igual individuo X”, y al terminar de comprender, el asombro lo arrebató de la sala hasta un mundo de cables telefónicos en los que se posaban apretadas hileras de gorriones con cabezas humanas idénticas. Piskulik golpeó toc toc toc sobre la mesita de centro con el dorso de la mano para recuperar la atención de Vallejo.

- Me distraje pensando en pajaritos.

- Poeta al fin- quiso ser irónico Piskulik, pero la gracia se le quebró como una vara de hielo.

- ¿Y cuántas copias se pueden sacar con la clonación?- preguntó Vallejo, preso todavía de su asombro.

- Con los procedimientos adecuados, las que se quiera. Hasta el momento, solo se han clonado ovejas, gatos, conejos, chanchos y cabras. Los experimentos de clonación humana están prohibidos por la legislación de muchos países, incluida la del Perú, pero tenemos pioneros audaces que estamos dispuestos a pasar por encima de escrúpulos retrógrados- respondió Piskulik, revolviéndose el “habemos” en la boca con fruición exhibicionista. Su mirada pareció derretirse por un segundo de cólera, tamborileó sobre la mesita con el dorso de los dedos, toques suaves, rápidos, impacientes, que expresaban la violencia de que era capaz cuando se le subía el indio científico contra lo que condenaba como la cucufatería de los adversarios de la clonación humana.

- El mundo nos aclamará cuando entienda que la clonación es la respuesta del Hombre a la injusticia de la muerte, cada persona podrá existir por siglos a través de sus clones y de los clones de sus clones- quiso exclamar, pero le faltó sangre en las palabras.

- ¿Y qué sucedería si la gente, en su afán de perpetuarse, se decidiera a tener cloncitos en lugar de hijos?

- No lo había pensado, es una posibilidad, claro, una posibilidad nada más, una posibilidad...

- La ciencia puede ser superrealista.

- No, señor Vallejo, qué superrealista ni qué superrealista. ¡Le estoy hablando del sueño de la inmortalidad que nos quitó el materialismo sin Dios que usted profesa!- se excitó Piskulik (ahora sí), casi levantándose del sillón.

- Qué sabe usted de mis relaciones con Dios.

- ¿Usted es marxista, no?

- A mucha honra, aunque reconozco que Dios nunca se fue de mis versos y no sé bien de dónde más.

- Contradicciones habemosss- dijo Piskulik, acentuando las eses.

- ¿Y ha venido a verme solo para informarme de la clonación?- preguntó Vallejo, fastidiado por la observación.

- La razón de mi visita tiene que ver con un plan trazado por un equipo multidisciplinario que pretende perpetuar las mejores personalidades peruanas para que saquen al país de la senda de atraso en que se halla estancado. Como usted supondrá, es un plan muy confidencial y complejo, que no debe trascender para que no atraiga la atención de los enemigos de la ciencia. Hay mucho dinero en juego y personas muy influyentes comprometidas en esto.

- ¿Y qué tengo yo que ver con ese plan?

- Se lo diré en pocas palabras: tenemos la intención de clonarlo, si usted no se opone.

- ¿A mí?- exclamó Vallejo, estupefacto.

- Imagínese nada más a varios vallejos inundando la literatura mundial con la mejor poesía en lengua castellana- continuó Piskulik, a punto de tener un orgasmo científico.

Vallejo permaneció en silencio, mirando al doctor como a un alucinado colocando su bandera en la cima de su delirio.

- Cree que estoy loco, ¿no es cierto? Es natural, en sus tiempos, la clonación hubiera sido considerada una fantasía digna de las novelas de Julio Verne.

- Trato de que mis tiempos sean estos- le aclaró Vallejo.

- Le voy a demostrar que la ciencia está hoy en capacidad de clonar a un gran poeta como usted. Tenga, lea estos folletos, son las opiniones de reputados biólogos e investigadores europeos. Unas cuantas células, sólo necesitamos unas células tuyas. Piense, piense, podríamos clonar inclusive su capacidad para resucitar.

Piskulik le entregó nerviosamente a Vallejo los folletos que había mantenido a su lado, la piel de la cara le vibraba de ansiedad.

- Sólo unas células tuyas, señor Vallejo.

Elke entró a la casa con gran tintineo de llaves y olores de frutas y verduras frescas.

- César, ayúdame con las bolsas, porfa.

Vallejo fue a sacar del jeep las bolsas del mercado y las puso en la cocina. Había papas huayro y amarillas que olían a tierra, cebollas rojas, arroz, una botella de aceite, queso fresco, huevos blancos, un pedazo de lomo que se veía confiable y esa fruta imperfecta de Santa Eulalia que no sería admitida en los concursos de belleza frutícola de los supermercados pero que guardaba tesoros de sabor.

- Elke, te presento al doctor Piskulik, ha venido a clonarme.

- ¿Ah, sí? Que me clone a mí también para que seamos cuatro.

- Mujeres, niñas perpetuas- murmuró Piskulik despectivamente y fingió enseguida una tos de tísico para disimular sus palabras. La salida de Elke no le había hecho ninguna gracia, estaba relleno de la trascendencia de su misión, cualquier bromita al respecto le sonaba a falta de respeto, a imperdonable banalidad.

- ¿Es verdad lo de la clonación?- se interesó Elke.

- Sí, señora, perdón, señorita- se corrigió Piskulik, al notar que Elke no llevaba anillo.

- ¿Te imaginas César, un cloncito igualito a ti cuando naciste, con sus pañales cochinos de caquita?

- ¿Me crees tan narcisista como para andar criando vallejos? Yo preferiría hijos tuyos, Elke.

- Podríamos tener hijos y cloncitos juntos- fantaseó Elke a la ligera, pero enternecida hasta los huesos por las palabras de Vallejo.

- Unas células tuyas, señor Vallejo- insistió Piskulik, serísimo.

- Usted me disculpará, doctor, pero tenemos cosas que hacer en la casa- lo despidió Vallejo.

- Sí, por supuesto, ya me retiro. Por favor, no deje de leer los folletos y piense, piense en lo que le he propuesto. El futuro del Perú lo contempla, señor Vallejo.

Piskulik se despidió con discreta solemnidad y subió a un auto azul con lunas polarizadas que lo había estado esperando en la calle.

- ¡Unas cuántas células, señor Vallejo!- exclamó, antes de desaparecer dentro del metálico oscuro del vehículo.

- ¿No le dijeron algo parecido a Napoleón?- le preguntó Elke a Vallejo, mientras cerraba la puerta.

- ¿Lo de las células?

- No, eso del futuro que te contempla.

¿QUIÉN NO VOTARÍA POR CÉSAR VALLEJO?

Comenzaba un verano extraño de nubes serranas de panza oscura perdidas en la costa que no se desahogaban nunca, el sol no asomaba a pleno por ninguna parte, forzaba el manto, pero sin sangre para definirse. Pájaros nunca vistos de párpados amarillos que te miraban sin miedo aparecían en los parques, el clima se revolvía y criaba lagartijas que incubaban en los zapatos más olvidados de los roperos. Sabemos que el verano limeño comienza como una mentira piadosa, pero este se pasaba de anormal, dejaba en los sentidos un sabor a vaga pesadumbre diseminada por un cielo que intentaba darle la espalda al sol y escamotearnos la alegría de la estación caliente.

- ¿Crees que un marxista demodé como yo pueda hacer algo por esta inmensa pobreza?

Me lo volvió a preguntar, con ese tono reconcentrado que le aplicaba a lo que consideraba sustancial.

- Dime quién no votaría por César Vallejo- le contesté, como aplaudiendo una idea que no me atreví a tomar en serio.

- ¡Qué petulante suena eso!

- Te sonará petulante, pero es verdad.

- Y qué podría ofrecer yo. No soy más que un... ¿Cómo dicen ahora? Un viejo saurio perdido en una peluquería de caniches.

- Bastaría tu presencia para llevar al gobierno a un equipo de gente de vocación solidaria, honesta y capaz- le ajusté las cosas.

- ¿Medias tintas, grisesitos, acomodarse con los burgueses?

- O te acomodas o te secas como un geranio sin maceta, compadre, no hay otra.

- ¿Y los militares?

- Ellos también votan.

- Eso no es novedad, siempre han botado.

- No, César, esta vez van a votar, como tú y como yo.

Nunca supe qué hubiera pasado si César Vallejo se hubiera propuesto pensar seriamente en una candidatura, la que fuera, con el doble aval de ser nuestro mayor santo literario y un resucitado en cuerpo presente con casa, teléfono y correo electrónico en el Perú. Llamé a un par de personas que se encargaron de entusiasmar a varios dirigentes políticos de matriz izquierdista y reunirlos en la casita de Chaclacayo. Verlos juntos como un haz de amables cocodrilos no engañaba a nadie, bastaría un poco de tiempo para que se arrancaran las colas a mordiscos en nombre de las viejas cicatrices. Vallejo no tenía otras ideas que ofrecerles que aquellas que bebiera de sus lecturas parisinas y de sus tres viajes a la Rusia del primer plan quinquenal de Stalin, las cuales fueron cordialmente desmigajadas y arrojadas a las cuculas por los dirigentes entre saludes de pisco acholado y recitales de tenedores sobre un cebiche de pato que parecía de cisne de cuento de hadas y un lechón al horno acompañado de camotitos relucientes de miel como escarabajos de caramelo y frijoles negros retintos con su arroz con choclo amenudado. La prensa ya se estaba alborotando con los rumores de un posible ingreso de Vallejo a la política filtrado por alguno de los invitados a la reunión y con la prensa, el país entero. Fue increíble la manera cómo esos rumores levantaron en pocos días una marea de entusiasmo colectivo que de haber tomado empuje, podría haber

derribado cualquier plazo vencido, exigencia formal incumplida o impedimento legal como una verja de caña brava anudada con carrizo para encajar a Vallejo en el cargo que hubiera pretendido. Dije que nunca supe qué hubiera pasado si César Vallejo se hubiera propuesto pensar seriamente en una candidatura. Se había acordado una segunda reunión más formal para dentro de una semana con los dirigentes que habían asistido a la primera, pero Vallejo cayó enfermo, enfermo grave y se vio obligado a guardar cama. La fiebre avanzó en su cuerpo como fuego paciente en un palo de fósforos. Lo trasladamos a la Clínica Americana, donde los médicos no lograron descubrir qué clase de virus o bacteria o desorden interno lo estaba minando. Fueron semanas de sufrimiento extremo para Vallejo y de angustia desoladora para Elke. El cuarto de Vallejo era como la suite de lujo de la clínica. Si había una habitación presidencial en ese nosocomio, era la que ocupaba el poeta, la clínica la había cedido gratuitamente, qué mejor publicidad que guardar a César Vallejo entre sus muros sanadores. Tenía una gran ventana a un jardín de verdes modestos pero verdes al fin, una constelación de aparatos de última generación y dos camas de compañía, hasta su color estaba pensado para diseminar esperanza, era de un amarillo suave, amarillo de sol amable estacionado en las paredes, pero qué podía el calor de ese sol plano contra los sufrimientos de Vallejo y la desolación de Elke. Paredes de hospital eran paredes de hospital. No había casi momento en el que la habitación no estuviera llena de gente que afirmaba estar interesada por la salud del poeta. Alguien recordó con ironía bastante negra, el cuento Sociales, del arquitecto y humorista Héctor Velarde, en el que una marea de amigos y parientes circula sin descanso alrededor de la cama de enfermo de un ingenuo canadiense casado con una pituca limeña de infinitas

relaciones sociales hasta llevarlo a la exasperación y la locura, solo que en esta ocasión, no eran amigos y parientes, sino un país de periodistas y personalidades de diversas tintas y oficios que ronroneaban buenos deseos y presidían ceremoniosos apretones de manos que Vallejo no podía corresponder con la sonrisa agradecida para las cámaras que buscaban, a veces con terca crueldad, el político, el funcionario, el figurón. “Los buitres fastidian menos”, se quejaba Vallejo. Elke hacía lo posible por limpiar el cuarto de visitantes, pero cómo cerrarle la puerta al director del Instituto Nacional de Cultura, al edecán de Presidente, al embajador de España, al rector de la Universidad de San Marcos, al cardenal altísimo.

- Quisiera traerte el molle de nuestra casa, pero no se quiere mover- bromeaba Elke, para animarlo.

- Tú me bastas, para mí hueles a fresno, molle y eucalipto- le contestaba Vallejo, esforzándose contra la debilidad para sacarse una sonrisa.

Elke se había traído las mantas compradas en Santiago de Chuco y cada día le colocaba una distinta sobre la cama, a pesar del clima veraniego que impregnaba la habitación. Comprendía que Vallejo necesitaba ese calor, el que emanaba de las mantas que habían cobijado sus perfumes, sonidos y emociones infantiles. Cómo fuera su lana mágica y le devolviera la salud perfecta del niño arrojado en Santiago que había sido. Elke miraba esas mantas y trataba de imaginarse a Vallejo de cinco o siete años durmiendo en su pequeña cama santiaguina, pero ninguna ensoñación, ninguna fantasía la lograba distraer de la presencia angustiante de la otra cama, la real, la del enfermo grave que tenía enfrente.

Un día, una gata parda con manchas blancas se filtró por la puerta, dio unos pasos, saltó sobre Vallejo, amasó con las patas un lugar en la manta y se instaló a sestear como seanean los gatos, en alerta agazapada. Fue tan silenciosa su aparición que Elke, dormida en una de las camas de acompañantes, de la que no se había movido ni una sola noche desde que ingresaran a Vallejo, ni siquiera la notó. Cuando despertó, media hora después, descubrió al poeta acariciando el ovillo indiferente del felino.

- Déjala- le indicó Vallejo, al ver que se disponía a espantarla.

- Pero, César, te puede contagiar algo.

- Qué más me puede contagiar, déjala allí, me trae paz, paz de gato- contestó Vallejo, con los ojos cerrados.

- ¿De dónde habrá salido este animal?- se preguntó Elke, todavía erizada por la presencia de la intrusa.

- De Alicia en el País de las Maravillas, vas a ver que ahorita se va esfumando hasta quedarse en luna sonriente- bromeó Vallejo, sin dejar de acariciar a la gata. Se estuvo así un buen rato, luego, detuvo las caricias, miró muy fijamente a Elke y agregó: No hay países de las maravillas.

El 14 de abril entró en coma y el 15, a las nueve y veinte de la mañana, la única hora del único día que conocía para morir, apagó el corazón. Acababa de cumplir cuarenta y ocho años o ciento catorce, si se hubiera querido contar los que pasó en la tumba. Elke cayó paralizada de dolor. César Vallejo fue velado durante tres días en el patio exterior del Congreso, miles de personas hicieron cola para ver su cadáver, entre ellas, se vio al doctor Piskulik. Elke lo escuchó murmurar desengañado delante del féretro: Unas cuantas células, unas cuantas células. Vallejo fue enterrado con honores

presidenciales en el cementerio de La Planicie, pasando por encima de sus deseos de volver al lado de sus padres y sus hermanos en Santiago de Chuco. Elke lo exigió, después lo rogó entre lágrimas, pero no era esposa con anillo y partida, no era nada legal de Vallejo y los muertos no escapan de los cerrojos de la ley. Solo Georgette hubiera tenido algo que decir al respecto y seguramente lo gritó en su tumba, hasta debió haber saltado de alegría viendo a Elke Engel con vela pero sin voz ni voto en el entierro. Las multitudes formaron corredores de luto en el camino a La Planicie. Me hicieron recordar las que flanquearon el paso del féretro del general Velasco Alvarado en los setenta, pero las que allá vivaron, aquí callaban. El ministro de Educación pronunció un breve discurso ante la tumba abierta, al que siguió un texto de Antonio Cisneros en nombre de los poetas peruanos, luego, se hizo descender el ataúd y se colocó una lápida de mármol verde con las cuatro fechas de nacimiento y muerte de César Abraham Vallejo Mendoza grabadas en números de bronce, a saber: 1892- 1938, 2004- 2005. Elke dispuso- esta vez le hicieron caso- que se dejara, por si acaso, espacios en blanco para otras dos fechas.

POSDATA

No sé qué fue de ese primer poema de su vida recobrada que Vallejo no quiso enseñarme ni a mí, el que yo pensé que podría ser el primer impulso de un apuro creativo, pero en el tono mayor de la alegría, como aquel que lo llevara a escribir los poemas de España, aparta de mí este cáliz como un sentenciado. Elke se lo guardó como una tumba y sigue allí, solo o en compañía de otros e hipotéticos hermanos. Vallejo no escribió ningún artículo durante su corto paso por El Comercio, no se sentía en “forma contemporánea”, para decirlo de algún modo. Tal vez, con más tiempo, pero no lo tuvo o no quiso tenerlo. Esto último es un misterio. Así como resucitó porque se aburrió de seguir enterrado en París con aguacero, pudo haberse muerto porque se hartó, se dolió demasiado, se aterró, se desesperanzó, se sintió profundamente excluido o se cualquier otra cosa del Perú, de los tiempos actuales, de la risita limeña o tal vez, solamente de la garúa tristísima a la que había regresado y eligió la enfermedad sin nombre de la primera vez y la fecha de su muerte en París para decir algo así como que no había resucitado, que nunca había estado aquí. Sé que el poema existe, por lo menos, en el corazón de Elke. El papel pudo haber sido quemado por disposición de Vallejo o enterrado con él en un bolsillo interno del saco que se llevó al ataúd. Si vuelve a cansarse de seguir muerto, pero en Lima con garúa, meterá la mano en el bolsillo, lo encontrará, lo revisará y esta vez puede que lo considere digno y limpio para mostrar la cara, solo o en compañía de sus hipotéticos hermanos.

13/ IX/ 2005.

ÍNDICE

César Vallejo se cansó de seguir muerto
en París con aguacero

La intuición es un tanque de guerra

¿Quién se ha llevado el cadáver de Vallejo?

La comisión investigadora aterriza en París
con las maletas hambrientas

El cóndor pasa sobre el cementerio de
Montparnasse

El jirón Azángaro salva a vallejo

César Vallejo vuelve al país
de “esa risita limeña”

Georgette se infiltra en “La última cena”

Conferencia de prensa en el cementerio de La Planicie

¡Aleluya! Vallejo ha resucitado

Paco Yunque visita al señor Vallejo

El hijo de Otilia

El ex presidente le tiende una alfombra roja a
César Vallejo

Pelea de ángeles en la casa De Lozada

El candidato de Las Delicias

Santiago querido

Unas células, señor Vallejo

¿Quién no votaría por Vallejo?

Posdata